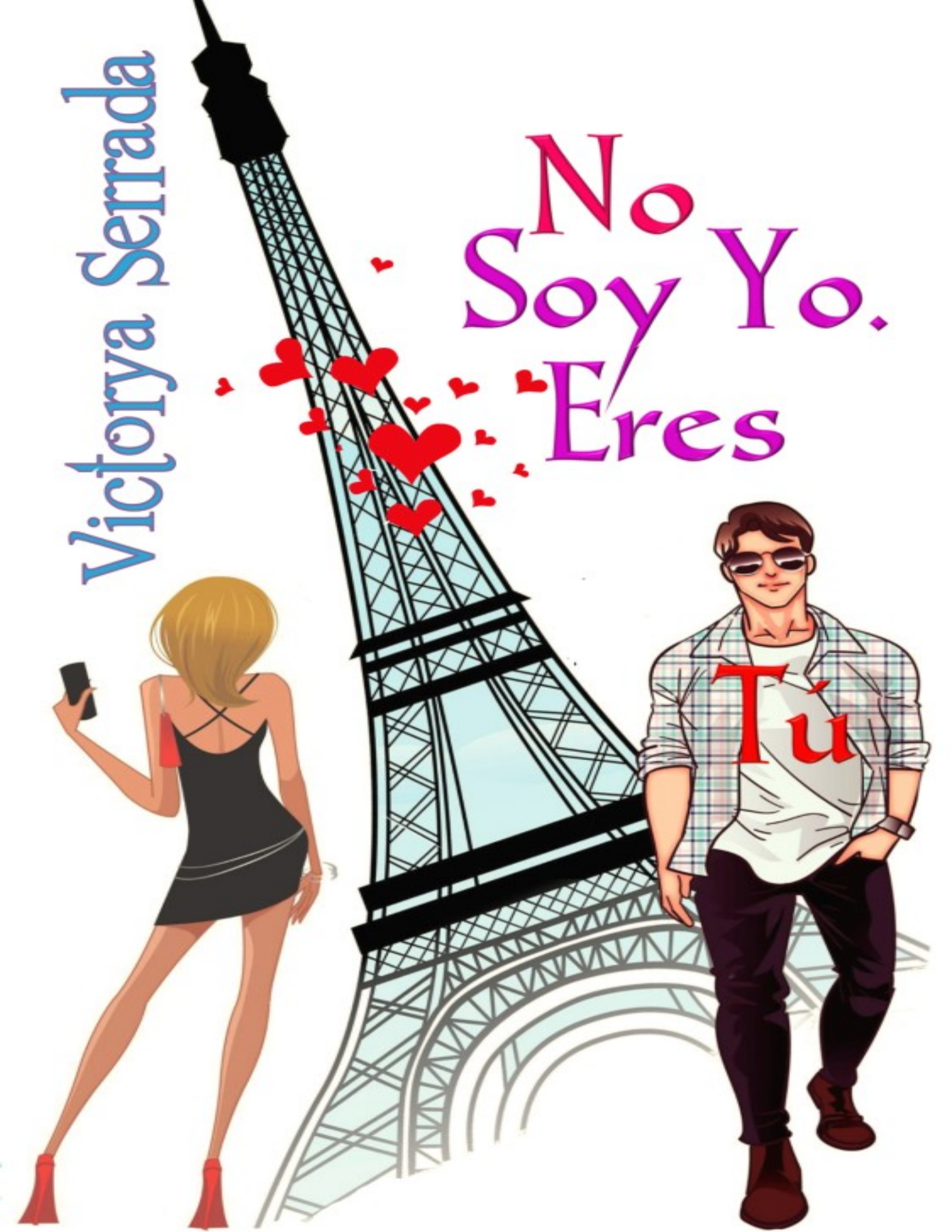
Victorya Serrada

No Soy Yo. Eres Tú



NO SOY YO, ERES TÚ

©Victorya Serrada, abril, 2025

©Todos los derechos reservados

Foto de portada by ShutterStock

Artistas: Valik, zzveillust, The Comic Geek

Diseño de Portada: VSG

Queda prohibido reproducir total o parcialmente por cualquier medio analógico o digital el contenido de este libro, sin el permiso de la autora.

Los personajes que aparecen en esta obra son totalmente inventados. Cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

ÍNDICE

ÍNDICE
SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60

CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 69
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
MIS OTRAS NOVELAS
MIS REDES SOCIALES

SINOPSIS

La vida de Mara Aguilar se podría resumir en una frase breve y contundente: «Donde pone el ojo, ahí NO es». Y os preguntaréis por qué. Pues veréis, resulta que el primer curro que tuvo como *wedding planner* parecía ir a las mil maravillas hasta que comentó en voz alta, sin filtros y con el micrófono abierto, aunque ella no fuera consciente, que el novio le había puesto los cuernos a la novia con la cuñada la noche de antes…

Spoiler: Lo escucharon todos.

Resultado: Escándalo, drama y Mara saliendo por patas de Madrid. París parecía el sitio perfecto para esconderse, empezar de cero y hacer un máster en protocolos y organización de eventos. ¡Y qué mejor manera de comenzar su nueva vida que enrollándose con el casero! Como el mundo es un pañuelo, o eso dicen, y para terminar de rizar el rizo, Mara descubre el primer día de clase que el profe y el casero son… ¿La misma persona? ¿Y que la tutora del máster es la novia del profe? ¡Y menuda bruja de cuento! Porque, desde el momento en que la mujer descubrió el pastel, la vida de Mara se convirtió en un puto infierno… A partir de ahora, la pregunta que cabe hacerse es si Mara decidirá huir, como siempre, o se quedará a luchar por lo que realmente quiere… Descubre qué hará Mara, y no te arrepentirás, porque hasta que se decida ¡Alguien más irrumpirá en su vida para liarla parda ! Y es que las relaciones de esta chica son cortas , intensas y rebosantes de comedia.

«El amor es un humo hecho con el vapor de los suspiros»

William Shakespeare

CAPÍTULO 1

MARA Y SUS DESASTRES

La finca tenía el aire de una postal perfecta: lucecitas que colgaban de las ramas de los árboles, mesas de madera rústica perfectamente adornadas con centros de flores silvestres y el murmullo relajado de la familia y de los amigos de «los Manolos», disfrutando de la velada previa a la ceremonia.

Era el primer enlace que había planificado Mara: una chica joven, alegre, detallista, un poquito despistada, pero muy segura de sí misma, o eso creía ella. Había realizado un curso de formación de lo más estricto y su tutora había puesto toda la confianza en ella para lanzarla a su primera experiencia como *wedding planner*. En consecuencia, resultó ser una asesora maravillosa, atendiendo a los novios y a las novias con dedicación, profesionalidad y simpatía…

En ese momento de la tarde, la joven portaba la tablet en una mano y una copa de vino en la otra, aunque no le había dado ni un sorbito, porque aún estaba trabajando, y quería dar ese aire profesional y responsable que tanto había destacado su tutora.

Revisaba mentalmente cada detalle. Mañana sería un día larguísimo para ella, aunque maravilloso para los novios, y hasta ahora, todo estaba yendo como la seda.

La decoración estaba lista, los proveedores confirmados para el *catering*, y los novios felices y relajados.

Después de estar varias horas de pie y de haber terminado de coordinar varios detalles, observó a Manolo charlando con su futuro suegro, cerveza en mano, a Manoli, riendo con su hermana, y a los amigos gastando bromas…

Se dirigió a la barra del bar y se tomó su copa de vino, que bien que se merecía esos cinco minutos para desconectar.

Miró el reloj y se dio cuenta de que se había relajado más de lo esperado… Se levantó y se dirigió al cuarto de baño, entre saludos, agradecimientos y sonrisas de la familia y amigos.

Se excusó discretamente, alejándose del bullicio. Y al llegar al baño lo oyó.

Primero, un golpe sordo. Luego, un gemido.

Mara se detuvo en seco en el pasillo.

Otro gemido. Y otro.

Se quedó paralizada. No. No podía ser.

Se acercó con cautela hasta la puerta del aseo de invitados, que estaba entreabierta. Y ahí, en el reflejo del enorme espejo de cuerpo entero que había enfrente del lavabo, observó algo que no debía haber visto nunca, nunca.

Manolo. Con las manos entre las piernas de una mujer que, definitivamente no era Manoli…

—¡Joder, nena, cierra un poco la boca, que nos van a oír! — Mara sintió cómo se le caía la mandíbula al suelo…

La hermana de Manoli.

La cuñada de Manolo.

CAPÍTULO 2

EL ESPEJO

Mara no pudo evitarlo. Sus ojos se dirigieron directamente al reflejo del espejo y ahí estaba Manolo con los pantalones bajados hasta las pantorrillas, en plena faena con su cuñada contra el lavabo.

Quiso apartar la mirada. De verdad que quiso.

Pero el horror la dejó clavada en el sitio, como quien presencia un accidente de tráfico a cámara lenta, y es incapaz de alejarse de la escena morbosa.

Y por si eso fuera poco, ocurrió lo peor.

Manolo levantó la cabeza, su mirada se cruzó con la de ella en el espejo y soltó:

—¡Hostia puta! —Manolo pegó un respingo y, en el proceso, perdió el equilibrio. Su cuñada, que parecía estar demasiado ocupada para preocuparse, soltó un jadeo entre indignado y frustrado y dijo:

—¡Manolo, joder! ¿Qué coño haces? —Pero Manolo ya no pensaba en el placer, más bien en su inminente funeral.

—Mara… —balbuceó, intentando subirse los pantalones sin perder la dignidad, cosa imposible porque tenía la picha más tiesa que una porra y desde luego que desafiaba las leyes de la física—. ¡No es lo que parece!

Mara parpadeó. Luego miró al techo, buscando paciencia divina.

—¡Claro, guapi! ¡Me encanta cómo os estáis pegando un revolcón de los clásicos, en el lavabo, con olor a fritanga de las cocinas! ¿Cambiamos la novia y os caso ya? —Manolo se apresuró a meter en la cabina del baño a Mara, arrastrándola por el brazo,

mientras que Miri, la hermana de Manoli intentaba recomponerse sin mucha dignidad.

—¡Por favor, por favor, escúchame! —susurró con desesperación el hombre.

—Manolo, tienes la bragueta bajada y…, en fin, todo el paquete en posición de ataque. No me hables como si estuviéramos cerrando un contrato. —El novio estaba rojo como un tomate, y todo lo que se le ocurrió fue taparse como pudo con las dos manos.

—Ha sido un desliz, un momento de debilidad, el alcohol, el ambiente… Te pido por favor, Marita, que no le digas nada a Manoli.

—¿Perdona? —Mara alzó una ceja—. ¿Quieres que me calle después de haber visto tu trompeta desafinando en pleno concierto?

Manolo juntó las manitas, como si estuviera rezando.

—Si se entera, me mata. Y a ti, también. —Mara suspiró.

—Eso es lo peor de toda esta mierda, que tienes razón. Porque verás, a mí me da igual a quién te estés pasando por la piedra. Me la suda si hacéis un trío, un cuarteto o la gira mundial del fornicio. —Manolo asintió frenéticamente.

—¡Exacto! ¡A ti te da igual!

—Lo que no me da igual son los cinco mil «pavazos» que me debéis. —Hubo un silencio demasiado denso. Manolo tragó saliva.

—Pero…

—Pero nada, Manolo. Como Manoli se entere, esta boda no llega ni al corte de la cinta… Y si no hay boda, ¿qué pasa?

—No sé… —Manolo pestañeó confuso.

—¡Que no cobro, joder!

—Exacto. —dijo la cuñada, desde el otro lado de la cabina. Mara se pasó una mano por la cara. Estaba sudando como un pollo…

—Mira, «pichabrava», yo debería estar escandalizada, debería tener una crisis moral o algo así, pero la única crisis que tengo ahora mismo es la financiera. Así que ahora, te vas a abrochar bien los pantalones, sales ahí fuera y mañana te casas como si fueras el hombre más enamorado del planeta.

—¿Y, tú?

—Yo voy a hacer lo que mejor se me da, voy a proceder de la siguiente manera: aquí no ha pasado nada y voy a procurar por todos los medios, que mi factura se pague antes de que Manoli descubra que le han puesto más cuernos que a un reno en diciembre… Y te recuerdo que soy una mujer pragmática y bastante expeditiva, así que te aconsejo que sea yo la primera de la lista en recibir mis cinco mil euros. Y por lo que más quieras, ¡usa el puto cerrojo la próxima vez!

Salió del baño sin mirar atrás, tragando bilis a litros.

CAPÍTULO 3

DISIMULANDO…

Mara salió del baño como si nada, con una expresión serena de organizadora de bodas eficiente y profesional. Sin embargo, en su interior iba tomando notas porque para ser su primer evento, aquello tenía una pinta tremenda… Pensaba en escribir un libro que se titulara «Cómo organizar un bodorrio sin que la novia descubra que su futuro marido se ha beneficiado a su cuñada en el baño de invitados».

Manolo salió detrás de ella con la frente perlada de sudor. Andaba un poco rígido, algo así como si le hubieran metido un palo por el culo.

En el jardín se oían las risas de la familia y los amigos, mientras la cerveza fluía como si fuera un oasis en un desierto.

—¡Cariño! —Manoli alzó su copa, sonriendo—. ¡Ven aquí, que estamos brindando! —Mara observó cómo Manolo se quedaba tieso como un conejo a punto de ser atropellado por un camión de dieciocho ejes. Se acercó con la sonrisa más falsa que Mara había visto en su vida… Manolo trató de darle un beso a su prometida en la boca, pero erró la puntería y acabó dándoselo en la oreja.

—¡*Amooooooor*!

—¿Qué haces, *peluchiiiín*? —Se rio Manoli—. ¿Te has bebido media bodega o qué?

—No, no ¡qué va! —balbuceó Manolo—. Yo estaba…

—¿Sudando? —intervino Mara con una sonrisa malévola—. Seguro que es el estrés preboda. Dicen que los novios sudan más que en un interrogatorio de la poli.

Manolo la fulminó con la mirada, mientras se secaba el sudor con la manga de la camisa.

—¡Pues relájate, cariño! —exclamó Manoli, tirando de él para que se sentara en una silla que había a su lado—. ¡Que mañana es nuestro gran día!

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡*Siiiii*! ¡El gran día! —respondió él con una risa histérica que hizo que todos le miraran raro.

Mara se sirvió una copa de vino y se acomodó en la silla que tenía las mejores vistas para contemplar la catástrofe. Aquella prometía ser una actuación digna de un Goya.

—Manolo, ¿quieres un poco de queso Roquefort de ese con gusanitos? —le preguntó el suegro guiñándole el ojo.

—¡*Noooooooo*! —gritó Manolo, provocando que todos volvieran a callarse. Se aclaró la garganta y añadió con la voz estrangulada—. No, gracias… Estoy lleno.

—Bueno, hijo, tampoco te pongas así, ¡ya me lo zampo yo! —exclamó dando un buen bocado al canapé.

—Es que yo… El amor me llena, ¿sabéis? Me alimenta como el sol alimenta a las plantas. —De nuevo hubo un silencio absoluto. Hasta los grillos dejaron de cantar.

—¿Te encuentras bien, Manolo? —preguntó Manoli inclinando la cabeza.

—¡Sí, sí, genial! —respondió él, secándose aún más el sudor, al ver aparecer a Miri, la cuñada—. Es que hace un calor, ¡uf!

Mara que se había acercado y se había sentado al lado de Manolo le susurró al oído:

—No es el calor, campeón. Es la conciencia pegándote una patada en los huevos. —Manolo le lanzó una mirada llena de odio y resentimiento, mientras Mara sonreía, disfrutando del momento.

—Bueno, vamos a brindar —dijo el padrino, levantando su copa—. ¡Por los novios!

—¡Por los novios! —gritaron todos. Mara alzó su copa con toda la naturalidad del mundo.

—Y porque la verdad nunca salga a la luz —murmuró Mara. La verdad es que se lo estaba pasando teta. Manolo escupió el trago que acababa de dar y casi se atragantó. Manoli le dio unas palmaditas en la espalda, preocupada. Miri se disculpó cogiendo el móvil del bolsito murmurando algo así como que tenía que atender una llamada…

—Ay, Manolo, ¡qué raro te noto hoy! ¿Estás seguro de que no te pasa nada?

—¡Nada, nada! ¡Estoy *felizzzzz*!

—Pues menos mal, porque mañana te quiero en nuestro altar del amor como un clavo.

Mara prefirió no pinchar más al machote… Mañana podría ser una boda histórica.

CAPÍTULO 4

LA CEREMONIA

Mara no podía pedir un escenario mejor: el solo brillaba, los pajaritos cantaban, las flores blancas que adornaban el altar eran suaves, delicadas y desprendían un olor dulce, maravilloso…

Los invitados cuchicheaban, algunos con lágrimas en los ojos de la emoción, otros con lágrimas de risa por no se sabía muy bien el qué. Esperaba que todo saliera perfecto, por la cuenta que la traía. Su primera boda había estado a punto de fastidiarse y necesitaba el dinero como el respirar.

—Qué bonito, ¿verdad? —susurró una tía de Manoli—. ¡Se les ve tan enamorados!

—Sí, sí… —murmuró su marido—. Aunque, ¿te has fijado que el novio está como a punto de desmayarse?

Mara que se encontraba en la primera fila de bancos, no podía estar más de acuerdo. Manolo tenía la mandíbula tensa y no hacía más que aflojarse el nudo del corbatín.

Mara se levantó y ajustó el micrófono inalámbrico de Manolo. Le dio unas palmaditas en la espalda y le aseguró que todo saldría a las mil maravillas. Allí estaba ella para susurrarle a él o a Manoli por el pinganillo, cualquier cosa que olvidaran por los nervios del momento, sobre todo los votos, aquellos dichosos votos de amor que seguro que después de la cagada del día anterior se le iban a atragantar a Manolo… Comprobó su sistema receptor-emisor, el micrófono y…

Ahí estaba la novia. Radiante, con una sonrisa maravillosa, yendo del brazo de su padre, mientras sonaba una melodía suave que habían elegido a modo de marcha nupcial…

Mara le había colocado también a Manoli, el micrófono de oreja, bien discreto y un receptor por si ocurría algún desastre, que pudiera socorrer a cualquiera de los dos novios. Rezaba para que

todo saliera divino de la muerte… Cerró los ojos un momento, metió las manos en los bolsillos de su pantalón y soñó lo que haría con la pasta que ganara… Era un pequeño comienzo. Su tutora le había prometido más enlaces, más…

Sin darse cuenta, había llegado la hora de pronunciar los votos… Manoli, radiante, se colocó discretamente el pinganillo y comenzó a hablar…

—Manolo, mi amor, desde que te conocí, supe que eras el hombre de mi vida. Eres mi roca, mi refugio y mi compañero de aventuras. Prometo amarte en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, incluso cuando roncas como un oso con sinusitis. —Hubo risas entre los invitados. Manoli le sonrió a su ya casi marido con los ojos brillando de amor, esperando su turno…

Manolo se quedó quieto como un conejo deslumbrado en medio de la carretera, antes del atropello consabido del camión de dieciocho ejes, como siempre le ocurría.

—Yo, esto…

—¡Qué bonito! —susurró una prima de Manolo—. Está tan emocionado que se ha quedado sin palabras.

El novio tragó saliva y volvió a empezar… Mara estaba ya al quite por si acaso el hombre se atragantaba con los votos.

—Manoli, tú…, yo… Nosotros.

—Vaya, ¡qué original! —se le oyó decir a la madre de Manoli.

—Desde que te conocí supe que esto… Bueno, que la vida es un camino. Un camino con baches, con curvas, con, con…

—¡Con cuernos! —soltó Mara… Aquello sonó como un trueno seco en medio de la ceremonia. Todos se giraron hacia donde se encontraba ella, allí en su rincón discretito. La mujer se puso blanca como una hoja de papel. De repente se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el emisor. Para su puta desgracia, comprobó con

horror que el volumen estaba al máximo y que el sonido en vez de conectarse con los pinganillos lo había hecho con los altavoces que estaban situados tras el altar, con lo cual el micrófono se había quedado abierto.

El novio, con un pánico absoluto, había olvidado que tenía el micrófono enganchado a la oreja por lo que andaba retransmitiendo en alta fidelidad todas sus respiraciones entrecortadas, los murmullos nerviosos y, lo más peligroso de todo, sus comentarios en voz baja.

Se giró para ver a su cuñada que andaba con la mirada perdida, pálida como una muerta y masculló:

—¡Me cago en mi vida! —La frase retumbó por los altavoces, amplificada para el disfrute de todos los presentes. Manoli no paraba de lanzarle miradas alternativas a Manolo y a Miri su hermana. Si había algo en su vida que tenía claro es que no se le escapaba ni una: La traición de su hermana con su Manolo, y no podía ser otra porque a Miri cuando intentaba ocultar algo, se le ponía un tic insufrible en el ojo izquierdo…

—¿Qué ha dicho *esaaaaa* de los *cuernosss*? —gritó Manoli como una histérica

—¡Cariñito, te lo puedo explicar! —Mara no sabía dónde meterse. La había cagado, pero a base de bien. Entre insultos de los novios, la madrina agarrando de los pelos a la cuñada malvada, y Manoli desgañitándose como una verdulera, Mara se fue escurriendo entre las sombras, para desaparecer como un fantasma…

Adiós a sus sueños y a sus cinco mil pavos… Había metido la zarpa hasta el fondo y su tutora no volvería a depositar nunca más su confianza en ella. Lo mejor que se le ocurrió en ese momento fue desaparecer y cuanto más lejos, mejor. Ya cuando estuviera instalada en el último confín del mundo, avisaría a su tía Lupe, el único familiar que le quedaba en este mundo de mierda.

CAPÍTULO 5

LA MANSIÓN DE LA TÍA LUPE

Mara se plantó frente a la enorme verja de hierro forjado de la mansión de su tía Lupe y pulsó el botón del videoportero. Esperó un buen rato porque Lupe era la que vigilaba el sistema de seguridad de su casa, entre otras cosas…

—¿Quién osa molestar a la condesa de Montecristo?

—Tía, soy yo.

—Ah, Mara… —hubo un breve silencio—. ¿Vienes a visitarme por amor o por dinero?

—Por ambas cosas… —Mara resopló.

—Menos mal, casi me da un soponcio. Si hubieras dicho solo por amor, habrías sonado igual que un puñetero vendedor de seguros.

La verja se abrió con un crujido enorme y Mara avanzó a toda prisa por la inmensa entrada. La mansión era un homenaje a la riqueza y la decadencia, porque Lupe tenía el dinero por castigo: fuentes barrocas con querubines de mirada inquietante, estatuas doradas de perros coronados y un jardín podado con formas que desafiaban cualquier diseño botánico. Lo bueno de todo aquello es que Lupe lo cambiaba a menudo.

Al llegar a la puerta, se encontró con Ramiro, el mayordomo, que llevaba más años en la casa que las propias paredes.

—La señora la espera en el salón egipcio —dijo con su habitual tono de funeral.

—¿Egipcio? ¿No era chino la última vez?

—Sí, pero vendió los jarrones Ming en un ataque de «liquidez». Ahora tiene momias falsas y lámparas en forma de pirámide.

—Perfecto, ¡lo que le faltaba!

Cuando entró en el salón egipcio, su tía la estaba esperando reclinada en un diván cubierto con una tela de terciopelo dorado. Definitivamente parecía una faraona jubilada con complejo de Cleopatra.

—Siéntate, niña. —Señaló un escabel con forma de escarabajo. Mara se acomodó lo mejor que pudo porque aquel taburete de mierda era incomodísimo.

—Tía, necesito tu ayuda.

—Eso ya lo supuse. Nadie viene a esta casa por el café que sirvo.

—Necesito veinte mil euros para un máster en París. Es una oportunidad única, no la puedo dejar pasar —dijo casi sin respirar. Era mejor empezar a regatear con Lupe tirando por lo alto. A pesar de tener más pasta que pelos en la cabeza, era un poco agarrada, para qué negarlo.

—¿Y por qué tanta prisa? —Lupe la miró fijamente con una sonrisa de bruja que produjo que a Mara se le erizaran los pelos de la nuca.

—Porque las plazas vuelan y…

—Ajá. —Lupe asintió despacio. Se estaba limando las uñas con delicadeza—. Y dime niña, ¿por qué no haces ese cursito aquí, en Madrid?

—Porque la escuela está en París, tía, no es algo que pueda elegir.

—¡Qué lástima! —Lupe dejó la lima en la mesita y se llevó una mano al pecho—. Porque en Madrid tú ya te has hecho un nombre, ¿no? Seguro que la gente no para de hablar de ti en todas partes… —Mara notaba que las gotas de sudor le recorrían las sienes. Se estaba poniendo de los nervios.

—Eh… Bueno, algo de reputación he ganado, sí, no te lo voy a negar.

—¡Uy, por supuesto, vaya si has ganado reputación! —exclamó Lupe, agarrando su móvil de última generación de una mesita baja que había a su izquierda. Tecleó algo y lo giró para que Mara viera la pantalla—. ¿Te suena este vídeo, cariño?

Mara no sabía dónde meterse. Con las manos temblando, agarró el móvil y observó con los ojos como platos un vídeo de TikTok con más de dos millones de visitas… Era la boda de los Manolos. Alguien había estado grabando desde el principio aquel fiasco de ceremonia. Se podía observar a Manolo sudando con los votos y diciendo aquello de que su boda sería como un camino con baches, con curvas y… Con cuernos. Pero lo de los cuernos salió evidentemente de su bocaza, porque no había cerrado bien el circuito de audio… Y «¡joder!», pensó.

—Dios… —Mara se tapó la cara con las manos. Lupe tragó saliva para contener la risa.

—Niña, yo pensaba que los organizadores de bodas se encargaban de las flores, de las sillas, el altar y esas estupideces, pero veo que tú llevas el espectáculo a otro nivel.

—Tía, no es lo que parece…

—Ah, ¿no? —Lupe le pidió el móvil y volvió a buscar nuevamente, hasta que encontró otro vídeo, esta vez, en Instagram, con el titular: *«Boda del año termina en escándalo: wedding planner expone infidelidad en plena ceremonia»*.

—¡Dios!

—¿Cuántos seguidores cutres nuevos tienes desde esto? —preguntó Lupe con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Como treinta mil… —murmuró Mara.

—¡Mira qué bien! Una creadora de contenidos que da vergüencita. —Mara bufó, derrotada.

—Vale, que sí, ¡que la he *cagadooo*! Por eso me quiero ir. No voy a conseguir nuevos clientes en Madrid después de esto.

—¡*Ahhhhh*! ¡Ahora lo entiendo todo! —Lupe sonrió, triunfal—. ¡Por eso tienes tantas prisas! ¡No es por el máster, es porque quieres *huirrrrr*!

—¿Y qué más da? ¡Si el dinero es para el curso igualmente! —Lupe se reclinó en su diván, fingiendo pensárselo—. Tía, por favor.

Lupe la miró fijamente, con el móvil en la mano. Mara cerró los ojos.

—No sé…

—Vale, dame dieciocho y ya…

—¡Diecisiete y no se hable más! —La chica apretó los dientes.

—Diecisiete mil quinientos y prometo no protagonizar otro escándalo en al menos…, seis meses.

—¡Hecho! —Lupe chasqueó los dedos y en ese momento apareció Ramiro, el mayordomo, con el cheque, como si ya lo hubiera tenido preparado desde el principio. La mujer se lo entregó a Mara con una sonrisita—. Eres un puto desastre, pero eres mi desastre.

La sobrina cogió el cheque y suspiró.

—¡Gracias, tía!

—De nada, niña. Ahora vete antes de que me dé por arrepentirme. —Puso la mejilla para que Mara se la besara, pero la chiquilla la abrazó con toda su alma. Lupe no la iba a dejar sola, por supuesto. Iba a preparar las maletas… La seguiría allí donde fuera, era el único familiar que le caía de fábula.

CAPÍTULO 6

BIENVENIDA A PARÍS

Mara bajó del taxi con sus maletas, quedándose unos segundos mirando alrededor. Se ajustó el abrigo, la bufanda y se coló el gorro hasta las orejas. Hacía muchísimo frío. Aunque ya era primavera, no se notaba ni de coña.

El barrio tenía su encanto, pero también había que reconocer que las calles eran estrechas, con un montón de hojas, y alguna que otra caca de perro sin recoger y eso que le habían dicho que en París eran más cívicos que en Madrid… Se encontraba en el *cinquième arrondissement*, [1]cerca del Panteón, y de la orilla izquierda del Sena.

Frente a ella, se alzaba el edificio: un clásico parisino de seis plantas, con una fachada de piedra color beige y balcones de hierro forjado. Se dirigió hacia el portón de madera. Introdujo en el teclado que había en el lateral, un código numérico que le habían enviado por *email* y empujó.

Encendió la luz y recorrió el pasillo estrecho con un suelo tipo damero blanco y negro hasta el ascensor… Aquello era como un trasto viejo de hierro forjado, de esos que debían hacer un huevo de ruido mientras subían… «Esto se cae en cualquier momento», pensó metiendo las dos maletas dentro y cerrando la reja metálica. Pulsó el botón del tercer piso y la cabina comenzó a ascender con un traqueteo terrorífico. Mara se persignó, no quería pensar en una muerte prematura antes de iniciar su aventura parisina.

Al llegar, empujó la reja y salió al rellano, arrastrando el par de maletas fuera del ascensor. A su izquierda, su apartamento: 3º 1. A la derecha, el 3º 2, con la puerta abierta de par en par.

Se acercó, alzó el cuello y se puso a cotillear. Guiñó los ojos y observó al final de un pasillo larguísimo, unos muebles sencillos de

color blanco y un montón de cuadros que parecían acuarelas. Recordaba haber leído que este era el apartamento del casero.

Respiró hondo y picó en el marco de la puerta unas cuantas veces… Asomó la cabeza y exclamó:

—¡*Salutttttt*[2]! —soltó, con una pronunciación de Vallecas.

Silencio… Luego escuchó unos pasos aproximarse hasta la puerta.

CAPÍTULO 7

EL CASERO

Mara se quedó clavada en el umbral cuando apareció él.

Alto, musculoso, ojos azules de infarto, camiseta blanca que se pegaba a su torso como si quisiera recalcar que debajo había unos abdominales con los que podría partir nueces. Vamos, un espécimen de esos que una se encontraba una vez en la vida y que, por desgracia, parecía tener la misma calidez que un frigorífico industrial.

—*Tu es Mara, la nouvelle locataire*[3]? —preguntó con voz profunda, mirándola de arriba a abajo. Mara parpadeó. Ella se defendía perfectamente en inglés, pero en francés… Ahí la cosa cambiaba. Había venido a hacer un máster en inglés y pensaba usar lo mínimo imprescindible de su francés, porque tenía una pronunciación de mierda, la verdad.

—Eh… *oui*? —Alex, que así se llamaba, frunció el ceño.

—*Bon. Les règles de l'immeuble sont simples*[4]… —Mara intentó seguirle, de verdad que sí, pero su cerebro solo captaba palabras sueltas, porque encima, el muy cabrón hablaba a toda hostia. Captó *silence*[5], *pas de visiteurs*[6], *properté*[7]…

—Ajá. —coló en aquel soliloquio. Si las reglas eran tan simples, no entendía por qué todo aquello le sonaba a letra pequeña de una cláusula bancaria.

—*Silence obligatoire après dix p.m*[8]. —intentó interrumpir nuevamente, pero nada, el tío seguía largando, mientras se rascaba distraídamente los abdominales, como si el discurso le aburriera tanto como a ella.

—Pero… —De repente, el tipo cambió al español. Un español «perfecto».

—No me gusta el ruido. No quiero visitas a deshoras. No pongas la lavadora después de las diez de la noche. Nada de velas, incienso o cualquier mierda que pueda hacer que este edificio arda como la yesca. Y si rompes algo, me lo dices… —Mara abrió la boca, atónita.

—Pero… ¿Tú hablas español? —Él alzó una ceja.

—Sí.

—¿Y por qué me has hecho pasar el mal rato en francés?

—Para ver si te esforzabas. —Mara lo miró incrédula.

—Eres un sádico. —Él no reaccionó.

—*T'as pigé*?[9]

—¡*Ouiiiii*! ¡Lo he *pilladoooo*! —Mara apretó los dientes.

—Perfecto. —Y, sin más, le dio las llaves y por supuesto con la puerta en las narices.

CAPÍTULO 8

EL APARTAMENTO

Pues ya estaba en su nueva casa. Abrió, encendió la luz y observó su nuevo hogar durante unos meses…

Silencio.

Desolación.

El apartamento era una caja de zapatos con complejo de celda monacal. Pequeñito, sí, pero limpísimo, lo cual solo servía para resaltar lo triste que era: el suelo de madera claro, las paredes blancas sin adornos y un par de muebles o tres para dar la ilusión de que aquello no era un armario reconvertido en vivienda.

Lo primero que notó fue la falta de una cama. O sea, cama, lo que se decía cama, no había. Vio un sofá que, con mucha fe y un manual de instrucciones, probablemente se convertiría en algo donde dormir.

—No me jodas… —murmuró, soltando las maletas con un par de golpes secos.

«Vale, tranquilidad, se podía vivir con eso», pensó, dándose ánimos. Se giró hacia la cocina, o lo que el casero llamaba cocina. En el mismo habitáculo, comprobó que había un mini frigorífico, una placa de vitrocerámica con dos fuegos y un fregadero, la lavadora, o la cosa esa que intentaba pasar por lavadora y la micro secadora ya que el clima de París no era el idóneo para tender la ropa.

Decidió abrir la puerta de las dos máquinas, metió la mano y…, la retiró de inmediato.

—Aquí no caben ni un par de bragas. —Se pasó las manos por la cara. Hizo un pequeño resumen en su cabeza: «sin cama, sin lavadora decente, sin dignidad…»

Aún le quedaba una esperanza. El wifi. Enseguida se puso a buscar con la mirada. Nada.

—¿Dónde está el rúter, *joderrrr*? —gritó. Se puso de puntillas, miró detrás de la tele, cuya pantalla era más pequeña que la de su portátil, revisó el mueble bajo el fregadero. Cero patatero.

«No puede ser», pensó. Respiró hondo. Se rascó la barbilla, luego la cabeza… Antes de hacer una escena tenía que ir al baño. Se hacía pis, caca y tenía ganas de potar… La pobre se sentía peor que una mierda seca.

Su mirada se dirigió al fondo del estudio, supuso que aquella puerta corredera tendría que ser el cuarto de baño. Con la moral por los suelos la abrió.

Allí estaba el váter.

Solo el retrete, una cisterna, un ventanuco y otra puerta. Se bajó los pantalones y las bragas y dejó que fluyera toda la mala hostia, y la bilis retenida. Mientras su cuerpo se desahogaba, se fijó en que había otra puerta justo en una de las paredes que había frente al ventanuco…

Se limpió y tiró de la cadena. Cuando se levantó y se subió las bragas y los pantalones, corrió la puertecita y allí andaba el resto: el lavabo, un plato de ducha y un armario para las toallas y sus cosméticos.

Cerró la puerta de un golpetazo. Apoyó la frente contra la pared… Las fotos de la inmobiliaria eran un puto fraude. Aquello no era el mismo apartamento que le enseñaron. O bueno quizás sí, pero seguro que eran el vídeo y las fotos que se correspondían con las de la casa del casero.

Ese casero rancio, sieso y organizadísimo que, con toda su maldad, vivía rodeado de comodidades, mientras ella se duchaba en un zulo y lavaba su ropa en una caja de cerillas.

—Me quiero morir… —Se dejó caer en el «*sofácamasupuestocolchóndecastigo*», y miró al techo.

CAPÍTULO 9

CONFRONTACIÓN CON EL CASERO

Mara estaba indignada. Le salía humo por las orejas. Se sentía engañada, estafada, porque sí… Vale que ella sabía que los *appartements*[10] en París eran pequeños, pero una cosa era eso, y otra muy distinta lo que contemplaba, que parecía el camarote de los Hermanos Marx, pero con la gracia en el culo.

Así que, sin pensárselo, abrió la puerta nuevamente, cruzó el pasillo y aporreó el 3º 2 con la furia de quien había pagado mil doscientos euros por un zulo y quería un montón de respuestas.

Al otro lado se oyó un suspiro pesado y unos pasos. La puerta se abrió y allí estaba él.

Alex: macizo, altísimo, con su camiseta blanca ajustada marcando tableta, sus pantalones cortos, sus «muslacos» llenos de cuádriceps y no sabía qué más…

—*Mademoiselle*[11]… —saludó con voz profunda, apoyándose en el marco, con los brazos cruzados.

—¡Déjate de *franchutadas*, colega! —Mara le hincó el dedo índice en los pectorales—. ¡Quiero explicaciones!

—¿Explicaciones de qué? —El hombre arqueó una ceja.

—De esto —Giró la cabeza y señaló con la barbilla al zulo—. Yo no contraté esto.

Alex suspiró y miró el reloj, como si estuviera calculando cuánto tiempo iba a perder con ella.

—Las fotos son del apartamento.

—Ah, ¿sí? Pues dime dónde está mi cama, porque lo que tengo es un potro de tortura disfrazado de sofá.

—Es un sofá cama.

—¡*Is in sifii quimiii ñiñiñiñi*! —Se burló Mara. Alex se encogió de hombros.

—Funciona.

—¡Ja! ¡Claro! Y los armarios, ¿qué?

—Tienes una barra para colgar la ropa.

—Eso no es un armario, ¡es un perchero! ¡Y la lavadora parece una caja de zapatos con complejo de electrodoméstico!

—Lava la ropa. —Mara sintió cómo el calor le subía a la cara. Y no era solo por el cabreo, sino porque el tío estaba ahí, tan tranquilo, tan guapo, tan estoico, con su camiseta pegada a los pectorales y esa maldita voz profunda… «¡*Nooo piensesss*!», se dijo. Solo tenía que concentrarse en el motivo de su enfado.

—Ah, y lo mejor, ¡el wifi! —Le miró fijamente—. ¿Dónde está mi rúter?

—Lo estoy usando yo. —Mara abrió la boca y la volvió a cerrar.

—¿Perdona?

—El rúter está en mi apartamento.

—¿Y no te pareció relevante avisar a la inquilina del 3º 1 que iba a vivir desconectada como si esto fuera el siglo XIX?

—No lo necesitabas.

—¿Cómo que *nooo*?

—Ahora sí.

—Qué generoso ¿no?

—Te lo dejaré con condiciones. —Mara resopló. Esto era la polla en vinagre.

—Suelta.

—Mañana te acompañaré a hacer la compra. —La mujer se iba a volver loca. A ese hombre no había quien le entendiera… «¡Vaya *pedraá* que tienes, hijo!», pensó.

—¿Perdona? —repitió nuevamente.

—Dudo mucho que sepas dónde comprar barato en París. Y si no vas con cuidado, te quedarás sin dinero en menos de una semana.

—Como si tú no me hubieras estafado.

—Es el mercado, guapa. —Ella le observó, tratando de decidir si se estaba choteando, o si realmente era su forma de ser: seco, rancio y con un punto paternalista que le daban ganas de estrangularlo. Claro, era un rancio que estaba buenísimo, así que el universo no era justo.

—Vale —cedió al final—. Wifi y guía de supervivencia a cambio de la compra.

—Exacto.

—Pero que conste que me sigues pareciendo un sieso. —Alex esbozó algo parecido a una sonrisa, con lo que la dejó totalmente desconcertada.

—¿*Pigé*?[12]

—*Oui*. —Y sin más le volvió a dar con la puerta en las narices.

CAPÍTULO 10

SEGUNDO ASALTO CONTRA EL RANCIO

Mara parpadeó ante la puerta cerrada. Le odiaba con todas sus tripas. Como si ella fuera un mero trámite, o un grano en el culo bien gordo y lleno de pus, del que quisiera deshacerse cuanto antes. Resopló, pataleó y cuando fue a atizar con el puño, se abrió nuevamente la puerta. Alex se sacó un papelito del bolsillo del pantalón de deporte y se lo tendió. Mara lo leyó.

«Xq$2dZpñ!mwV7hP93O0»

—¿Qué es esto? ¿La tabla periódica?

—La contraseña.

—¿Estás de coña?

—Si no te gusta, puedes usar tus datos «ilimitados»… ¿Algo más?

—Sí. Mi sofá cama no se abre.

—No es mi problema.

—Mira, guapo, sí que lo es, porque si no lo abro dormiré en el suelo y si duermo en el suelo me voy a levantar con una contractura, y si me levanto con una contractura voy a estar de muy mala leche, y si estoy de mala leche… ¡Te voy a denunciar, a la *gendarmerieeeeeee*[13]! ¡Te he pagado dos meses por adelantado, y solo voy a estar *tresssss*!

—Voy. —Mara sonrió con satisfacción. Treinta segundos después, el macizo estaba en su apartamento, luchando contra el mecanismo infernal del sofá cama.

—¿Ves? ¡Te lo dije! —protestó ella, observándole mientras forcejeaba con la estructura metálica—. Esto no es un sofá es un Transformer.

—No está roto. Solo parece…, atascado. —Alex apretó la mandíbula y tiró con más fuerza.

—Sí, claro. Como las arterias de los que comen *croissants* todos los días. —Mara que estaba detrás del macizo, comenzó a sacarle la lengua y a ponerle caretos, mofándose de él y de todos los caseros parisinos. Estaba hartita. Finalmente, con un crujido metálico que sonó como un chirrido espantoso de la puerta de un castillo, el armatoste se desplegó.

—*Ça y est*[14]. Ya está.

—Gracias… —Alex se levantó del suelo. Cerró los ojos un segundo, y al final dijo:

—Ven.

—¿A dónde?

—A cenar. —Mara parpadeó.

—¿Contigo?

—No, con mi perro que no tengo… Claro que conmigo. —Ella dudó, pero su estómago rugió.

—Mira que me caes mal, vamos, ¡como el culo!

—El sentimiento es mutuo.

—¿Te queda claro?

—Cristalino.

—¿A qué hora?

—En media hora, y en mi apartamento.

CAPÍTULO 11

CENANDO A LAS SIETE DE LA TARDE

Mara miró la hora en el móvil. Eran las seis y media de la tarde.

«Pero ¿quién cojones cenaba a las siete de la tarde?», pensó. Ella solía merendar a esa hora y lo de cenar, «ya si eso», lo dejaba para las once de la noche.

—Este tío está de la olla —habló en voz alta, mientras introducía muy despacito la contraseña del demonio. Pensar en códigos QR para agilizarle el trabajo, no debía ir con su carácter. Un segundo después, su WhatsApp explotó con mensajes, pero de los canales a los que estaba suscrita. Recordaba muy bien por qué huyó como una rata del barco y, en consecuencia, había cancelado todas sus cuentas en redes sociales. Para ser sincera, se había hecho una en Insta y otra en Tiktok, con nombre trucho, para cotillear a su antigua tutora del curso, pues la muy cerda la había puesto de vuelta y media, así «en plan pringando», diciéndole que jamás conseguiría currar en nada que tuviera que ver con el mundo del protocolo. También para qué negarlo, quería fisgar a los Manolos, por si le daba a Manoli por perseguirla hasta el fin del mundo y matarla, pero claro, que pareciera un accidente.

Solo escribió uno:

MARA

«*Lupe, ya estoy en París. El apartamento es ideal y estoy feliz de la muerte. Gracias, tita, te quierooo*».

Lupe respondió en menos de cinco segundos.

LUPE

«*Feliz tú y mi cuenta corriente más ligera… Nenita que no se te olvide buscar un trabajito, ¿eh? Que eso de ser estudiante mantenida NO TE PEGA*».

—Si logro superar esto, algo buscaré… —pronunció en voz alta.

Sin embargo, ahora tenía otra misión: joderle la cena a Alex. Le había tocado la moral y las pelotas y si se pensaba que podía tratarla como si fuera una tía cutre, necesitada de su caridad, iba listo.

Iba a aparecer hecha un auténtico escándalo. Así que abrió una de las dos maletas, sacó lo que necesitaba y se fue a su mini baño.

Se desnudó y se colocó una falda estrecha y un jersey negro con un escote suficientemente *casual* para no parecer desesperada, pero lo bastante escandaloso como para provocar un derrame cerebral. Se calzó las sandalias doradas de tacón, porque…, porque sí.

La luz del baño no era suficiente para maquillarse como era debido, así que utilizó la linterna del móvil, para iluminarse. Se aplicó unas sombras metálicas, para resaltar sus ojos oscuros y un brillo labial transparente para que no le quitara la vista de la boca… Se hizo una cola de caballo bien alta, para dejar al descubierto su cuello estilizado.

Se miró nuevamente en el espejo.

—Joder, si me viera mi madre. —dijo en voz alta. Su mamá ya no estaba con ella, hacía tres años que… Decidió no pensar en sus tragedias personales o se volvería con su tita mañana mismo. Solo tenía a Lupe, la hermana de su madre. Su padre… Era mejor no pensar en aquel ser que se había pirado con una piba veinte años más joven que él.

Se perfumó detrás de las orejas y en las muñecas y salió del zulo con la moral por las nubes…

CAPÍTULO 12

EL APARTAMENTO DEL DESEO

Nada más entrar, Mara lo sintió.

El calorcito.

Ese calor acogedor, envolvente, casi obsceno que hacía que se olvidara de que afuera, la ciudad podía ser fría, húmeda y traicionera.

Y luego, el apartamento en sí.

Nada que ver con su cuchitril de dimensiones carcelarias.

En este apartamento todo tenía un toque masculino: los suelos eran de madera oscura, los techos altos, una librería de diseño cubría una de las paredes y en el centro un sofá de cuero negro que parecía que gritaba «soy elegante y carísimo».

Ella había escuchado no hacía mucho que, si detrás de cualquier sofá había pared, era la señal clara y contundente de que esa persona era cutre y estaba tiesa.

Este tío desde luego no lo era… El sofá dominaba el centro de la sala, sin pared donde apoyarlo…

Lo que realmente capturó su atención se encontraba en la cocina.

Alex.

Descalzo.

Con un delantal negro atado a la cintura, los vaqueros ajustados, una camiseta de manga corta y los músculos de los brazos en acción, mientras cortaba con precisión un trozo de…

—¿Qué demonios es eso? —soltó Mara, frunciendo el ceño. Él siguió dale que te pego al cuchillo, sin mirarla.

—*Guanciale*.[15]

—Parece panceta.

—Porque no tienes ni idea. —El hombre había puesto a hervir espaguetis en una cazuela. Mara se apoyó en la encimera, mientras observaba al tío cascando los huevos con una mano y dejándolos en una fuente de cristal. Tenía ganas de fastidiar, así que se dispuso a interrumpirle las veces que fueran necesarias, solo para ver si le afloraba algún tic en el ojo, o se mordía los carrillos por dentro, o quizá se le caía algún pelo en la olla…

—Si me hubieras dicho que ibas a cocinar espaguetis a la carbonara, yo me habría imaginado que los harías con nata y panceta —insistió.

Alex dejó el cuchillo con calma, en la encimera de piedra, la miró con esa expresión de «no me hagas enfadar» y dijo con voz grave:

—Eso no es carbonara. Eso es un crimen. —Mara tragó saliva. No por lo que acababa de decir, sino porque cuando el tío se ponía intensito, su cerebro comenzaba a desparramar ideas tan peregrinas, como visualizarle solo con el delantal y la escena se le iba de las manos.

«Concéntrate, Mara, hija ¡por Dios!», se dijo.

El hombre sacó de una nevera de vinos, una botella de tinto. La abrió fácilmente con un sacacorchos convencional, olió el tapón, sirvió en una copa y se la ofreció…

—Bebe. —No es que le gustara mucho el vino. La verdad es que prefería beber agua o cerveza, tampoco es que supiera nada de enología, pero eso se suponía que lo iba a resolver en ese máster maravilloso de quince mil pavazos, que iba a devolver a Lupe, aunque para ello tuviera que vivir debajo de un puente y añorar el zulo de París.

Alex seguía cocinando con una seguridad casi insultante, como si todo en la vida estuviera bajo su control. Eso le tocó la fibra sensible, de nuevo.

Así que decidió meter el dedo en el ojo una vez más, después de dar un sorbo a su copa, que por cierto le sabía a ¿cuero? ¿pimiento verde? ¿regaliz? ¿moho? Ni pajolera idea…

—Oye… ¿Y en mi cuchitril hay calefacción?

—Sí. Aire acondicionado con bomba de calor.

—¿Y dónde está el termostato?

—Luego te lo enseño. —Así de escueto, y sin adornos era el chico. Mara apoyó los codos en la encimera y descansó la cabeza entre sus manos perfectamente manicuradas.

—¿Eres de París? —Él asintió. Claro, Alex jugaba con ventaja, porque para poder alquilarle la mierda aquella, le había pedido un montón de documentación, prácticamente tuvo que jurarle sobre la Biblia, que se duchaba y se cambiaba de bragas y sujetador a diario. Sabía todo y más de ella…

—Nací aquí.

—¿Y por qué hablas español?

—Mi padre es de Madrid.

—¿Y tu madre?

—de Roma.

—¿Y a qué te dedicas? ¿Solo eres casero, o además tienes un trabajo de verdad?

Esta vez, Alex levantó la vista de los espaguetis que acababa de escurrir.

Y sonrió. Mara que estaba dando otro sorbito de vino con sabor a ¿queso azul? ¿madera?... Tuvo que tragar despacito para no

saltar por encima de la encimera y comerle la boca.

—Trabajo.

—¿En qué?

—En cosas.

—«Cosas», suena chungo, como a narcotráfico.

—Entonces seguro que me pagarás el alquiler de forma puntual. —Tocada. Había dado de lleno en su ego. Chasqueó la lengua y se cruzó de brazos.

—Eres un misterio, ¿eh?

—No, solo me gusta cocinar en silencio. —Volteaba el *guanciale* en una sartén de hierro, y ella seguía los movimientos, hipnotizada.

—Pues conmigo te va a resultar un pelín complicado, colega. —Alex no respondió. Se limitó a seguir revolviendo los espaguetis con el huevo y aquella panceta que olía a gloria.

Alex sirvió la cena en la mesa, que ya tenía preparada. Podría pasar por un *chef* perfectamente, si no fuera porque el hombre parecía un culturista de libro.

—¿Más vino?

—Vale. —Mara sonrió con fingida inocencia. Ya le daba lo mismo que el brebaje supiera a frutos rojos o a chocolate o café con piedras del río.

—Cena. —La verdad es que tenía mucha hambre y se lanzó a por los espaguetis como si no hubiera un mañana.

—Joder… —murmuró con la boca llena—. Están de muerte.

—Lo sé.

—¿Siempre eres tan modesto?

—Solo cuando tengo razón. Te cocinaré más a menudo —dijo Alex masticando.

Mara se llevó a la boca la copa y apuró el contenido. Alex, por su parte, se tomó su tiempo observándola. El problema es que la chica estaba muy buena, y le atraía un montón.

Ese no era el plan. Ya tenía suficiente con Valerie, que era muy absorbente y no entendía un «basta».

Y ahora, aquí estaba Mara, cruzando las piernas como si no supiera que con ese atuendo estaba jugando con fuego…

—En serio. Creo que acabo de perdonarte por lo del zulo… ¿Te dedicas a esto? —preguntó con genuina curiosidad. Alex asintió.

—Sí.

—¿Eres cocinero?

—Exacto.

—Eso explica lo de la carbonara auténtica.

—Espero que no creyeras que iba a usar nata.

—Por favor, respeto mis arterias. —Alex dejó escapar una leve risa, de esas que apenas duraban un segundo pero que cambiaba por completo el ambiente…

—¿Y tú? Aparte de lo que ya sé por los papeles que me enviaste.

—Soy organizadora de eventos.

—Ajá. —Los ojos le brillaban con tanta intensidad que la desarmaban por completo…

—Lo has dicho con el mismo tono con el que la peña dice «dobla ropa en el Zara».

—No, lo he dicho con el tono de alguien que se pregunta cómo acabaste en un apartamento de veinte metros cuadrados, aquí en París.

—He venido a estudiar… Nada, un curso de perfeccionamiento de mis estudios, sobre eventos y tal… —La estaba liando parda, porque no quería que absolutamente nadie se enterara de lo que había sido capaz de hacer en su primer y único banquete de bodas. Aquello le producía pesadillas: pensar en su tutora, en cómo la mandó a freír espárragos, a Manoli gritando como una posesa, a Manolo tapándose las vergüenzas pidiéndole discreción, cuando le pilló con su cuñada follando en el váter de invitados de la finca, la noche anterior a la boda. Tenía que dar un giro como fuera a aquella conversación.

—¿Por qué París? —Alex contraatacó.

—Pues…—no tenía ni idea de cómo salir de aquel puto embrollo, y cuanto más le miraba, más calor sentía en el canalillo de las tetas, seguro que alguna gota de sudor se le estaría deslizando ahora mismo, dejando un brillo cegador a la vista de aquel tío—. Siempre quise venir. París es una ciudad increíble, llena de oportunidades…

—Ajá.

—Y, bueno, Madrid está..., complicado para encontrar cursos de calidad —Sonrió. Pero cerró la boca de golpe, porque igual tenía un trozo de panceta colgando entre los dientes, y eso no lo podría soportar ni un segundo. Cogió la copa, que Alex le acababa de rellenar, y dio un buen trago, tratando de enjuagarse la boca, pero con disimulo.

—Ajá. —Mara le miró entornando los ojos.

—Eres el tío con más «*ajaás*», por metro cuadrado que he conocido.

—Es que me suena a excusa.

—¡Pues no lo es!

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Madrid es… Madrid. —Alex giró lentamente su copa de vino, despacito, entre sus dedos largos y de uñas cortas, limpias y… Mara no podía pensar, solo quería cometer locuras con aquel tío. Su cabeza se había llenado de imágenes guarras, y calentorras, cuanto más guarras mejor: ella con las piernas abiertas encima de la encimera y él lamiendo su entrepierna, ella cogiéndole la polla y restregándosela en el chichi… Alex empotrándola contra el ventanal desde donde se divisaba la *Tour Eiffel*, Alex susurrándole al oído «dámelo todo, cariño» … La verdad es que en su cabeza todo eso se veía espectacular.

—Dijiste que eras… Organizadora de eventos, ¿no?

—Algo parecido.

—¿Bodas? —«*Joderrrr*», pensó. A ver cómo mierda respondía a eso. Sin embargo, en ese mismo instante, el móvil de Alex se iluminó. Tenía una llamada… «¡Salvada por la *campanaaaa*!», dijo para sus adentros. La pantalla se iluminó con un nombre: Valerie.

—*Excuse-moi*.[16]

—Nada, tranquilo. Estás en tu casa. —Mara vio cómo se le tensaba la mandíbula al tío antes de cogerlo. Se levantó y se dirigió al balcón. Se apoyó contra el ventanal, dándole la espalda a su invitada, aunque Mara podía ver perfectamente el reflejo del macizo, ayudado por las luces de la ciudad.

—*Oui*? —La voz de la tipa llegó nítida a través del altavoz. Sonaba ansiosa, insistente, Mara diría que hasta histérica. Aguzó el oído, porque seguro que «allí había tomate».

—Alex! *Enfin! Pourquoi tu ne réponds pas? On doit parler du programme, tu comprends? C'est important!* [17]—Mara, que no era precisamente una experta C1 en francés, pilló que la pava le estaba

dando la chapa, porque no le habría contestado a alguna llamada o a cientos de ellas… El caso es que tenían que hablar de algo de curro, suponía. Y además lo hacía con tal indignación que a primera vista podría parecer su compi de trabajo, o quizás su jefa, pero a Mara le daba la sensación, por lo indignada que se la oía, que además debía tener algún rollito con ella, porque si no, no lo entendía. Mara era muy perspicaz y no se le escapaba ni una. Había algo en ella, como un sexto sentido que le daba palmaditas en la espalda en ciertas ocasiones, para avisarla cuando se enfrentaba a un ser humano, si este era un capullo de libro…

—Val*erie, pas maintenant*[18]. —Mara tradujo perfectamente: «Valerie, ahora no»,

—*Mais si! On doit confirmer les horaires. Le boulot commence bientôt*[19]*!* — Mara arqueó una ceja. «El trabajo que se traían entre manos, empezaría pronto». Pensó que después de todo, no se le daba tan mal el francés, pero claro es que a la hora de hablarlo se atascaba un montón. Por eso eligió las clases en inglés…

—*T'ai dit que je m'en occupais* [20]—respondió Alex. A Mara no le extrañó que el tío se ocupara del asunto… Llevaba unas horas con él, y apostaría los quinientos euros que le quedaban en la cuenta, después de haber pagado todo, que Alex podría trabajar perfectamente como controlador de vuelo.

—*Sûr? Parce que tu sembles… Distrait*[21]. —Mara sonrió. Claro, estaba con ella…

—Valerie… —Ese tono denotaba que le estaba dando una pereza enorme hablar con la intensita de Valerie.

—*T'es seul*? [22]—Mara estaba disfrutando con la conversación. Aquella tía le estaba haciendo el tercer grado. Parecía la versión femenina del inquisidor Torquemada.

—*Oui*[23]. —Y colgó. Cuando se giró, Mara le observaba con la cabeza ladeada y una sonrisita malvada.

—¡Qué bonito es el amor! —Si no lo soltaba, reventaba. No lo pudo evitar. Así le iba. Huyendo de su casa, por «bocachancla».

—No es amor.

—Pues quién lo diría. Sonaba como si quisiera colarse por el auricular y hacer *paté de foie* con tu hígado. —Alex se sentó a su lado, le cogió las manos y le susurró al oído:

—¿Vas a seguir analizándome o vas a dejarme que te invite a otra copa? —«*Ayyy* Dios», pensó Mara. O eso creyó, porque juraría que lo había dicho en voz alta.

—Depende. ¿Siempre tratas así a tus inquilinas?

—No. — Y Mara, por primera vez en toda la noche, supo con certeza que no era mentira.

CAPÍTULO 13

AY, AY, AY….

Después de recoger la mesa, y lavar los platos, Alex le hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos. —A Mara le dio un vuelco el corazón.

—¿A dónde?

—A tu apartamento.

—¿Cómo? ¿Para qué? —Alex arqueó una ceja.

—Para enseñarte dónde está el termostato y la ropa de cama. —Mara sonrió con un deje de diversión. Era tan rancio el pobre que hasta le parecía tierno. Cogió un par de copas y otra botella de champán del frigorífico.

La siguió hasta el apartamento minúsculo, donde señaló con la barbilla un panel junto a la puerta, mientras apoyaba las copas y la botella en la única mesa del zulo.

—Aquí controlas la calefacción. No la subas a más de veintidós grados o esto parecerá una sauna.

—Uy qué miedo, ¿vas a multarme si lo pongo a veintitrés?

—No —respondió sin inmutarse—. Pero vendré a comprobarlo.

Mara no supo si tratar aquello como una amenaza o como una promesa. Alex se acercó hasta la cama y abrió un pequeño panel en la pared, donde guardaba las sábanas, la almohada y las mantas.

—¡Anda, si tengo armario!

—No esperes lujos.

—Con que estén limpias, desinfectadas, sin pelotillas y con un tacto que no sea de lija, me conformo. —Alex se cruzó de brazos,

observándola con la misma expresión que se le ponía a un cachorrillo que estaba a punto de hacer una trastada.

—¿Siempre hablas tanto?

—¿Siempre eres tan sieso?

—Depende del momento.

—Entonces debe de ser mi día de suerte. —Ahí estaba. La sombra de una sonrisa que apenas duró un segundo en los labios de Alex. Mara cogió las sábanas y las apoyó en el colchón de faquir.

—¿Te apetece esa copa?

—Gracias por la cena —dijo con una sinceridad que la sorprendió incluso a ella—. Y por esto.

Alex asintió. Abrió la botella con facilidad y sirvió dos copas.

—Brindemos, por ti.

—Salud —respondió Mara, sin apartar la vista de aquellos ojos que la volvían turulata.

Bebieron en silencio.

—Mañana comienzas las clases, ¿no?

—Sí, sí, claro. —Mara intentó sostenerle al mirada, pero sentía que le estaba leyendo los pensamientos. Ese cabrón tenía un radar para detectar evasivas.

—En un sitio por ahí. Ya sabes, en Paris. —Tenía que mantener la trola hasta el final… Nadie debía saber que había huido como una cobarde…

—Mara…

—¿Sí? —Alex apoyó la copa en la mesa, le quitó la suya a la chica de las manos y le rozó la cara con la yema de los dedos. Ella cerró los ojos.

—Nada. —Se volvió. Se dirigió hacia la puerta, pero antes de abrirla, Mara pegó un empujón y la cerró. Le giró y le acarició el pelo. No se lo pensó mucho. Acercó su boca a la de Alex y definitivamente fue su perdición.

Porque Mara no tenía remedio. Cuando algo o alguien le gustaba, lo expresaba. Era la típica mujer sincera que tenía que decir y hacer lo que pensaba. Lo malo era que había veces que filtrar los pensamientos y los actos se le daba un poco mal y así le ocurría. Metía la pata hasta el fondo.

Así que sucedió…

CAPÍTULO 14

¡VAYA QUE SI SUCEDIÓ!

El contacto hizo perder el aliento a Mara. El hombre no se movió ni un milímetro. Se retiró, al no recibir respuesta alguna. El hombre la mantuvo, así como hechizada con aquellos ojos, y de repente, metió las manos por debajo del jersey de la chica. Le desabrochó el sujetador y notó las manos calientes en sus tetas.

Le dejó el jersey a la altura del cuello y en cuanto la boca de Alex le besó los pezones, Mara alucinó con aquella fuente de calor y de placer. Jadeó con aquel asalto que no fue a sus labios.

Se sentía como un animalillo en celo, porque por su cabeza solo pasaba la palabra follar…

Así que se arrancó el jersey y le quitó la camiseta para acariciarle a él también. Tenía la piel suave y caliente…

Juntos se dirigieron hasta aquel camastro, medio tambaleándose, y comenzó el juego…

Alex metió las manos por debajo de la falda y le quitó el tanga.

La tocó. Con destreza, como si supiera que a ella le gustaba mucho más que rozara en círculos su clítoris, que de arriba a abajo…

—¡Joder! —gritó Mara. —Cuando metió dos dedos dentro de ella, muy dentro…

—¿No te vas a correr, verdad *ma chou*[24]?

—No sé qué mierda me has llamado, pero estoy a punto —Y, sin embargo, no lo hizo porque Alex se detuvo. El muy cabrón la había llevado hasta el borde del abismo y la había dejado gimiendo y muerta de necesidad.

—*Ma chou,* es cariñoso. —Se bajó los pantalones, sacó un condón del bolsillo y se lo puso. Cogió la mano de Mara y se la

colocó en su polla dura y caliente—. Tócame.

Mara la agarró, subiendo y bajando a toda velocidad.

—Madre mía…

—Más despacio, no querrás que esto acabe pronto, ¿verdad?

—Alex, me estoy muriendo…

—Espera… Estás preciosa… ¿Quieres vernos cómo lo hacemos?

—Oh, Dios… —Alex la cogió en brazos, y la sacó del zulo para llevarla a su cama. Cerró el apartamento de un puntapié, corrió con ella en brazos hasta el suyo y cuando llegaron a la habitación, la dejó de pie junto a él y frente a un espejo de cuerpo entero. Se puso tras ella, le alzó un poco la pierna y muy despacio la penetró…

—Mírate, Mara… Eres tan bonita. —susurró en su oído. La estaba volviendo loca de remate. Nunca se había observado mientras follaba, pero aquella imagen, desde luego que no la iba a olvidar en su vida. El hombre empujaba despacio y le sostenía la cabeza para que no dejara de observar la escena… Aquello era un revolcón en condiciones.

—Me corro… —dijo Mara. Entonces Alex empujó más deprisa y cuando estuvo nuevamente a punto, volvió a parar. No salió de ella.

Se distrajo entonces con sus tetas, le lamió el cuello…

—Tranquila. —Siguió un ratito con aquella técnica viejuna pero increíble del *ending,* y cuando parecía que el corazón de Mara latía un poco más despacio, Alex la llevó a la cama, la penetró de golpe y empezó a empujar con fuerza… Su mano se encontró nuevamente en la entrepierna de Mara, y cuando pellizcó su clítoris, la mujer gritó como si fuera Tarzán de los monos.

Alex la siguió con el rugido de los leones de la Sabana…

CAPÍTULO 15

PRIMER DÍA DE CLASE

Había dormido menos de tres horas. Se había pasado al zulo a eso de las cuatro de la mañana, porque el tío era una máquina de follar. Se duchó a toda prisa y cogió de una de las maletas que, por supuesto no había deshecho, un vaquero, un jersey de lana de cuello alto y unos calcetines térmicos. Se acopló sus botas, pilló el abrigo, el gorro y los guantes, se colgó el bolso y el portátil y salió a toda prisa hasta el campus de la universidad. Había elegido ese distrito de París porque así se ahorraría la pasta en coger el metro.

En eso iba pensando, cuando llegó al edificio con el tiempo justo. El aula era amplia, con techos altos y una lámpara *art déco* que parecía sacada de un palacio. Mara se sentó al lado de una chica, que por casualidad hablaba en español. Lo sabía porque estaba conversando con alguien a través de su móvil, y que parecía claramente su madre. La chica estaba emocionada y de vez en cuando, soltaba una carcajada típica de cuando una está atacada de los nervios.

A la hora exacta, o sea, las nueva y media, una mujer alta y esbelta entró en la sala. Vestía un traje de chaqueta rojo de Carolina Herrera. Era igualito al que lució la reina, la semana anterior cuando visitó el Banco de España… A Mara no se le escapaba ni una, si se trataba de distinguir y apreciar los grandes estilismos. La mujer era delgada, guapa, de unos cuarenta años aproximadamente. Lucía un moño alto que estilizaba aún más su cuello. Apoyó su bolso de hombro *Magrit*[25] sobre la mesa y saludó:

—Buenos días a todos. Soy *madame* Truffaut, su tutora en este máster de gestión de eventos, de moda y protocolo. —Habló en perfecto inglés, salvo cuando pronunció su apellido, que sonó con un leve «gorgorito» francés. Hizo una pausa, escaneando la sala con una mirada que perfectamente podría cuadrar y alinear ejércitos—. Este curso está diseñado para que dominen el arte del protocolo en eventos de alto nivel. Aprenderemos desde la jerarquía en las mesas

oficiales hasta el arte de la negociación en una boda con suegras enfrentadas.

Mara sonrió. Eso último le hizo gracia. Igual aquella mujer no era tan sargento de caballería como en un principio podría aparentar.

—Buen comienzo…—susurró la chica de al lado. *Madame* Truffaut continuó:

—Hablaremos de la precedencia, ya saben ustedes, el orden en el que deben sentarse los invitados en un evento, ya que es la clave para evitar conflictos diplomáticos, luchas de egos y dramas institucionales. Imaginen ustedes una cena en la que sientan al embajador de Japón detrás de un creador de contenidos de Instagram. Sería terrible, ¿no creen? —Algunos alumnos rieron. Mara no sabía si empezar a tomar notas o no en su portátil, y no se decidió a abrirlo de momento. Se oyó un ligero carraspeo, que venía del fondo del aula.

—Buenos días, *madame*, mi nombre es Angelina.

—Dígame. —La voz de la Truffaut sonó un tanto desagradable. Había quedado claro por su mirada que le importunaban muchísimo las interrupciones, pero claro era el primer día de clase, y probablemente se lo pasaría por alto.

—Si una celebridad de Hollywood asistiera a un evento oficial donde se la colocaría? —Después de un silencio demasiado largo para el gusto de Mara, la tutora respondió casi con indulgencia:

—Eso depende del país y del evento, señorita. En Francia, por ejemplo, la precedencia se rige por normas muy estrictas. Un ministro siempre tendrá prioridad sobre cualquier…, digamos actor, por muy famoso que sea.

—Dime que esto no es lo más francés que has escuchado en tu vida —susurró su compañera de mesa.

El interés de Mara empezó a decaer, porque ella a priori había estudiado todo aquello, por lo que había venido a aprender sobre eventos de moda, entre otras cosas, aparte de que había huido de los Manolos porque no podía dejar de meter la pata.

Cuando el reloj marcó el final de la sesión, *madame* Truffaut carraspeó y dijo con aire solemne:

—Antes de finalizar esta primera clase, quisiera presentarles a un colaborador imprescindible en este curso. Se encargará de las sesiones prácticas y aportará su experiencia en la organización de eventos gastronómicos y quizá también de alta costura. —«¡Vaya mezcla! Vestidos con salsa de tomate», pensó Mara. Bostezó discretamente porque aquello se le estaba empezando a hacer bola.

No iba a aguantar mucho más con aquella tía estirada, que cada vez que hablaba subía el pan y bajaba el pescado.

Volvió a bostezar. La puerta se abrió y entró un hombre alto, de porte tranquilo, con un traje oscuro y una mirada de hielo.

Alex.

Alex.

Alex.

Mara sintió que el alma se le evaporaba del cuerpo.

—Les presento a *monsieur* Alex González —dijo *madame* Truffaut.

La mirada del colaborador barrió toda la sala.

—*Merci*[26], Valerie. —La voz profunda de Alex resonó en el aula como un martillazo en la cabeza de Mara.

—¡Me quiero morir! —murmuró Mara. El casero rancio, el cocinero macizo, el tío que hacía los espaguetis carbonara mejor que nadie, en definitiva, el hombre con el que se había corrido como una loca, porque follaba como los dioses… Ese, también era su profesor.

Y Valerie, la insufrible Valerie que le tenía hasta los huevos, era *madame* Truffaut.

CAPÍTULO 16

REBOBINANDO

Mara cerró la puerta de su apartamento y apoyó la frente contra la madera. Dejó el bolso y el portátil en el camastro. Tenía que respirar profundamente. Y rebobinar… Porque en menos de veinticuatro horas había vuelto a cagarla.

Se había acostado con su casero, se había enterado en plena clase de que ese tío era su profesor… Y su tutora, probablemente era la amante de su «casero-profesor», porque se llamaba Valerie y parecía sacada de una telenovela turca de villanas con planes maquiavélicos.

Se sentó en la única silla del apartamento, y llamó a su tía Lupe. No tenía más opciones. Ni más amigas, ni más familiares… Su cerebro había colapsado y necesitaba algo que no fuera dinero. Lupe también se lo ofrecería. La hermana de su pobre madre tenía una vida muy interesante y fructífera, no era muy mayor, y aunque ahora le hubiera dado por la cultura egipcia, en realidad era una *crack* con experiencia en «relaciones humanas». Al segundo tono, Lupe contestó:

—Niña, ¡ya era hora! —La voz de Lupe sonó animada.

—Tita, no te lo vas a creer.

—A ver, sorpréndeme.

—Mi casero.

—¿Qué le pasa? ¿Te ha subido el alquiler antes de deshacer las maletas?

—No, peor… Me lo he tirado. —Silencio, pero de esos que Mara afirmaba que eran atronadores. Luego, una carcajada estalló al otro lado de la línea.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! —Mara esperó. Lupe seguía riéndose.

—¿Ya has terminado? —preguntó Mara con los dientes apretados. Tenía un cabreo del quince.

—Pero, Mara, hija… No sales de una y ya te has metido en otra peor.

—El problema, oh querida tita que tanto me amas, es que hoy he empezado el máster.

—Lo sé, niña… ¿Y? ¿Te gusta? ¿Todo bien? ¿Entraste con el pie derecho?

—Mi casero, ese casero, también es mi profesor. —Silencio nuevamente.

—Espera, espera déjame que respire un poquito—Se la oía resoplar a través del auricular—. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! ¿Está bueno? No será como Gargamel el de los pitufos…

—Lupe, por Dios. No, la verdad es que está macizo…

—¿Sabes cuántas películas empiezan así?

—¡*Nooooo*! ¡Esto es distinto, es mi realidad!

—Perdona, niña… Voy a beber un poquito de té.

—Lo peor de todo esto es que no sé si me ha visto encogerme como un bicho bola en mi asiento, porque quería que me tragara la tierra. No sé si sabe…

—Deja de decir tantos «no sé si», y piensa que te has librado de los Manolos, que estás en París, con un casero buenorro, que encima es tu profe, un «24/7», toda una fantasía… Por la mañana profe y por la noche casero y amante.

—Lupe, ¿te acuerdas de que tengo que vivir aquí unos poquitos de meses?

—Hombre, pues sí.

—Voy a verle a diario y como me líe otra vez con él esto va a acabar en tragedia… —Mara gruñó.

—Oye que, si no lo quieres, me lo mandas en un paquete exprés, que una también tiene sus necesidades.

—Lupe… —Mara amenazó a través del móvil.

—¿Hay más?

—Anoche cené con él, y cuando estábamos casi terminando, le llamaron por teléfono… Una mujer.

—Sigue. —La sonrisa de Lupe seguía pintada en su cara.

—Habló en francés, pero creo que era Valerie.

—No entiendo.

—*Madame* Truffaut, mi tutora, es Valerie. —A Lupe se le congeló la sonrisa en la cara. Se incorporó, porque estaba tumbada en la hamaca, del solárium que había detrás de la casa—. ¿Lupe?

—Un momento, que me estoy bebiendo un poco de coñac.

—Pero ¿no estabas con el té?

—He cambiado de opinión. —Mara se masajeó el entrecejo.

—Creo que es su amante, y además una muy pesada, por el careto que estaba poniendo él mientras hablaba con ella. —Lupe tosió.

—¿Tu tutora?

—Sí.

—Valerie Truffaut Saint Denise…

—Sí, ¿la conoces?

—Pero qué dices, por Dios, ¡qué cosas tienes! ¿Estás segura de que Valerie y la Truffaut son la misma persona?

—Lupe…

—En serio, qué chistosa eres. Deberías presentarte a un concurso de monólogos.

—Lupe…

—¡Que no! ¡Que no la conozco de nada! ¡Que no tengo ni idea de quién es!

—Vale, vale, no insisto.

—Eso, ¡no insistas!

—Pero…

—¡Nada de peros! Oye, mira qué tarde es.

—Lupe, aquí son las doce del mediodía.

—Pues en Madrid, más.

—Eso no tiene sentido.

—Mara, cariño, cuelga.

—¿Cómo?

—¡Que cuelgues, que me va a dar la risa otra vez! —Mara cortó la llamada y dejó caer el móvil sobre la mesa. Tenía muchas ganas de llorar.

En Madrid, Lupe dejó el móvil en la mano extendida de su mayordomo.

—Ramiro.

—Señora…

—Haz las maletas, tenemos que ir a París… Operación Valerie.

—¡Qué sorpresa!

—No es broma.

—¿Alguna vez lo es? —Lupe le fulminó con la mirada.

—Señora, ¿volaremos en primera? ¿O hago el numerito del regateo?

—¡Dejaremos por una vez el regateo! ¡Necesito llegar cuanto antes!

—¿Y el hotel?

—El Ritz, por supuesto.

—Si la señorita Mara se enterara…

—Es joven. Puede amoldar sus huesos jóvenes a cualquier camastro de mala muerte. Y además toda mi fortuna será para ella… Algún día.

—Por supuesto. —Ramiro se giró y con la eficiencia de un militar, fue a hacer las maletas.

CAPÍTULO 17

CUANDO LUPE CONOCIÓ A VALERIE… PARÍS, 2019

Lupe se encontraba en una subasta de esas exclusivas de alta costura. Se respiraba dinero y perfume caro. No era cualquier evento: había unas cuantas piezas únicas de diseñadores legendarios, entre ellas un abrigo *cocoon*[27] de Givenchy, original de los años sesenta, que había lucido Audrey Hepburn en una de sus películas.

Desde que había fallecido el marido de Lupe y había heredado el dinero de las patentes, decidió vivir la vida sin ningún tipo de cortapisas…

Así que allí estaba, sentada con Ramiro. Había visto aquella maravilla en el catálogo y tenía que ser suyo. No porque lo necesitara, sino porque representaba algo más que un abrigo. Simbolizaba la historia y la elegancia atemporal. Y sobre todo quedaría monísimo colgado en su vestidor…

La puja comenzó tranquila, con varias ofertas prácticamente intrascendentes hasta que llegó el momento de la verdad, en el que solo quedaron dos postores en la sala, o sea, Lupe y una joven de unos treinta años, rubia de mandíbula afilada, con la mirada de una asesina en serie, pero bien vestida.

—Cincuenta mil euros —ofreció Lupe sin inmutarse.

—Cincuenta y cinco mil—respondió la rubia en inglés con un ligero acento francés.

—Sesenta mil.

—Setenta mil. —La sala contuvo la respiración. Lupe se giró y examinó a su rival. La reconoció enseguida: Valerie Truffaut. Organizadora de eventos, de la sociedad más exquisita de París, una mujer que cuando quería algo, lo conseguía.

Pues bien, esa noche, conocería a alguien más cabezota que ella.

—Ochenta mil —contraatacó Lupe, con una sonrisa serena. Valerie la miró con el mismo desdén con el que se observa un bolso de polipiel.

—Cien mil. —Se escucharon murmullos en la sala. Lupe apretó los labios.

—Ciento diez mil. —Valerie se cruzó de brazos y la miró con aire desafiante.

—Ciento cincuenta mil. —Lupe tomó aire. Amaba ese abrigo, pero una cosa era querer un Givenchy y otra muy distinta pagar más que por un Maserati Gran Turismo. Si lo quería para ella, lo iba a tener.

—Disfrútalo, cariño —replicó con una sonrisa falsa—. Espero que al menos te abrochen los botones.

Valerie no sabía muy bien si acababa de perder un montón de pasta por una estupidez...

—Me quedará perfecto —refunfuñó.

—¿Cómo el vestido que llevó Audrey en «Desayuno con diamantes»? ¡Ni de coña, guapa! —Y así dejó a la Truffaut con la cara roja de ira y el ojo izquierdo con un tic terrible.

CAPÍTULO 18

COMPRA DE SUBSISTENCIA

El cerebro de Mara había colapsado oficialmente. Lo que al principio le pareció una idea magnífica, un modo de olvidar aquella metedura de pata en Madrid, y seguir aprendiendo de los mejores, ahora el resultaba horrible, y hasta peligroso.

Decidió no deshacer las maletas. Volvería a Madrid en unos días. No quería saber nada de todo aquello. Se había metido en la boca del lobo una vez más. Haría una pequeña compra, y cuando subiera al apartamento, se pondría a buscar billetes de vuelta a Madrid: en avión, en tren, en autobús o en patinete, lo primero que la llevara de vuelta a su casa a lamerse las heridas. Buscaría un curro de camarera en cualquier pub de esos que frecuentaba, pues seguro que para lavar vasos o servir copas siempre habría un hueco para ella… Eso sí, le costaría una eternidad devolverle el dinero a su tita, y con lo rácana que era… Mejor no pensar, pues le explotaría la cabeza.

Pilló de la maleta un puñado de bolsas que había metido para aquellos efectos.

Se colgó el bolso y bajó en el ascensor. En cuanto abrió la reja de aquel trasto, se chocó de lleno contra un muro.

Bueno, técnicamente fue contra Alex, pero dada su complexión, la sensación fue la misma.

Él, impasible, la miró desde su altura.

—Hola, Mara. —Y si su cerebro había colapsado, ahora los cables que se le habían pelado habían chocado y la masa gris le había cortocircuitado.

Porque, claro, antes de todo este dramón, ella y ese hombre habían estado «***desnudos***», entrecomillado, en negrita, en cursiva y subrayado… Y mirándose a un espejo para ver cómo follaban… Su

maldita mente traicionera tuvo a bien, recordarle todos los detalles con resolución «8K».

—¿A dónde vas con tanta prisa? —preguntó él señalando las bolsas. Mara pestañeó varias veces, intentando reconectar con la realidad.

—Eh… A hacer la compra. —Alex se cruzó de brazos impidiéndole el paso.

—¿Sola?

—Sí. ¿Por?

—Porque anoche quedamos en que te ayudaría, ¿no te querrás escaquear? —Mara entrecerró los ojos.

—¿Eso dijimos?

—Sí. Justo antes de que te quedaras dormida encima de mí. —La boca de Mara se abrió y se cerró en busca de una réplica inteligente. No la encontró.

—Bueno, pues… No quiero molestar.

—No molestas. Vamos.

—No hace falta.

—Vamos —repitió. Por el amor de «Dior», «¿Aquel hombre sabía pronunciar algo más de dos palabras seguidas?», pensó. Lo peor de todo aquello era que, su mente seguía repitiendo imágenes de la noche anterior como un tráiler en bucle. Vale, ella creía que podría con eso. Era una compra rápida. Nada podía salir mal… ¿Verdad?

El supermercado estaba relativamente tranquilo a esa hora. Mara avanzaba entre los pasillos con el ceño fruncido, mirando las estanterías, pero sin ver nada realmente. Su cerebro seguía en modo «caos absoluto».

Por un lado, tenía que asegurarse de no hacer más el ridículo con Alex. Por otro, necesitaba averiguar si la había reconocido en clase.

Porque si no lo había hecho… Bueno, quizás aún podría evitar la conversación incómoda de «oye, por cierto, además de tu inquilina, de haber follado contigo, también soy tu alumna», se dijo.

—No sé muy bien qué comprar… —comentó así en tono casual, cogiendo un paquete de espaguetis y mirándolo como si fuera un jeroglífico egipcio. Alex, que iba a su lado, empujando un carrito pequeño, la miró de reojo.

—Necesitas algo de proteína —dijo él cogiendo una bandeja de pollo y echándola en el carrito.

—Sí, claro. Energía para afrontar los próximos meses que serán muy duros. Como los primeros días de clase, por ejemplo. —Mara le lanzó la indirecta con sutileza, esperando a ver su reacción. Alex ni parpadeó.

—Sí, también para eso. —Mara apretó los labios y cogió un paquete de yogures que lanzó al carro con más fuerza de la necesaria. Porque tampoco parecía opinar sobre el polvo de hacía unas horas… «¿Tendría la memoria de un mosquito trompetero? ¿La consideraba un ligue tan irrelevante que ni siquiera merecía un comentario, o un guiño de complicidad?», pensó.

—Supongo que cuando uno empieza algo nuevo, es importante estar preparado. Adaptarse. Aprender a reconocer…, caras. —Le dio otra oportunidad. Alex le sostuvo la mirada un instante, con una ligera sonrisa en los labios.

—Eso siempre ayuda. —Seguía sin decir nada. Sin embargo, había algo en su expresión, en la forma en que la observaba de arriba a abajo, que le hacía sospechar que sí la había identificado como si fuera un poli.

—He pensado que solo voy a coger un par de manzanas y unos pocos de plátanos. No creo que dure mucho en el curso. Quizá pille algún vuelo… —No aguantaba más. Eso no tenía sentido.

—Te estás volviendo loca intentando averiguar si me he dado cuenta, ¿verdad? —Mara sintió un escalofrío, cuando Alex dejó el carrito a un lado y le cogió la barbilla con su mano firme.

—¿Darme cuenta de qué?

—De que no podría olvidar una cara tan bonita, aunque su dueña intentara esconderse entre la peña de un aula. —Mara casi se atragantó con su propia saliva.

Aquello era un total despropósito.

—*Ok*, ¿Y *madame* Truffaut? —Mara también podía participar en ese juego surrealista. No era tan idiota como Alex parecía pensar.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó tan tranquilo.

—A ver, Alex que no he nacido ayer, como si fuera una seta después de la lluvia. Te escuché hablar por teléfono.

—¿Y? —Alex volvió a empujar el carrito y metió unas botellas de agua, café y leche.

—Valerie y *madame* Truffaut son…

—La misma persona, exacto. —Mara se tropezó con la cesta de una mujer al escuchar la frase que confirmaba sus sospechas. Alex tenía el mismo cuajo para soltar verdades, que para cocinar los espaguetis que había cenado hacía unas horas.

—Pero, no sois *pare*… —Mara no terminó de pronunciar «pareja», porque Alex se giró y colocó la mano sobre la boca de la mujer.

—La estoy dejando.

—¡Ja, ja, ja, ja! Ni que fuera una droga dura.

—Exacto. Es adictiva y venenosa, diría que mortal para la salud.

CAPÍTULO 20

MARA VS. EL LÍO MONUMENTAL

Mara metió la leche en la nevera y cerró la puerta con un golpe más fuerte de lo necesario. No estaba enfadada. O sí, pero con quién exactamente, aún no lo tenía claro.

Con ella misma, por meterse en aquel berenjenal. Con Alex, por ser tan, tan… Él.

Con Valerie, por existir.

Sacó la *baguette*[28] de la bolsa y la dejó sobre la encimera. Miró el pan con resentimiento, como si también tuviera la culpa de su desgracia.

«¿Qué demonios iba a hacer ahora?», pensó. Se cruzó de brazos y apoyó la cadera contra la encimera… Meditó sobre ello: Una cosa era liarse con un desconocido en París, y otra que ese desconocido resultara ser su casero, y otra aún peor que fuera su profesor, por no hablar de la guinda del pastel… Que Valerie, todavía su novia, fuera también la tutora de su máster.

Lo realmente catastrófico, era que Alex le molaba un montón.

Podría marcharse del máster, buscar otra cosa, cualquiera en la que no metiera otra vez la pata.

Podría quedarse. Ser profesional. Ignorar el hecho de que cada vez que veía a Alex le daban ganas de arrancarle la camiseta con los dientes. O seguirle la corriente y volver a caer en la tentación.

Había notado la tensión entre los dos en el súper, la forma en que la tomó de la barbilla, su sonrisa llena de promesas… Cogió una manzana y la lanzó al aire, atrapándola con una mano. Podría ser inteligente y alejarse. Podría.

Pero… ¿Y si no le salía del toto?

CAPÍTULO 21

ALEX VS VALERIE

Alex estaba tumbado en la cama, con un brazo sobre la frente y el otro apoyado en el colchón. Eran las ocho y media y no había cenado. Mal asunto. Cuando tenía hambre, su paciencia se reducía a la mitad y su humor se volvía de perros.

El móvil vibró sobre la mesilla con ese tono que reconocería hasta en el infierno.

Valerie.

Cerró los ojos un segundo antes de deslizar el dedo por la pantalla.

—*Bonsoir mon chèr amour* [29]—empezó ella, con ese tono de seda que solo usaba cuando iba a pedirle o a reclamarle algo.

—*Bonsoir* [30]—respondió él, mirando al techo.

—¿Estás ocupado?

—Tumbado en la cama.

—*Mmmm*… Suena interesante. —Alex bufó. No tenía ni pizca de ganas de seguirle el jueguecito sexual que le iba a proponer… La conocía como la palma de su mano.

—Estoy cansado, Valerie.

—No, no es solo eso. Me esquivas, Alex. Apenas me llamas, no me escribes, y cuando estamos en el despacho trabajando juntos… Estás ausente.

—No digas tonterías. —Ella rio, pero no le hizo ni puta gracia.

—¿Tonterías? Alain ha preguntado por ti, quiere que hablemos de su próximo evento… No puedes dejar tirado al tío que tienes más

estrellas Michelin del mundo. Le dije que no sabía si estabas disponible. No puedo disculparte más.

—Dile que me llame.

—Ah, ¿pero sí te interesa hablar con Alain? Porque conmigo apenas abres la boca. —Alex notó cómo se le empezaban a tensar los hombros.

—Valerie, no empecemos.

—No soy idiota, Alex. Hay algo más… Alguien más.

—¿Perdona?

—Sí, que te noto distraído. Como si tuvieras la cabeza en otra parte, o quizás la polla… —Alex miró el espejo de su habitación. Mara. Con su piel contra la suya, el aliento en su cuello, los jadeos retumbándole en los oídos…

—Estás imaginando cosas —respondió, volviendo a la llamada.

—Ah, ¿sí? —Valerie hizo una pausa y, en un tono más bajo, casi venenoso, murmuró:

—Entonces, dime que me amas. —Alex tragó saliva. Se pasó una mano por la nuca. Miró el reloj.

—Valerie…

—Dímelo, Alex.

—Te dejo, me están llamando a la puerta.

CAPÍTULO 22

UN POCO DE SAL Y ALGO MÁS

Alex seguía con el móvil en la mano cuando sonó el timbre. Frunció el ceño. «¿Quién demonios podría ser ahora?», pensó.

Dejó el teléfono en la mesilla, se frotó la nuca. Tenía la conversación de Valerie metida a presión en la cabeza. Se puso unos pantalones cortos y una camiseta y cuando abrió la puerta, todo aquello se evaporó de golpe.

Mara.

Con un frasquito de especias en la mano, una camisa negra con un par de botones desabrochados y un moño flojo que dejaba escapar algunos mechones de su pelo sobre el cuello.

—¡Hola! —saludó ella, con una sonrisa que dejó a Alex con ganas de comerle la boca—. ¿Tienes sal?

—¿Sal?

—Sí, para el pollo que me metiste en el carrito. —La observó con atención, sin disimulo.

—Interesante. Pensé que ibas a cocinar, no a seducir al pollo… —Mara ni se inmutó. Había dado en el clavo, y el pollo era él.

—Sí, bueno, en mi casa hay que vestirse bien para cocinar. Si no, el plato te queda insípido.

—¿Y te funciona?

—Pues no lo sé… —«¡Madre, mía qué bonita era!», pensó Alex —. Anda, pasa.

Mara entró y se quedó junto a la encimera, como si fuera la primera vez que pisaba ese apartamento. Lo que, técnicamente, no era cierto.

Alex sacó un tarro de sal del armario y se lo tendió.

—Aquí tienes.

—¡Gracias! —Ella lo tomó, pero no se movió de inmediato. Se quedó hipnotizada mirando aquellos ojazos azules.

Había ido a por sal, sí, pero también porque se le habían pelado los cables de nuevo y, en vez de procesar las posibles consecuencias de todo lo que estaba pasando, había decidido que lo mejor era actuar y dejarse de tanta elucubración.

Alex apoyó los antebrazos en la encimera observándola con calma.

—¿Seguro que solo querías sal? —Mara se humedeció los labios.

—Bueno… Quizá también quería darte las gracias.

—¿Por la sal? —repitió.

—Por la ayuda en el súper.

—Ajá.

—Y, bueno, que seas mi profe… No deberíamos habernos enrollado… Mira esto es un desastre. —Mara se giró con el tarro entre las manos y salió disparada, porque le estaba entrando una angustia vital de espanto. Cerró deprisa la puerta y se metió en el zulo, porque estaba a punto de hiperventilar.

CAPÍTULO 23

UN IMPULSO IRREFRENABLE

Alex se quedó inmóvil frente a la puerta, mirando el espacio vacío que Mara acababa de dejar.

La imagen de ella, con su camisa negra, su mirada intensa y ese toque de provocación inocente, le daba vueltas en la cabeza como un tiovivo. Las palabras de Valerie seguían flotando en el aire, pero en ese momento todo le parecía distante, irrelevante.

No quería pensar en nada más que en lo que acababa de ver. Resopló, cerró los ojos un segundo y se apoyó contra la pared. Necesitaba despejarse, olvidar esa conversación absurda.

Sin pensarlo dos veces, sin razonar nada, porque si lo hacía se tiraría al Sena, pilló las llaves, abrió la puerta, cruzó el rellano, llegó hasta el apartamento de Mara y llamó al timbre varias veces. Ya pensaría en su condición de profesor y casero de Mara, por no hablar de la piedra que arrastraba como si fuera Sísifo[31], llamada Valerie.

La puerta se abrió en cuestión de segundos. Para Alex fue como si saliera el sol después de una tormenta de verano.

Mara le miró casi sorprendida, porque no creía en el poder de convocatoria que tenía con aquel tío. Disimuló un poquito y dijo:

—¿Qué pasa ahora? —Antes de que pudiera reaccionar, Alex entró como un torbellino. Sin mediar palabra, la pilló por la cintura y la levantó del suelo, sin que ella pudiera hacer nada más que soltar una exclamación de sorpresa. En menos de un segundo, sus labios se encontraron con los de ella. Fue un beso profundo, cargado de toda la tensión que se había acumulado entre ellos durante los últimos momentos. No existían palabras, solo el sonido de sus respiraciones entrecortadas.

Mara se rindió rápidamente a la corriente del momento, rodeándole el cuello con las manos, respondiendo al beso con una intensidad que no sabía que seguía teniendo. La química entre ellos era innegable, y todo lo que había estado guardando hasta ese momento, explotó en ese instante.

Alex la empotró contra la puerta, acercándose a ella, buscando con sus manos algo más que solo el contacto físico. Se separó un momento para mirarla, respirando entrecortadamente.

—¿No pensarías que íbamos a dejarlo solo en un «gracias por la sal»?

—Eh, no sé… —Alex rio con suavidad, sin apartarse de ella.

Mara sentía que su cuerpo ardía, con una mezcla de anhelo y excitación.

—No te muevas. Esa camisa me ha puesto caliente como un volcán. —Le desabrochó los botones a la velocidad del rayo, y le magreó las tetas. Le besó y le chupó los pezones sonrosados y suaves que se pusieron duros como guijarros.

Ella no se había puesto el sujetador a posta, y ahora estaba recibiendo los frutos de aquella locura. Le bajó los pantalones y los tiró encima del sofá cama.

La aupó a la encimera se agachó, le quitó las bragas y le acarició la entrepierna con la lengua. Ese hombre la volvía loca. Solo quería pensar en el placer que le proporcionaba… Se agarró a su pelo con las manos y cuando se corrió, cerró las piernas atrapándole entre los muslos.

La expresión «follar como monos», se le vino a la cabeza a Mara y comenzó a reír…

—Por los gritos que acabas de pegar, no creo que te haya hecho tanta gracia… Veremos si ahora te ríes. —La bajó de la encimera, se puso un condón y la penetró con fuerza.

—¡Oh, Dios! —gimió de nuevo Mara. Aquello no parecía tener final, porque con los espasmos del orgasmo sintió de nuevo que el placer volvía a ella con fuerza. Empezó a moverse, pero él la sujetó fuerte.

—No te muevas. —Aquellos ojos azules la iban a matar. La miraba con tanta profundidad que parecía que la atravesaba hasta el corazón. Estuvieron unos instantes observándose el uno al otro, con la respiración entrecortada, y de repente, Alex la llevó hasta la silla, la única que había en el zulo. Rebuscó en el mueble de la cocina y encontró una aceitera. Se untó dos dedos… Cuando la sentó sobre sus muslos nuevamente le preguntó:

—¿Estás preparada?

—¿Cómo? —La volvió a penetrar y deslizó un dedo por el perineo hasta llegar al ano. Se lo acarició suavemente y cuando empezó a moverse dentro de ella, le introdujo la yema del dedo.

—*Ma chou*[32]… —Cerró los ojos y empujó con fuerza.

—Me quiero…

—*Non*… —Sacó la polla y metió el dedo un poco más.

—Necesito.

—*Non*… —Volvió a penetrarla. Mara sudaba a chorros, tenía la boca seca, entreabierta y le cabalgaba a placer.

—Dame más… —Alex paró.

—¿No te ríes?

—No puedo… —Y entonces la dejó libre para que subiera y bajara a placer, mientras él se corría echando la cabeza hacia atrás.

Mara le siguió con un grito tan fuerte que los perros del vecindario empezaron a aullar.

CAPÍTULO 24

UNA CLASE POCO PROTOCOLARIA

Mara llegó a clase con el corazón en un puño y un nudo en el estómago. Había pasado la noche enredada con Alex de nuevo, y llevaba acumulando toneladas de sueño atrasado. Se quedó dormida otra vez, porque Alex la había dejado exhausta. Aquel tío era lo mejor que le había pasado en su vida. Había tenido algún noviete que otro, pero nada que pudiera recordar como aquellas dos noches seguidas, sin que Alex le dejara de dar cuartelillo.

Cuando entró en la sala, se encontró con el grupo ya reunido alrededor de una gran isla de cocina. Creyó recordar cuando se levantó a toda prisa que la clase de hoy era una demostración de protocolo en la gastronomía de lujo: cómo presentar un cóctel exquisito y la etiqueta que debía seguirse en eventos de alto nivel.

Valerie, o más bien, *madame* Truffaut, lucía en todo su esplendor.

—Buenos días —La voz de la tutora la sacó de golpe de sus pensamientos. Su tono era firme, autoritario, pero con un deje seductor que parecía envolver cada palabra que pronunciaba—. Hoy vamos a trabajar en la gastronomía a nivel *gourmet*[33]. El protocolo no solo lo aplicaremos a la mesa, sino también a la preparación de cada detalle. Para ello, *monsieur* González nos va a hacer una demostración especial.

Los alumnos se giraron hacia Alex, que tomó la palabra con su voz grave y serena. Iba totalmente vestido de negro y Mara gimió. Tosió para disimular aquel puto jadeo… Alex lo escuchó, pero se negó a mirar a Mara.

—Vamos a preparar un cóctel clásico con un giro contemporáneo. Algo que podáis replicar en cualquier evento de alto nivel —explicó, colocando botellas y utensilios sobre la mesa—. Un *French 75*, pero con un toque de lavanda.

—Adelante, Alex —Valerie, le sonrió y extendió el brazo con la palma bocarriba para que los alumnos le aplaudieran.

—*El French 75* se creó en la Primera Guerra Mundial y debe su nombre al cañón francés de setenta y cinco milímetros, porque pega fuerte, es potente, elegante y capaz de tumbarte si no se toma con precaución. Lo primero que haremos es elegir bien los ingredientes, porque no todo vale. La calidad es esencial. —Tomó un *jigger* [34]y midió con precisión la ginebra, vertiéndola en la coctelera con un movimiento fluido—. Se necesita algo fuerte como base…, algo que tenga carácter.

Mara se removió en su asiento. Alex levantó la vista y la encontró. Le brillaban los ojos.

—¿Qué clase de ginebra tiene carácter? —preguntó Valerie, pero Alex no contestó. Siguió preparando el cóctel.

—Después, añadimos el toque cítrico. El limón equilibra la fuerza del alcohol, le da frescura… —Exprimió medio limón con los dedos, dejando caer el jugo lentamente—. Pero hay que saber parar, qué cantidad echar: la justa, porque si te pasas, arruinas el sabor.

Mara se mordió el labio.

—Mejor echar un poco más, ¿no? No se te olvide el champán —interrumpió Valerie. Alex tampoco respondió. La mujer empezó a sentir un pequeño aguijón en la nuca. Eso empezaba a oler a chamusquina.

—Ahora el azúcar. Fundamental para suavizar los contrastes. Sin él, todo sería demasiado ácido. —Cogió una cucharilla y lo mezcló todo con precisión y con una calma provocadora—. Hay que trabajarlo bien para que se integre, para que se funda sin prisas. —Mara sintió un calor repentino subiéndole por el cuello. Alex se acercó a una estantería donde estaban las cocteleras. Justo al lado de Mara. La mujer carraspeó. A Valerie no le pasó inadvertido aquel ruidito asqueroso que tanto le molestaba.

—Silencio, por favor —añadió *madame* Truffaut. El hombre vertió los ingredientes con el hielo y cogió la coctelera con ambas manos. Sacudió con firmeza.

—Hay que encontrar el ritmo perfecto, ni demasiado rápido, pero tampoco excesivamente lento. Lo justo para que todo se mezcle bien. —El metal empañado por el frío, el sonido del líquido y el hielo golpeándose en la coctelera, el movimiento constante de sus manos… Todo aquello la estaba volviendo loca a Mara. Apartó la mirada antes de que su mente volara demasiado lejos. Alex sirvió la mezcla en una copa alta y estrecha, dejando caer el líquido dorado en un hilo perfecto, y añadió algo…

—Por último, el toque especial. Algo inesperado, pero que hace que todo encaje. —Cogió un frasco pequeño y lo destapó—. Unas gotas de aceite de lavanda suficientes para que el aroma se cuele sin que te des cuenta…

Mara sintió cómo la temperatura de su cuerpo subía por lo menos diez grados de golpe.

Aceite.

Alex apenas giró la cabeza, para comprobar con diversión que Mara se tensaba como la cuerda de un violín.

—Aceite, ¡qué divertido! ¡Bravo! —Valerie comenzó a rebuscar entre el alumnado.

Alex se llevó la copa a los labios y bebió con deleite, sin apartar la mirada de Mara.

Mara quería morirse. Él lo estaba haciendo a propósito. Y lo peor era que, Valerie también lo notó.

CAPÍTULO 25

LA CAZA DE BRUJAS

Valerie ladeó la cabeza con un gesto felino. Sus ojos se entrecerraron apenas un milímetro, como si acabara de detectar un código cifrado en el aire.

El rubor en las mejillas de aquella chica y su postura totalmente descompuesta.

La forma en que Alex la miraba.

Había encontrado demasiadas variables inquietantes en aquella ecuación. Con su sonrisa perfectamente calculada y su dedo perfectamente manicurado señaló a Mara y dijo:

—*Mademoiselle*, ¿su nombre?

—¿Yo?

—Por supuesto. —Mara sintió cómo el color de su cara pasaba de rojo tomate a rojo sirena de ambulancia.

—Mara Aguilar.

—De acuerdo, inténtelo usted, ya que el *chef* González ha hecho que el proceso parezca sencillo…

—Pero…

—*Pas du tout*[35], seguro que ha prestado mucha atención. —Mara quiso protestar, pero todos los ojos de la sala estaban fijos en ella. Alex apretó la mandíbula. Mara se acercó hasta la encimera como quien caminaba hacia el patíbulo. Cogió la botella de ginebra y sirvió un chorro demasiado generoso.

—Un poco menos —murmuró Alex en voz baja, pero Valerie le interrumpió.

—No la distraiga, *chef*. Estoy segura de que lo hará estupendamente. —La chica se tensó. Intentó seguir los pasos de

Alex, pero sus manos estaban sudorosas y parecían más torpes de lo normal. Exprimió el limón y la mitad de la pulpa cayó dentro de la coctelera. Valerie no dijo nada, pero su sonrisa se amplió con descaro.

Mara agregó el azúcar y comenzó a agitar la mezcla, pero lo hizo con tanta energía que la tapa de la coctelera se soltó y un chorro de ginebra y limón salió disparado, empapando su propia blusa. Se oyó un «¡*ohhhh*!» en la sala.

La chica, con el pelo pegado a la cara y la camisa empapada de cóctel, pestañeó para despejar las lágrimas que estaban a punto de empañarle la vista.

—¡Qué lástima! Pensé que había prestado más atención. —Mara estuvo a punto de decir algo, pero Alex se le adelantó…

—Lo que es una lástima es que usted no use el protocolo como es debido y tenga mejores formas, *madame* Truffaut. —El golpe fue certero y letal. Valerie se giró lentamente hacia él. Alex le sostuvo la mirada sin inmutarse, luego se quitó la chaquetilla que había utilizado para preparar el cóctel y se la tendió a Mara—. Póngasela, señorita, quizá prefiera cubrirse hasta que llegue a casa.

—Siempre es un placer ver a nuestros colaboradores, tan atentos con los alumnos. —Sonrió, pero sus ojos gélidos, estaban fijos en Alex. Y aquello significaba que Valerie empezaba a sospechar…

CAPÍTULO 26

LA TELARAÑA DE VALERIE

Cuando la clase terminó, Valerie dejó que los alumnos desalojaran el aula, antes de acercarse a Alex con una sonrisa controlada.

—Monsieur González, ¿podría venir un momento a mi despacho?

—Por supuesto. —Alex apretó la mandíbula. Ya sabía por dónde iba aquello. Sin embargo, no tenía excusa para poder evitarlo.

La siguió por los pasillos hasta su despacho, un espacio elegante, con muebles de líneas depuradas y una cuidada iluminación indirecta que hacía brillar su melena rubia como si fuera un halo.

Valerie siempre jugaba con los efectos, y este despacho era uno de sus escenarios favoritos. Se sentó con la naturalidad de quien se sabía que dominaba la situación, y le indicó con la mirada que hiciera lo mismo.

—La clase de hoy ha sido muy interesante.

—Gracias.

—Los alumnos parecen motivados, algunos más que otros. —Alex no reaccionó. Sabía exactamente a quién se refería, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Siempre hay alumnos más interesados que otros.

—Cierto… La señorita Aguilar, por ejemplo. No recuerdo haberla visto de otros años por aquí.

—Es nueva en el máster.

—Ya veo… ¿De dónde es? —Alex fingió pensarlo.

—No lo sé con certeza.

—Ah, qué curioso. Tiene acento español. —Alex elevó un hombro con naturalidad.

—Podría ser.

—España… Tierra de pasiones. —Valerie sonrió, dejando que el comentario flotara en el aire, mientras le observaba como si esperara que él mordiera el anzuelo. Pero Alex se limitó a sostenerle la mirada con un gesto tranquilo, casi aburrido.

—Lo que tú digas.

—Bueno…, hablando de cosas más interesantes. Alain por fin organiza la fiesta este sábado…Por supuesto, he recibido las invitaciones, será algo *très exclusif*[36], ¿vamos? —Alex resopló con un deje de fastidio.

—No sé si podré.

—Siempre puedes. Solo tienes que querer. —Valerie se inclinó un poco hacia él, con la mirada afilada, algo así como cuando un gato se disponía a cazar y acechar a su presa—. Últimamente te encuentro distante.

Alex dejó escapar una risa breve y seca.

—No sé de qué hablas.

—Oh, vamos, Alex… —Se levantó con su gracia felina y rodeó la mesa hasta quedar justo delante de él—. Sabes que no me gustan los cambios inesperados.

Antes de que pudiera reaccionar, deslizó una mano tras su cuello, lo atrajo hasta su boca y le besó.

Fue un beso calculado, estratégico, un recordatorio de su control. Los labios de la mujer se movieron con maestría sobre los de él, y aunque Alex ya no sentía el mismo fuego de antes, porque estaba harto de Valerie, tampoco pudo evitar una respuesta

instintiva, ya que aquella mujer sabía exactamente cómo jugar con él.

La mano de Valerie descendió sin ningún tipo de sutilezas hasta la entrepierna para tomar el pulso de la relación. Estaba duro como una piedra. Eso le gustaba, le mojaba las bragas pensar que todavía ejercía poder sobre aquel hombre. Cuando se separaron, acarició con las uñas la mandíbula con una expresión satisfecha.

—Nos vemos el sábado, *mon cher*[37]. —Alex se pasó la lengua por los labios con un gesto casi automatizado y sobre todo ausente.

Cuando salió del despacho, tenía claras dos cosas: primero, que Valerie había olido sangre en el agua, y segundo, que no había decidido si iba a huir de aquella mujer, ya que aquello significaría renunciar al estatus social, al dinero, al poder y a la ambición, o dejarse devorar por el sistema.

CAPÍTULO 27

EL EXPEDIENTE DE LA SEÑORITA AGUILAR

Valerie cerró la puerta de su despacho, tras la salida de Alex y exhaló el aire que había contenido en los pulmones de golpe. Había estado demasiado cerca de descubrir sus cartas. Alex seguía bajo su control, todavía podía sentir la dureza de su entrepierna en la mano. No todo estaba perdido. Aún no.

Se acomodó tras su escritorio y pulsó aquel interfono *vintage* que le encantaba…

—Sandrine, envíame el expediente de la señorita Aguilar, Mara Aguilar. Ahora.

—*Oui, madame*[38] . —No pasó ni un minuto antes de que la bandeja de entrada de su correo electrónico emitiera un sonido de notificación. Valerie sonrió con complacencia. La eficiencia era una virtud que exigía a todos los que trabajaban para ella.

Abrió el correo y descargó el archivo. Su mirada recorrió la información como un bisturí quirúrgico, leyendo con suma atención.

Nombre: Mara Aguilar Montesinos.

Nacionalidad: española.

Residencia en París: *57, Rue Saint-André des Arts.*

Valerie entrecerró los ojos. Esa dirección le resultaba demasiado familiar. Abrió una pestaña en su navegador y buscó la dirección en el mapa.

—No puede ser… —alzó la voz más de lo esperado.

Amplió la imagen y su mandíbula se tensó. Ese edificio, ese maldito edificio.

No se trataba de cualquier apartamento en París. Era el *apartamento*.

El que Alex había recibido en herencia de su abuelo paterno, junto con el bloque completo.

Alex no vivía en París, sino en las afueras, en la antigua *maison de son papá*[39].

Eso era lo que Valerie había pensado hasta ahora. Su mente comenzó a trazar conexiones a la velocidad de un rayo…

Mara Aguilar, española.

Mara Aguilar, nueva alumna.

Mara Aguilar, demasiado roja en clase.

Mara Aguilar…, inquilina en ese apartamento.

Su mirada se volvió fría como el hielo.

—Sandrine.

—*Oui, madame.*

—Consígueme más información sobre la señorita Aguilar. Quiero saberlo todo.

Colgó sin esperar respuesta y se recostó en el sillón, tamborileando los dedos sobre el escritorio. Había algo que no le encajaba. Y ella no soportaba los enigmas.

CAPÍTULO 28

EL ZULO DE LAS LAMENTACIONES

Mara cerró la puerta de su apartamento de un portazo y se dejó caer contra ella, respirando agitadamente. No quería ni mirarse en el mini espejo del cuarto de baño, porque seguramente se vería con cara de: «soy el ser humano más tonto del planeta y el destino me odia». Se pasó las manos por la cara y bufó. La cabeza le daba vueltas y vueltas alrededor de todas las cagadas que había cometido, empezando por los Manolos y acabando por el «caso casero». El resultado de todo aquello era un desastre monumental. Se deslizó hasta el suelo y se abrazó las rodillas, sintiéndose como un bicho reptante bajo la mirada escrutadora de *madame la Serpiente Truffaut.*

—Pero ¡qué has hecho, Mara! —exclamó. Porque sí, claro que Alex había dicho que la estaba dejando. Pero «¿alguien había visto una serpiente venenosa abandonada a su suerte, así como así?», pensó. No. Valerie tenía colmillos. Y olería la traición a kilómetros.

Y ella Mara Isabel Aguilar Montesinos, acababa de meter la cabeza en la boca de la serpiente. Se levantó de un salto y empezó a dar vueltas por el minúsculo apartamento.

—Me piro, me esfumo, me desintegro, busco un curro en otra ciudad y finjo que todo esto ha sido un mal sueño —exclamó en voz alta.

Pero no. No podía hacer eso, porque tenía que terminar como fuera el máster, porque no tenía dinero para largarse, y para finalizar porque no quería darle el gustazo a Lupe de decirle: «Ya te lo dije, niña».

Porque pensar en Alex le ponía el estómago patas arriba. Miró el reloj del móvil. Eran las tres de la tarde. Lo mejor era irse a dar un paseo, así sin comer ni nada, y despejar el torbellino de su mente.

Se bajó a la calle y comenzó a caminar por *le Quartier Latin.* [40].

Entró en una tienda *vintage* y se compró una *béret basque*[41], como si el complemento pudiera otorgarle un poco de estilo y misterio. En su estado mental, una boina vasca con la palabra Francia en la etiqueta no iba a solucionar una puta mierda, pero no sabía qué hacer.

Se sentó en un café al azar, sin importarle si el lugar tenía ese aire bohemio que siempre había soñado, o si las mesas parecían sacadas de una película de los años 40. Solo necesitaba un *café au lait*[42] grande, mucha espuma y tiempo para pensar.

Cuando el camarero le sirvió el café, se quedó mirando la leche espumosa como si allí se encontrara la respuesta a sus desdichas en ese vaivén cremoso.

«¿Cómo había acabado metida en semejante triángulo infernal?».

CAPÍTULO 29

LLEGA LA ARTILLERÍA PESADA

Mara removía distraída la espuma de su café mientras pasaba la gente por la calle adoquinada… A unos metros de distancia, sin que Mara tuviera la menor idea, Lupe y Ramiro la observaban desde otro café, con discreción.

—Se la ve abatida —murmuró Lupe, entrecerrando los ojos detrás de unas gafas de sol del tamaño de un parabrisas.

—Normal, señora, teniendo en cuenta la situación… —respondió Ramiro, siempre contenido, mientras hacía como que leía algo en la tablet, que tenía apoyada en la mesa del café donde estaban sentados. Lupe depositó la taza de su *espresso* con un golpe seco en el platito.

—No pienso permitir que esa bruja la devore. Hemos llegado justo a tiempo, Ramiro.

—¿Tiene algún plan en mente, señora?

—Oh, querido, no he volado hasta aquí solo para que me cobren ocho euros por un *espresso* que parece agua de fregar los cacharros. Se va a enterar esa arpía de quién es Lupe Aguilar.

CAPÍTULO 30

ENCUENTRO EN EL ASCENSOR

Cuando volvió a casa después de darse un paseo, Mara entró en el portal, directa al ascensor y pulsó el botón. La mala suerte quiso que antes de que bajara el trasto elevador, Alex apareciera. Abrió la reja y entraron los dos. Mara tragó saliva y bajó la vista. Alex se encontraba demasiado cerca de ella. Demasiado.

No debería afectarle tanto.

Pero lo hacía.

Su olor, el calor de su cuerpo, la forma en la que respiraba, profunda, tensa, como si él también estuviera conteniendo algo. «No mires, no pienses, no recuerdes», se dijo.

Pero la memoria era traicionera, y en su cabeza aún resonaban susurros de la noche anterior: las manos recorriendo su piel, sus labios enredados en los de ella, su dedo en el culo… Madre mía.

—¿Cómo lo llevas? —murmuró Alex, con la voz ronca. Mara soltó una carcajada seca.

—¿Quieres la versión educada o la real? —Alex esbozó una media sonrisa, pero sus ojos seguían mirando a la chica de forma intensa.

—Siempre la real. —Dio al botón de *stop* y el ascensor se paró en el segundo piso. Mara no se inmutó. Apoyó la cabeza contra la pared del ascensor y expulsó el aire contenido en los pulmones muy despacio.

—Me siento como una gilipollas.

—No lo eres.

—Ah, ¿no? —graznó—. ¿Y cómo lo llamas tú? Meterse en la cama con el novio de tu tutora sin tener ni idea de que es su novio,

no parece una jugada demasiado brillante.

Alex tensó la mandíbula.

—Valerie y yo…

—Seguís juntos. —Lo dijo sin pensar. De golpe y sopetón. Como siempre para no variar. Alex se quedó en silencio. Mara negó con la cabeza y se pasó una mano por la cara, dándose cuenta demasiado tarde de que alguna lágrima empezaba a resbalarse por las mejillas.

Mierda.

—Mara… —La voz de Alex sonó más baja esta vez. La mujer intentó recomponerse.

—No pasa nada. Solo ha sido un día de mierda. Mañana me reiré de esto.

—No tienes que sentirte mal. —Alex extendió la mano y le rozó la cara con el pulgar, despacio, limpiándole las lágrimas. Fue un gesto simple, ínfimo, pero la desarmó.

Tampoco era *sexy*, ni arrogante, ni siquiera intencionado… Fue suave. Mara parpadeó, confusa.

—¿Por qué lo haces?

—¿El qué?

—Esto, ser amable. —Alex suspiró y bajó la mano.

—Porque no creo que seas solo mi alumna, o mi inquilina. —Antes de que pudiera responder, Alex volvió a apretar el botón del ascensor y cuando llegó a la tercera planta, el hombre resopló, se pasó una mano por el pelo y salió sin mirarla.

Mara se quedó quieta, con la piel ardiendo en el sitio que él había rozado. Le vio detenerse frente a su puerta.

Abrirla.

Antes de entrar, giró la cabeza hacia ella. La miró como si quisiera decir algo. No lo hizo.

Desapareció dentro de la casa.

Mara se mordió el labio, notando otra lágrima deslizándose por su cara, solo que esta vez no era de tristeza.

CAPÍTULO 31

LAS DOS VIDAS DE ALEX

Alex cerró la puerta de su apartamento y apoyó la espalda contra la madera. «¡Joder, claro que había sido un día de mierda!», se dijo.

Valerie, la clase, Mara… Sobre todo, Mara. Había entrado en su vida como una tormenta: caótica, impredecible e imposible de ignorar.

Y ahora, no sabía qué hacer con aquella situación. Se suponía que él no se complicaba la vida. Tenía reglas, límites. No estaba en sus planes engancharse a una alumna que le miraba con esos ojos enormes y se le metía debajo de la piel sin ningún esfuerzo.

Pero ahí estaba. Colgado como un adolescente. Suspiró, cruzó el salón y se dejó caer en el sofá. Desde el ventanal también se podía contemplar la cúpula del Panteón, recortada contra el cielo gris de París.

Era extraño. Casi toda su vida había vivido en esta ciudad, pero no pertenecía a ella.

Sin embargo, seguía aquí, a pesar de tener su casa a las afueras de la ciudad.

En este apartamento del *Quartier Latin*[43], podía ser otro, podía escapar del apellido Truffaut, del círculo asfixiante de Valerie, de las cenas con estrellas Michelin donde cada plato costaba lo que ganaba un camarero en un mes.

También había sido capaz de huir de los negocios inmobiliarios de su familia, que nunca le interesaron, a excepción del bendito edificio en el que vivía, y que heredó de su abuelo.

La verdad era que Valerie y él no pertenecían al mismo mundo.

Ella era poder, dinero y estrategia.

Él quería creer que era otra cosa. No era un rebelde, tampoco un inconformista, pero estaba claro que de sumiso tenía bien poco.

Por eso estaba aquí, en este apartamento donde nadie le relacionaría con el imperio Truffaut.

Había alquilado varias viviendas a turistas, estudiantes… Hasta que llegó Mara, y bastaron dos días para que le dejara KO.

Mara, que no tenía ni idea de quién era él en realidad, ni de por qué seguía con Valerie. Lo que tenían estaba muerto, pero el nombre, la imagen y el poder de la Truffaut aún le dominaban.

Valerie no perdía jamás. Alex apoyó los codos en las rodillas y hundió la cara en sus manos. Si tenía dos dedos de frente, tendría que romper con ella, mejor hoy que mañana.

Aunque quisiera ignorarlo, sabía que había sido un puto egoísta porque ella suponía dinero, oportunidades y estatus y eso lo perdería si la dejaba.

Además, ahora lo que le ocurría era que esa puñetera chica española se le había metido en su cama y le había desordenado la cabeza, dejándole los cables pelados. Cuando le miraba como si tuviera fe en él, a pesar de todo, y lloraba… Eso sí que no sabía cómo manejarlo sin rendirse.

CAPÍTULO 32

A TRAVÉS DEL TELÉFONO

Alex se pasó la toalla por el pelo, aún con la piel caliente por la ducha. Miró el móvil sobre la mesa.

No iba a hacerlo.

No debía hacerlo.

Pero lo hizo.

Marcó el número de Mara y esperó.

—¿Sí? —Su voz sonó suave, algo sorprendida. Como si no esperara la llamada.

Alex se apoyó en el respaldo del sofá y se pasó la mano por la nuca.

—Soy yo. —Escuchó la respiración de Mara.

—Lo sé.

—Llamaba para comentarte cosas sobre la próxima clase.

—Vaya, qué formal.

—Soy tu profesor.

—Y mi casero.

—Y alguna cosa más, ¿no? —Ella no respondió. Él tampoco insistió.

El silencio que se instaló entre los dos no era incómodo. Era denso, como eléctrico.

—Mañana trabajaremos con maridajes. Vino y texturas. —Alex reinició la conversación.

—¿Y también vais a evaluar quién hace más el ridículo? Porque creo que hoy os habéis cebado conmigo.

—Hoy Valerie ha estado especialmente…, repugnante.

—Por llamarlo de alguna manera. —Pasó otro momento en silencio.

—Es raro.

—¿El qué?

—Hablar contigo así. No verte, solo escucharte. —Alex apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos—. A veces es más fácil así.

Ella tardó en responder.

—¿Más fácil para qué?

—Para sentir. —Mara no dijo nada, pero se le escuchó respirar más hondo.

—¿Qué sientes tú? —preguntó ella. Alex deslizó los dedos por su propia clavícula, pensativo.

—Calor.

—¿Acabas de salir de la ducha?

—Sí. —Mara resopló. No sabía si reír o jadear.

—Entonces tiene sentido. —Alex sonrió.

—No solo por eso. —Ella tragó saliva.

—Explícate. —Alex cerró los ojos y dejó que su propia voz sonara más suave y dijo…

—La calidez de la piel. El calor cuando acaricias a alguien y sientes que arde bajo tus manos. Cuando apenas rozas su espalda y puedes notar cómo se estremece. Cuando tus labios besan una suave curva de la piel y notas la diferencia de calor. Cuando la boca encuentra un hueco perfecto en la clavícula y sientes cómo se acelera el pulso debajo.

—Sí. —Mara se estaba poniendo malita.

—Deslizar la palma por la cintura y notar la suavidad. El contraste entre la tersura de la piel y la yema de tus propios dedos. —Hubo un silencio—. ¿Sigues ahí?

—Sí.

—Bien, no quería perderte.

—Es solo una llamada —susurró Mara.

—Sí.

—Solo palabras.

—Sí. —Pero los dos sabían que no era cierto. Hubo una pausa en la que lo único que se escuchaba era la respiración compartida de los dos, a través del teléfono. Un ritmo desigual, como si ambos quisieran acompasarla, pero no supieran cómo.

—A veces las palabras acarician y conmueven más que las manos —murmuró Mara. Alex apoyó el codo en el brazo del sofá y ladeó la cabeza, esbozando una sonrisa.

—¿Sí?

—Ajá.

—Dame un ejemplo. —Mara se mordió el labio al escuchar el susurro de Alex.

—Cuando alguien te dice justo lo que necesitas oír, o cuando te dice algo que no sabías que querías escuchar hasta que lo oyes.

—¿Y qué necesitas escuchar tú ahora? —Mara sintió un escalofrío en la nuca.

—No lo sé.

—¿Quieres que te lo diga yo?

—A ver…

—Hoy estabas preciosa. —Mara resopló, y rio de forma nerviosa.

—No lo creo. Fue un desastre, y además estaba más roja que un tomate en ebullición.

—Y, aun así, no podía dejar de mirarte. —Mara se quedó callada. Alex sonrió—. ¿Sigues ahí?

—Sí.

—Bien.

—¿Y qué más?

—Que cuando te mordiste el labio al intentar cortar el limón, quise besarte.

—¡Uf! ¿Y qué más?

—Cuando pasaste la lengua por la gota de limón que resbalaba por tus dedos, casi me vuelvo loco. —Mara tragó saliva.

—Dime más.

—Que aún puedo sentir el calor de tu piel en mis manos. —Mara tocó su cara con los dedos, como si pudiera notar la huella de su tacto.

—Sigue.

—Si cierro los ojos, recuerdo perfectamente cómo te temblaban las piernas cuando te corriste encima de mí. —Mara gimió.

—Eso no es justo —protestó.

—Nada en esto lo es.

—Alex…

—Dime.

—No sé qué hacer…

—Yo tampoco, Aguilar. —Ella rio, cerrando los ojos—. Ven…

CAPÍTULO 33

MOVIENDO FICHA

El comedor del Hotel Ritz de París brillaba con la opulencia que solo el tiempo y la tradición podían conferirle. Entre las lámparas de araña y la elegancia de las mesas vestidas con manteles de hilo, Lupe jugueteaba con la cucharilla de su *bisque*[44] de bogavante, sin apenas haberlo probado.

Ramiro, sentado frente a ella, la observaba con discreción. Sabía que cuando la señora hacía ese gesto, algo la inquietaba hasta el infinito y más allá.

—Señora, debería comer algo —sugirió con su tono calmado de siempre. —Lupe suspiró y dejó la cucharilla en el borde del plato.

—Ramiro, dime una cosa… —hizo una pausa y alzó la vista hacia él—. ¿Crees en el destino?

—No sabría decirle, he visto muchas cosas en esta vida, algunas parecen casualidad, otras son inevitables.

—Pues yo cada vez estoy más convencida de que mi sobrina nació con una diana en la espalda y el universo se ha propuesto lanzarle todos los dardos del mundo. —Ramiro apretó los labios y bajó la vista un instante antes de responder.

—Las cosas no le han ido muy bien últimamente.

—¡Y lo dices como si fuera una mera observación meteorológica! —Lupe se recostó en la silla y tomó su copa de *Châteauneuf-du-Pape*[45] dándole un sorbito—. Primero, el desastre de Madrid. Ahora metida en un avispero con ese pedazo de bruja…

—La señorita Mara es inteligente. Sabrá manejarse.

—No lo pongo en duda, pero ser inteligente no le va a salvar de un problema si ni siquiera sabe que está metida hasta las patas,

en uno bien gordo. —El mayordomo asintió con gravedad—.¿Sabes qué es lo que más me inquieta, Ramiro?

—Dígamelo, señora.

—Que sé cómo juega Valerie. No tengo pruebas, pero tampoco dudas de que manipuló mi coche a raíz de la subasta del abrigo, por hacerle perder tanto dinero, y que los frenos no funcionaban…

—Lo sé, señora. Más vale que estemos preparados.

—Brindemos por ello. —Lupe alzó la copa en un gesto solemne y chocó con la de su asistente, se llevó la copa a los labios con aire ausente, cuando, de repente, se oyó un revuelo en el comedor del Ritz. Los camareros saludaron como mandaba el protocolo, al *chef* más importante de Francia y quizás del mundo entero: Alain Cascasse.

El hombre en su recorrido por el comedor se dio cuenta de la presencia de Lupe y se acercó hasta su mesa con una sonrisa radiante.

—¡Lupe Aguilar! —exclamó con un deje teatral, abriendo los brazos como si estuviera saludando a la mismísima realeza. Lupe alzó la vista y su expresión cambió de inmediato.

—¡Alain Cascasse! —exclamó con una sonrisa impostada—. ¡Qué alegría! ¡Sigues con el mismo aire de bribón de siempre!

Alain soltó una carcajada, inclinándose para besarle tres veces en las mejillas, con esa elegancia natural que los franceses parecían dominar.

—*Et toi, ma chère*[46], sigues siendo la mujer más bella e interesante de cualquier fiesta o salón en el que pongas un pie. —Ramiro resopló con disimulo. Aquel tipo le caía simplemente como el culo.

—¡Qué adulador! ¡Ja, ja, ja!

—Veo que sigues con tu leal mayordomo —comentó mirándole de reojillo… «Puto clasista, ni que fuera un perro», pensó Ramiro.

—No puedo vivir sin él. Es el mejor asistente del mundo y además el mejor amigo que he tenido nunca… —respondió Lupe.

«Chúpate esa», pensó Ramiro.

—¿Qué hace una mujer como tú cenando en el Ritz, sin haberme avisado? —preguntó, fingiendo indignación—. ¡Deberíamos haberlo hecho juntos en Benoît como en los viejos tiempos!

—¡*Siii*! Aquellos en los que te convencí para que abrieras un restaurante en España.

—Ah, Lupe, eras tan persuasiva que incluso lograste que me interesara por la cocina castellana… Querida, sería un gran honor para mí si asistieras a la fiesta de este próximo sábado. He recibido otra estrella Michelin y pienso celebrarlo como se debe.

—¡Oh! Suena fantástico y muy tentador.

—No aceptaré un no por respuesta. —Chasqueó los dedos para que un camarero trajera una botella de champán y pudieran brindar—. Habrá muchas caras conocidas, la *crème de la crème ma chérie*[47] … Castelbajac, la familia Rothchild, algunos directores de *maisons de couture*[48]… Ah y también *madame* Truffaut, por supuesto.

La copa de Lupe se detuvo a medio camino de su boca. Por una fracción de segundo, el asistente vio cómo sus facciones se tensaron, pero fue apenas un destello antes de que recuperara la compostura.

—Interesante. —Alain se reclinó en su asiento con una sonrisa complacida, mientras un camarero rellenaba su copa de champán.

—La fiesta será en mi nueva mansión —anunció con orgullo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Tan modesto como siempre! —comentó con una sonrisa felina.

—La modestia es para los que solo poseen una estrella, Lupe. Presentaré mi nueva creación y he decidido que seas de las primeras en catarla.

—Ah, ¿y de qué delicia hablamos exactamente? —Ramiro mantenía su expresión impasible, pero cada palabra que salía de la boca de aquel engreído era como una cucharadita de puré de coliflor fría: asquerosa y difícil de tragar.

—Se llama *Le Voyage d'Or*[49] —proclamó el *chef* con la grandilocuencia de un faraón anunciando la construcción de su propia pirámide—. Un plato conceptual que representa un viaje sensorial a través de las texturas, las temperaturas y los sabores, en perfecta armonía.

«Oh, sí claro, un viaje. Directo al váter», reflexionó Ramiro con un suspiro. Intentó no poner los ojos en blanco. Mientras Alain desplegaba su verborrea sobre esferificaciones, nitrógeno y otras payasadas culinarias, él empezó a preguntarse si aquel hombre sería capaz de convertir una cagarruta de pato en una experiencia existencial.

—Suena, diferente. —Aplaudió Lupe.

—Te lo voy a contar, porque sé que eres capaz de guardar el mayor de los secretos… Verás consiste en una base de esferificaciones de *paté* infusionadas con *Armagnac* envejecido. —«¿Y si le hago esferificaciones de mi paciencia y se las meto por la nariz?», reflexionó Ramiro.

—¡*Ohhhhh*! —gritó Lupe.

—Todo ello acompañado de un velo etéreo de trufa blanca sublimada al nitrógeno —«O sea, gazpacho de ego con *topping*[50]

de gilipollez en reducción de humildad», siguió reflexionando Ramiro.

—¡Maravilloso! —exclamó Lupe.

—Espera, espera que a esto le añadiré una espuma aérea de caldo de faisán reducido a su mínima esencia… —«¿A su mínima esencia? ¿O sea que pagas quinientos pavos por un plato vacío? Porque este tipo invitará, pero seguro que luego pedirá *bizum*», Ramiro siguió regodeándose en sus pensamientos.

—¡No me lo puedo creer! —Lupe cada vez gritaba más alto.

—¡Ja! Y añadiré perlas de caviar osmotizado con *yuzu*[51] —«Este tío está a un experimento de convertir su propia mierda en alta cocina», caviló el asistente.

—¿Y en qué parte del plato colocarás el oro? —preguntó interesadísima la mujer.

—¡Cómo me conoces, Lupe! La filigrana de oro comestible trabajada a mano para que se deshaga en la boca, la colocaré en la cima de mi obra de arte. —«Ojalá se deshiciera él en la boca de un cerdo», añadió mentalmente Ramiro.

Lupe, ajena al desquicio mental de su querido amigo, sonrió con la elegancia innata que la caracterizaba, y que solo la sacaba a relucir cuando le daba la gana.

—Simplemente, exótico. —«Sí, señora, exótico de cojones», remató el cerebro de Ramiro.

—¡Será la estrella de la noche! —insistió Alain, radiante de autocomplacencia.

Ramiro estaba seguro de que, si ese señor pudiera, se pegaría en la frente una estrella Michelin cada mañana, nada más levantarse y rascarse el ojete.

Y luego llegó lo peor, porque Alain anunció que le enviaría dos invitaciones a la recepción del hotel…

—Alain, cariño, ¿te importaría mandarme tres? —Lupe pestañeó varias veces seguidas.

—¿Tres? —el hombre la miró con curiosidad, aunque su calculadora mental hizo números y aquello le saldría aún más rentable para su bolsillo—. ¿Desde cuándo traes un acompañante extra a París?

—Nada, es para una amiga, una joven con mucho potencial, pero un poco despistadilla en este mundillo. —El asistente aplaudió mentalmente a su señora, porque Lupe no daba puntada sin hilo.

—Tus deseos son órdenes para mí. Serán tres. Te las haré llegar mañana. Aquí al hotel.

Lupe le dedicó una sonrisa maravillosa. Extendió la mano, para que Alain se la besara.

Estaba harta de que los franceses depositaran sus babas tres veces en su rostro maquillado a la perfección

CAPÍTULO 34

MARIDAJES Y BATALLAS

Mara entró en la clase de maridajes con la firme idea de quien se presentaba a su propia ejecución. Había decidido que fuera su última clase, su último desastre y su última humillación, porque se marcharía. Aquello no era para ella. Se sentó en una mesa al fondo y observó a Alex en el centro de la sala, rodeado de botellas, copas y una selección de platos que parecían sacados de una revista gastronómica.

Una vez realizados los saludos, comenzó la clase…

—El maridaje no es una ciencia exacta —dijo Alex, con ese tono que parecía diseñado para que todos le prestaran atención—. Es una cuestión de equilibrio, de instinto… De piel.

Mara parpadeó.

¿De piel? Él no la miró, pero ella experimentó una punzada en el pecho con el recuerdo de la conversación telefónica y por supuesto por lo que pasó después… La manera en la que le había descrito el tacto, el sabor…

—Exacto —confirmó en un perfecto inglés la bruja de Valerie.

—Vamos a trabajar con contrastes —continuó Alex, sirviendo un poco de *Sauternes*[52] en la copa—. Este, por ejemplo, diría que no es dulce del todo, se pueden admirar y destacar trazas de salado y de fruta. Como en la vida, a veces los polos opuestos crean la combinación más inesperada y perfecta.

Mara quiso matarlo. Ese hombre poseía el don de decir cosas que solo ella podía entender a otro nivel, en un código privado en el que cada palabra sonaba con un eco sensual y peligroso. Por otro lado, Valerie acababa de encontrar una manera de joder a Mara con lo cual interrumpió el discursito de Alex que para ser sincera y en ese momento de la película, le importaba una soberana mierda.

—Señorita Aguilar. —«Joder, cuando la hiena mordía, no soltaba el tobillo», pensó Mara. Valerie la miró con las manos cruzadas sobre la mesa, como si estuviera a punto de asestar el golpe de gracia—. ¿Por qué no viene aquí? Vamos a poner en práctica lo que nos comenta Alex.

Mara se dio cuenta del tuteo.

—De acuerdo.

—Señorita Dufresne. —Señaló la bruja con la barbilla a otra alumna, rubia, estilizada, con un traje de chaqueta que parecía sacado de una revista de moda—. Por su expediente, sé que usted es experta en vinos de Borgoña y ha trabajado en algún evento internacional de prestigio. Será interesante ver las diferencias de percepción entre alguien con experiencia y alguien sin ella.

Las dos mujeres avanzaron hasta la mesa donde se encontraban Alex y Valerie.

—Vamos a probar con este *Chablis Grand Cru*[53]. Quiero que ambas lo prueben y me digan qué les evoca. —Hélène tomó un sorbo y sonrió con seguridad.

—Es elegante, mineral, con notas de manzana verde y un final largo y preciso. Perfecto para acompañar con pescado blanco o con ostras. —Valerie asintió, satisfecha.

—Señorita Aguilar, su turno. —Mara miró la copa. El líquido dorado la observaba como un enemigo. Tomó un sorbo. Cerró los ojos. Lo saboreó…

Intentó encontrar alguna palabra que definiera aquello, pero nada. «¿A qué demonios sabía el Chablis?».

Alex la miró. Ella notó una presión horrorosa subiéndole por la garganta, apretándole el cuello…

—¿Qué siente señorita Aguilar? —Aquello le recordó todo lo compartido con ese hombre. La voz era suave, cálida, como cuando

la acariciaba los pliegues de su sexo… Cerró los ojos y respondió:

—Es fresco, pero…, intenso. No solo noto acidez, sino como… Una caricia de las yemas de los dedos, pero con arañazo incluido.

—Interesante.

—¿Interesante? ¿Desde cuándo eso es un término técnico? —Escupió Valerie. Estaba jodida. Había notado la conexión.

—El maridaje no trata solo de tecnicismos. Es percepción. Instinto. No todo el mundo sabe, quiere o puede recitar una lista de notas como un papagayo para entender de vinos. —Hélène frunció el ceño. Mara sintió un escalofrío, porque Alex acababa de defenderla. Abiertamente.

Valerie no estaba acostumbrada a perder el control. Alex la había desacreditado delante de toda la clase… «Maldita mocosa española y maldito Alex», pensó. Se inclinó sobre la mesa con su mejor sonrisa y prosiguió:

—Vamos a probar algo más complejo. —Cogió una botella de *Barolo*[54], la alzó con teatralidad y se la tendió a Mara. Cogió otra y señaló a otro alumno,

—Ábrala señor…

—Müller.

—Adelante. Después será su turno, señorita Aguilar. —El alumno tomó la botella, enseñó la etiqueta al resto del alumnado, cortó la cápsula con la pequeña navaja situada en el sacacorchos, introdujo la parte punzante del instrumento, giró con suavidad, hasta el fondo, apoyó el sacacorchos en el borde de la botella y extrajo el corcho con suavidad. En total fueron un par de gestos o tres a lo sumo, con un resultado sencillo y satisfactorio. Mara había abierto mogollón de botellas, solo que esta vez estaba nerviosa como un flan.

—*Parfait*[55], señor Müller. Su turno, señorita. —Mara se mordió el labio. Se limpió las palmas de las manos con disimulo en el pantalón. Tenía que estar tranquila, y repetir la operación del otro tío.

Giró y tiró… Tiró un poco más fuerte y en un golpe traicionero del destino, el corcho se partió en dos.

La clase entera contuvo el aliento. Se escuchó algún que otro «¡oh!» … Valerie inclinó la cabeza con una expresión de falsa compasión y dijo:

—¡Qué desastre!

—Es un error común, le pasa incluso al mejor sumiller. En un evento si un camarero rompe un corcho, se espera que sepa arreglarlo, así que ¡ánimo, señorita! ¡Inténtelo! —Mara se sintió mejor con la energía transmitida por Alex. Tomó el sacacorchos de láminas, deslizó con cuidado la doble hoja entre el vidrio y el corcho, y con un movimiento firme lo sacó entero.

Un murmullo de aprobación recorrió la clase. Mara dejó la botella sobre la mesa, tratando de disimular la euforia.

—Así se hace. —Alex guiñó un ojo a Mara.

—¡Qué aplicada! Diría que tiene un guía excepcional.

—Mi trabajo consiste en corregir y guiar. Para eso estoy aquí, *madame* Truffaut. —Había algo letal en la forma en que Alex había pronunciado ese *madame*. Un golpe medido. Un recordatorio de que no era su Valerie, no allí, no en ese contexto.

—Por supuesto —respondió, con una sonrisa tensa—. Sigamos con la clase.

Pero Mara lo olió en el aire. Valerie había perdido una batalla, y eso solo podía significar que ahora iría a la guerra.

CAPÍTULO 35

VENENO EN CADA SÍLABA

Mara salió del aula con el corazón latiéndole en las sienes. Había salido victoriosa con el puto corcho. Había sobrevivido a la humillación pública. Pero la sensación de peligro seguía allí, adherida a su piel como un perfume demasiado denso y fuerte. Avanzaba por el pasillo cuando sintió un golpe en el hombro.

—Discúlpame. —Valerie se inclinó apenas, lo justo para que nadie más pudiera escuchar su voz, que descendió hasta un susurro letal.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. Has cometido un error, uno muy grave.

—No sé de qué hablas

—Claro que lo sabes, y vas a recordarlo cada vez que te sientes a comer, o cada vez que te lleves una copa a los labios. Aquí en París hay que tener mucho cuidado con lo que se bebe… Y con lo que se toca, sobre todo cuando lo que se toca, es mío. —Mara abrió la boca para responder, pero Valerie ya se había alejado, deslizándose por el pasillo con la elegancia de una pantera, dejándola con el corazón en un puño y una amenaza suspendida en el aire.

CAPÍTULO 36

POR FIN LA ARTILLERÍA PESADA

Mara lanzaba ropa dentro de la maleta como si fueran proyectiles: blusas, pantalones, el vestido negro que ni siquiera había estrenado… Cada prenda caía con un golpe sordo, como las palabras de la bruja, que retumbaban como martillazos en su cabeza.

—A mí no me amenaza nadie —murmuraba entre dientes—. Ni una novia despechada, ni un *chef* de pacotilla, ni un casero buenorro con un máster en líos imposibles.

El sujetador que tenía en la mano voló con furia. Su cara estaba teñida de rojo, un rojo incandescente de ira.

Sonó el timbre de la puerta. Mara se dirigió como una hiena a abrir…

—¡Te he dicho, Alex, que no quiero saber nada de ti ni de la zorra asesina de tu *noviiiii*…! —La palabra quedó suspendida en el aire, por el impacto visual. Ahí, en el umbral, con su abrigo de vicuña, un sombrero imposible y una expresión de aristócrata ofendida, estaba Lupe. A su lado, erguido como un mayordomo de la realeza, Ramiro. Mara sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—Tita… —Los labios le temblaron. Sin pensárselo dos veces, se abrazó a ella aferrándose como si fuera el único salvavidas que quedara en un barco ya casi hundido.

—Mi niña… —Lupe la estrechó con tanta fuerza que Mara lo agradeció en el alma.

Ramiro sonrió, cerró la puerta con un leve empujón y miró la maleta abierta.

—Me da la sensación, señora, de que hemos llegado justo a tiempo. —Cuando por fin se separaron la tía y la sobrina, Lupe echó

un vistazo alrededor y frunció los labios y la nariz con una expresión de asco.

—Bueno, bueno… Esto es infame. —Ramiro, en silencio, ya había empezado a recoger la ropa que Mara había lanzado en un arranque de ira.

—Señorita Mara, los vestidos no se tiran al suelo —dijo con su tono habitual de desaprobación.

Mara soltó una carcajada de loca auténtica, mezcla de alivio e incredulidad.

—¿Qué hacéis aquí? —Lupe se quitó los guantes con parsimonia y se dejó caer en la única silla del apartamento.

—¿Hace falta que lo preguntes?

—No, tita… —Lupe recorrió el lugar con la mirada y chasqueó la lengua.

—Vaya zulo, niña… Esto no es vida. —Ramiro, mientras tanto, había abierto la nevera. Se quedó un segundo en silencio y luego se tapó la nariz con una mueca de absoluto asco.

—Señora, ¿quiere que le describa lo que estoy oliendo, o prefiere vivir en la ignorancia?

—Tíralo todo —ordenó Lupe sin mirarlo. Ramiro sacó una fiambrera sospechosa, la abrió ligeramente y casi se desmayó del pestazo.

—Dios mío, señorita Mara, ¿este pollo ya estaba muerto cuando vino a vivir aquí? —Se puso un pañuelo de lino en la nariz, mientras que, con dos dedos de la otra mano, lanzaba directamente al cubo de la basura aquel trozo de carne en estado de putrefacción.

—Niña, ¿no friegas los platitos del desayuno?

—¡Si es que no me da tiempo! —protestó Mara—. ¡Entre las clases y todo los demás! —Ramiro se quitó el abrigo y la chaqueta,

se remangó y comenzó a fregar los platos con una pulcritud que habría emocionado a cualquier inspector de sanidad.

—El «todo lo demás» es lo que me preocupa —murmuró el asistente, sin levantar la vista del plato que enjabonaba con esmero —. Si incluye a esa bruja, yo también haría la maleta.

—A ver, cariño, cuéntame…

—Vale, tita, te lo resumo: Valerie ha decidido hacerme la vida imposible. De hecho, creo que me ha amenazado de muerte, y ahora dime ¿por qué habéis venido? —Mara se sentó en el sofá que por casualidad le había dado tiempo a cerrar.

—Porque lo que está pasando no es ninguna tontería, cariño. —Ramiro sacó de una bolsa una botella de zumo natural de naranja que habían sacado del hotel. Sirvió tres vasos, uno para cada uno.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. —Lupe y Mara cogieron los vasos que el mayordomo acababa de servirles y bebieron un buen trago.

—¿Sabes algo más que no me hayas contado? ¿Conoces a Valerie? ¡Me dijiste que no!

—Sé que Valerie Truffaut está al acecho. —Mara sintió un escalofrío.

—¿La conoces? —repitió. Ramiro dejó el trapo con el que estaba limpiando la cocina y soltó con naturalidad:

—Digamos que, a la señora, y a esa víbora les une una historia de lo más edificante.

—¡*Ramirooo*! —Lupe le lanzó una mirada asesina, porque había metido la pata hasta el fondo. Mara se enderezó.

—¿Qué historia? —Lupe suspiró, resignada.

—¡Ay, nena! ¿Para qué quieres saberlo?

—Tita… —Lupe se acomodó en la silla y sonrió.

—Fue en el 2019. En París. Hotel Crillon. Una subasta de piezas exclusivas de alta costura. Yo, como buena amante del arte, tenía los ojos puestos en una joyita: un abrigo de Hubert de Givenchy que perteneció a Audrey Hepburn… —Mara la miraba embelesada.

—¿Valerie? ¿Estaba allí? ¿Lo quería?

—Sí. Ella, también.

—¡Joder!

—La puja empezó con normalidad. Ofrecí cincuenta mil, ella ochenta…

—¿Cuánto llegasteis a pujar? —Los tres bebieron de sus vasos a la vez.

—Ciento cincuenta mil.

—¿Ciento cincuenta mil euros por un *abrigooooo*?

—Era exclusivo, cariño.

—¿Y tú pagaste *esoooo*? —Lupe enseñó los dientes, con aire de satisfacción.

—Por supuesto que no. En el último momento, levanté una ceja, sonreí y me retiré. —Mara la miró boquiabierta.

—¡Lo tuvo que pagar ella! —Mara se llevó las manos a la cabeza. Ramiro no pudo contener una sonrisita maliciosa.

—Desde entonces la señora Truffaut la odia con cada fibra de su ser.

—Madre mía…

—Y lo peor es que ni olvida ni perdona… —añadió Ramiro, más serio.

—Exacto. Valerie es rencorosa. Nunca deja cabos sueltos…

—¿Te amenazó como a mí? ¿Te hizo algo?

—A los pocos días de la subasta, cogimos el coche, y mientras conducía, casualmente, los frenos dejaron de funcionar —soltó Ramiro a bocajarro.

—¿*Perdonaaaa*? —Lupe agitó una mano con desdén.

—No fue nada. Una tontería. Un sustillo de mierda.

—Sí, claro, que no funcionen los frenos en medio del tráfico parisino es de lo más trivial. —El mayordomo recogió los vasos del zumo que habían bebido y los fregó. Mara se quedó helada.

—¿Me estás diciendo que Valerie…?

—No hay pruebas de nada. Y yo no acuso sin pruebas.

—Tita, esto no es ninguna broma.

—Lo sé, cariño. Por eso estamos aquí.

—Y esta vez, no habrá ningún Givenchy que se interponga —asintió el mayordomo con gravedad.

—Vale, vale. Decidme dónde os alojáis. —Mara se pasó una mano por la cara. Se le estaba descomponiendo la barriga. Prácticamente estaba cagándose de miedo.

—En el Ritz, cariño.

—Pues ahora mismo os vais para allá, hacéis las maletas y nos volvemos los tres para Madrid. —Lupe suspiró. Con su sobrina había que tener una paciencia infinita.

—No seas tan impulsiva, niña.

—Estoy harta. Me da igual el máster, me da igual Alex y, sobre todo me da miedo esa loca de Valerie. No pienso quedarme ni un minuto más aquí. Y vosotros tampoco.

—¿Va a dejar el máster, señorita? —El mayordomo quiso saber.

—Te devolveré la pasta, tita hasta el último céntimo.

—El dinero no importa ahora. —la miró con cariño—. Es una pena que te quieras ir.

—¿Pena? ¿Por qué?

—¡Nos han invitado a una fiesta maravillosa! —Mara frunció el ceño.

—¿Qué fiesta?

—La fiesta de Alain Cascasse. —Mara no entendía nada.

—¿El *chef*?

—El mismísimo. —Ramiro que había terminado de doblar toda la ropa de Mara y la había colocado encima de la mesa y había desinfectado el suelo con una fregona que había encontrado en el cuarto de baño, carraspeó con desaprobación:

—Un ser infumable, si se me permite la expresión. —Lupe rio con ganas.

—Tienes razón, Ramiro. Es odioso e insoportable, pero da unas fiestas fabulosas. —Mara bufó.

—Me interesa una mierda.

—Cariño, no seas tan vulgar y corta de miras.

—¿Por qué?

—Pues porque será un evento exclusivo, lleno de gente influyente: diseñadores, empresarios, aristócratas y, por supuesto, *madame* Truffaut.

—Valerie… ¿Va a estar allí?

—Por supuesto, ¿y no te gustaría estar en la misma fiesta que ella, en igualdad de condiciones? —Mara no contestó, porque claro que le gustaría.

—Señorita, si se va a Madrid, se perderá la oportunidad de demostrarle a esa mujer que no la ha hundido. —Mara miró el sobre dorado, que contenía las invitaciones y que acababa de depositar Lupe en la mesa.

—No tengo dinero para comprarme nada que esté a la altura de esa fiesta… —concedió Mara.

—¡Podemos ir de compras! ¡Será divertido!

—No lo entiendes, tita. ¡Seguramente Alex irá con la bruja! No puedo pasar por esa puta humillación y luego, el lunes, plantarme en clase con cara de idiota.

—Sí, bueno, ese tío tiene el sentido común de una acelga, eso es evidente. —Mara soltó una carcajada.

—Tita… Valerie le tiene agarrado por los huevos.

—¡Señorita Mara!

—Ramiro, por favor… ¡No te hagas el mojigato ahora!

—No es mojigatería, señora. Es que la imagen mental me resulta innecesaria. Por otra parte, señorita Mara, si se va ahora, la bruja de *madame* Truffaut habrá ganado.

—Es que ya ha ganado.

—No, vencerá cuando la vea derrotada. Cuando se dé cuenta de que ha logrado doblegarla, humillarla y convertirla en una caricatura de sí misma. —Mara tragó saliva.

—Tita… —acercó su boca a la oreja de Lupe—. No ha habido día que no me haya follado a Alex, desde que estoy aquí.

—Disculpe mi atrevimiento, pero por lo que acabo de escuchar se ha acostado con el señor González más veces de las que ha ido a clase y…

—¡Ramiro!

—Lo que quería decir es que puedo ayudar, déjelo en mis manos. Yo le elegiré el vestido más bonito para la fiesta. No se arrepentirá.

CAPÍTULO 37

LA CLASE DEL VIERNES

El ambiente en el restaurante era tenso, aunque Valerie sonreía con esa gélida perfección suya, como si estuviera disfrutando de una copa de champán en vez de destripando con lentitud a su víctima. Los alumnos estaban sentados alrededor de una gran mesa, atentos a las explicaciones sobre el protocolo en cenas de alto nivel. Alex, con expresión seria, observaba en silencio.

Mara intentaba centrarse en la clase y no en la víbora de Valerie, que le clavaba indirectas afiladas cada vez que podía. Suspiró, y luego se arrepintió, porque era una mierda enseñar las cartas al contrincante.

Contó mentalmente hasta diez. Luego hasta veinte, y cuando Valerie empezó a hablar de la importancia de saber comportarse en eventos exclusivos, llegó hasta doscientos.

—Por ejemplo —dijo Valerie con su tono más encantador—, imagínense que están en una cena con un *chef* de renombre, el mejor del mundo, Alain Cascasse.

—¡*Mon dieu*![56] —Se escuchó de boca de uno de los alumnos…

—Y, por supuesto, *monsieur* González y yo —añadió Valerie con una sonrisa venenosa, apoyando deliberadamente la mano en el brazo de Alex—. El próximo sábado.

Mara notó que la sangre se le estaba subiendo a la cabeza. Alex tensó la mandíbula. El resto de los alumnos intercambiaron miradas, sintiendo que ahí se estaba cociendo algo más que una simple lección de protocolo.

—¡Qué suerte la vuestra! —exclamó Mara. Contar hasta doscientos no le había servido de nada. La sacaba de quicio. La ponía de mala hostia.

—¡Oh, sí! Es un evento para gente muy elegida. Quizá algún día pueda asistir a algo así, aunque lo dudo.

—¡Quién sabe, madame Truffaut! La vida da muchas vueltas.

CAPÍTULO 38

LA NUEVA JUGADA DE VALERIE

La mujer se movía por la casa con la gracia de una pantera. Alex y otra para ella, con esa sonrisa calculada que había perfeccionado con los años.

—Por los éxitos pasados y los que vendrán, *mon cher*[57]. —Alex aceptó el vino con un gesto un poco tenso. No debería estar allí. Valerie había insistido tanto en que fuera a ver el regalo para Alain que, al final, había cedido. Sin embargo, ahora sabía que no se trataba solo de eso, siempre había algo más cuando se trataba de la Truffaut—. Cinco años ya…

La mujer se sentó en el sofá, cruzando una pierna sobre la otra.

—Sí.

—Tu primera estrella, nuestra primera fiesta con Alain y el comienzo de lo nuestro. —Alex dio un trago largo para no contestar. Lo último que quería era recordar cómo había acabado atrapado en aquella tela de araña que había tejido Valerie. Por aquel entonces, su ambición y su magnetismo le parecieron irresistibles, a pesar de la diferencia de edad, casi diez años. Ahora, solo veía cadenas.

—Alain estará encantado con su regalo —dijo, desviando la conversación. Se trataba de un facsímil de un libro de cocina de la época del Renacimiento. Alex lo miró como si pudiera salvarle de aquella situación.

—Seguro que sí… —susurró ella, levantándose del sofá—. Pero ahora no estamos aquí por Alain, ¿verdad?

Valerie dejó la copa en la mesa, se abrazó a él. Las manos de ella se detuvieron en los botones de la camisa y empezó a desabrocharlos.

—Valerie…

—*Shhh*, no hablemos. —Los labios de la mujer rozaron el cuello del hombre—. Hace mucho que no estamos juntos. Demasiado tiempo.

—No. —Alex se apartó, apoyando la copa sobre la mesa. Valerie se detuvo un instante, sin embargo, en vez de detenerse, se envalentonó un poco más.

—No bromees, Alex.

—No lo hago. —Con un movimiento rápido, la mano de la mujer bajó la cremallera del vaquero de Alex. Él reaccionó al instante, presionándole la muñeca con firmeza.

—He dicho que no. —Por un segundo, Valerie se quedó petrificada, luego su rostro cambió…

—Es por ella, ¿verdad? Eres un iluso si piensas que esa niñata te va a ofrecer lo que yo te doy. —Alex se alejó con un movimiento pausado, pero firme.

—Se acabó, Valerie.

—No seas ridículo.

—No, estoy siendo libre. —Se giró, pilló la cazadora, el casco de la moto y se marchó, cerrando de un portazo.

Valerie se quedó quieta, diríase que rígida con los labios apretados. No iba a permitirlo.

No. Ni en un millón de años.

CAPÍTULO 39

¿DÓNDE DEMONIOS ESTÁ MARA?

El rugido de la moto aún retumbaba en los oídos de Alex cuando aparcó en el garaje del edificio. Apagó el motor y se quitó el casco. Resopló. Hacía frío, pero a él le ardía el cuerpo, por la sensación de libertad que le recorría las venas.

Valerie representaba el pasado.

Mara era diferente. No sabía por qué, pero su mente volvía una y otra vez a ella como una obsesión. Su risa, su descaro, la manera en que lo desarmaba, el calor de su piel, la forma en que se estremecía cuando la tocaba… Se había pillado totalmente por ella.

Entró en el ascensor y apoyó la cabeza en la pared metálica, dejando escapar un resoplido. Ni siquiera tenía claro qué le iba a decir… La había conocido, se había enrollado con ella y en menos de una semana, ¿se había enamorado?… Increíble.

Cuando llegó al piso, abrió la reja del ascensor y se detuvo ante la puerta de Mara. Hablaría con ella. Le cambiaría aquel zulo de estudiantes por otro apartamento igual que el suyo, en la planta de abajo… Llamó a la puerta con los nudillos y esperó un momento.

Nada.

Miró el reloj. Eran las nueve y media de la noche. Frunció el ceño, se puso nervioso, y volvió a llamar, esta vez con más insistencia.

Silencio.

Golpeó una vez más. Tocó el timbre con insistencia. Apoyó la oreja en la puerta. No se oía nada.

Sacó el móvil y marcó su número. Llamó una vez. Dos. Tres… Saltó el buzón de voz.

—¡Mierda! —explotó.

«¿Dónde demonio estaba?», pensó.

CAPÍTULO 40

EL ARTE DE HACER SUFRIR (UN POQUITO)

Mara, Lupe y Ramiro estaban en la suite del hotel, mientras la joven contemplaba su reflejo delante del espejo con el vestido que le había elegido Ramiro.

—Señorita Mara, creo que estamos ante una obra maestra de la elegancia y la sofisticación —declaró Ramiro, observándola como un crítico de arte.

El vestido que había escogido para la fiesta de Alain era un *Dior vintage*, negro, con escote palabra de honor y una falda que caía como un susurro en seda. Ramiro lo había encontrado en una *boutique* para coleccionistas y, tras su inapelable veredicto, decidió que aquella maravilla sería para la señorita.

—¿Te mola, niña? —preguntó emocionada Lupe.

—¡Es una puta *pasadaaaa*!

—Ese *chef* de pacotilla se rendirá a sus pies…

—¿A quién te refieres, a Alex? —inquirió Mara.

—No, me refería a Alain —aclaró el mayordomo, ajustando un pliegue de la falda con precisión quirúrgica—. Ahora que lo menciona, su casero, profesor o lo que sea, tendrá que recogerse la mandíbula del suelo.

—Ramiro, deja de hacerle la pelota a mi sobrina o se lo va a terminar creyendo.

—Señora, cuando la verdad brilla con luz propia, no es necesario adular a nadie, con describir los hechos con precisión, es suficiente.

Mara sonrió, por fin algo más relajada que en los últimos días. Por primera vez, la pesadilla de Valerie y el mal trago del máster

parecían algo más llevaderos. Pero entonces… El móvil de Mara vibró. Lo había dejado encima de la mesa.

Los tres miraron al aparato, como si fuera un bicho raro. Mara cogió el móvil con las manos temblorosas.

—Es él. —Lupe que estaba sentada en el sofá, se levantó de un salto.

—¡Ni se te ocurra cogerlo!

—Pero…

—¡Nada de peros! ¡Que se joda! ¡Que se revuelque en el fango de la duda!

—¡Señora, por favor! —Ramiro, se ajustó los gemelos de la camisa—. No hace falta que se ponga así, señorita, lo que le sugiero es que haga caso a su tía. Hay momentos en la vida que hay que dejar a los hombres que se cuezan en su propio jugo. Y este es uno de ellos.

—Pero si ni siquiera sé qué quiere…

—¡A ver, niña, pensemos para qué y por qué te está llamando! —La vibración cesó. Lupe chasqueó los dedos—. Espera diez minutos y después le llamas.

—¿Y qué le digo?

—¿Ramiro? —Lupe azuzó a su querido asistente… El hombre carraspeó y comenzó a enumerar las situaciones posibles.

—Si pregunta dónde estaba, le contesta que, por ahí, disfrutando de la ciudad, si le pregunta con quién, puede responder que en buena compañía, y si quiere saber por qué no le cogió el teléfono…

—¡Estaba ocupada!

—Perfecto. Lo has captado, niña.

—Ramiro, te adoro. —Mara, le abrazó—. Me quito el vestido, me cambio y ahora le llamo.

CAPÍTULO 41

JAQUE AL CHEF

El teléfono sonó dos veces antes de que Alex respondiera.

—¿Mara?

—Hola, Alex —dijo ella. No quería, pero se le acababa de dibujar una sonrisa que ni ella misma se esperaba. Había tocado la pantalla para activar el «manos libres», y que escuchara su familia.

—Te he llamado antes.

—Lo sé. Estaba ocupada. —Ramiro levantó el pulgar en señal de aprobación. Lupe, con una copa de champán en la mano, asintió con entusiasmo.

—¿Y ahora? ¿Por dónde andas?—Mara observó a la pareja que tenía a su lado, y dedujo que se lo estaban pasando mejor que si hubieran ido al cine a ver un *thriller*.

—Por ahí, disfrutando de la ciudad. —Alex suspiró al otro lado de la línea.

—Mara necesito verte. —El tono de su voz era distinto. Ya no sentía esa seguridad habitual, ni el descaro con el que solía hablarle. Sonaba totalmente sincero.

—¿Sí? —dijo ella, fingiendo indiferencia, mientras jugueteaba con el tallo de la copa de champán que le acababa de servir Ramiro.

—Sí. He dejado a Valerie. —Lupe se llevó la mano a la boca, para evitar un grito. Mara tragó saliva.

—¿Perdona?

—Se acabó. Lo de esta noche ha sido la gota que ha colmado el vaso de mi paciencia. —Mara entrecerró los ojos.

—¿Qué ha pasado? —Alex soltó una risa seca.

—Nada que tenga que ver contigo, aunque seguro que le encantaría que así fuera. Yo ya no puedo más. —Mara notó aletear un montón de mariposas en el estómago. Su mirada se cruzó con la de su tía, que arqueó una ceja con interés.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Mara, aunque en el fondo ya sabía la respuesta.

—Que lo nuestro ha terminado —respondió con firmeza—. Y que hay alguien más en mi cabeza.

A Mara le dio un vuelco el corazón. Antes de que pudiera contestar, Ramiro se inclinó hacia ella y le susurró en la oreja…

—Pregúntele si va a ir a la fiesta solo o acompañado de la bruja. —A Mara se le pusieron los ojos como platos, pero obedeció.

—¿Irás a la fiesta de Alain con Valerie? —Alex tardó unos segundos en contestar.

—Debo ir. Pero será la última. —Mara sintió un nudo en la garganta, pero se obligó a mantener la voz serena.

—¿Cómo que debes?

—Es complicado. No quiero darle más importancia de la que tiene.

—Entonces no vayas —rezongó ella, más desafiante de lo que pretendía.

—Mara… —Alex suspiró.

—No, en serio, tío… No le veo el sentido si ya la has dejado. —Lupe se inclinó hacia Ramiro y murmuró:

—Me encanta, está arrinconándolo.

—Como una reina en un tablero de ajedrez —susurró Ramiro, complacido.

—No quiero montar una escena, ahora no —dijo Alex—. Pero lo que deseo que sepas es que esto es real, lo que siento por ti…, se me está metiendo muy dentro de mí.

Mara cerró los ojos un segundo…

—Alex.

—Mara, dime dónde estás. Quiero verte. —La chica no sabía qué hacer.

—Vaya, señorita Mara —susurró Ramiro. Lupe le guiñó un ojo a su sobrina.

—Te veo en el barrio en media hora.

—De acuerdo, cariño. —El corazón le latía con fuerza cuando colgó. Se levantó, se puso el abrigo y la boina que se había comprado, cogió el bolso y el móvil, abrazó y besó a Ramiro y a Lupe y salió disparada.

CAPÍTULO 42

VALERIE TRAS LAS SOMBRAS

La mujer apretó los dientes mientras apagaba el motor de la moto y se quitaba el casco con un movimiento brusco. «Hijo de puta», pensó. Lo que había presentido, lo confirmó hacía un rato, en la forma en que Alex la había mirado, en la frialdad de su tono, en la determinación de sus palabras cuando le apartó la mano de la bragueta.

Había intentado disimular, jugar a la mujer comprensiva, a la amante herida pero digna, y sin embargo en cuanto se piró de su casa, la rabia se convirtió en una orden inapelable en su mente: «Síguele».

Y ahora, desde la esquina de la calle, agazapada como un gato, lo divisaba todo. Alex estaba esperando en la entrada del edificio, inquieto, con las manos en los bolsillos de la cazadora y la mandíbula tensa… «¿Desde cuándo esperaba a nadie con esa ansiedad?», se dijo. No tuvo que esperar mucho para hallar la respuesta.

Mara apareció. Mara Aguilar, con su pelo alborotado por el viento, sus botas pisando el adoquinado con demasiada seguridad para alguien que, hasta hacía nada, no era más que una zorra asquerosa perdida en París.

Cuando llegó a la altura de Alex, comprobó con rabia cómo la abrazaba, le acariciaba la cara casi con reverencia y terminó besándole la boca.

Le metió la lengua hasta la campanilla, y eso fue para ella una puñalada trapera.

Si aquella mujer se pensaba que había ganado, que podía acostarse con Alex y quedarse con él, es que no conocía su poder.

Porque ella nunca perdía y desde luego, tampoco perdonaba.

CAPÍTULO 43

VISTO DESDE LA OTRA ESQUINA DE LA CALLE…

La Vespa vibraba suavemente bajo sus traseros, mientras Lupe y Ramiro contemplaban el momentazo, medio ocultos, desde la otra esquina de la calle.

—¿Lo está viendo, señora? ¡Ese tío la está esperando con ojitos de cordero degollado!

—¡Claro que sí! Mi niña está triunfando, y a mí me palpita tanto el corazón que se me va a salir del pecho.

—Espero que no sea por la edad, señora.

—¡No seas burro, hombre! ¡Soy joven y mi corazón está perfecto! —Mara apareció y Alex la miró como si acabara de encontrar el Santo Grial—. ¡Ay, Ramiro, esto ya no solo es sentimiento, ¡esto es cuestión de piel… DE AMOR!

—O el principio de una catástrofe.

—¡Joder, no me lo chafes ahora!

—Señora…

—¿Qué?

—Mire hacia la otra esquina. —Lupe se alzó un poco y la vio. La arpía estaba allí, con el casco en la mano, los ojos fijos en el portal y una expresión en la cara que podría augurar perfectamente una tragedia griega. Ramiro resopló.

—Señora, dígame una cosa, si ahora mismo acelerara esta moto, me subiera a la acera de la esquina de enfrente y la atropellara… ¿Cuántos años de cárcel me caerían en Francia si me pillaran?

—Depende. Si alegamos que fue un accidente y que nos fallaron los frenos, podríamos librarnos con una multa…

—¿Cómo en 2019?

—Exactamente. —Ambos rieron bajito, para que no les descubrieran—. Ay, Ramiro… ¡Cómo me gustaría que le cayera una cagada de paloma en toda la jeta!

—Si me da dos minutitos y un poco de pan, intento amaestrar a una… —Volvieron a carcajearse.

—No hace falta. La venganza se sirve mejor en plato frío.

Volvieron a ponerse los cascos cuando vieron que la arpía se piraba, al tiempo que Alex y Mara desaparecían por el portal de edificio de apartamentos.

CAPÍTULO 44

UN PASEO POR EL SENA: CONFESIONES Y NUEVOS COMIENZOS

Mara y Alex habían decidido pasar la mañana juntos. Se encontraban a bordo de un *Bateau Mouche*[58], disfrutando de un tranquilo crucero por el Sena. El suave balanceo del barco y la brisa templada creaban el ambiente perfecto para un momento íntimo y romántico. Abrazados, contemplaban la ciudad de París desde el agua, mientras compartían confidencias y risas.

—El edificio donde vivo —dijo, refiriéndose al bloque de apartamentos—. Lo heredé de mi abuelo. Nunca me interesaron los negocios inmobiliarios de mi familia española. Mi madre, romana de nacimiento, me inculcó el amor por la cocina desde pequeño. Por ella me decidí a abrir un pequeño bistró en Montparnasse[59].

La joven escuchaba atentamente, notando cómo cada palabra de Alex la acercaba más a él.

—¿Y tú, Mara? Cuéntame algo que no sepa de ti. —Ella sonrió, recordando lo que la había traído hasta aquí. Pensó que ya no tenía importancia ni razón de ser, así que lo contó sin más.

—Uf… ¿Por dónde empiezo?

—Por el principio. —Alex se giró y la obligó a mirarle—. Todo. Quiero saberlo todo.

—Vale. Pues, hubo un tiempo en que fui *wedding planner*…

—No jodas, si eso creo que ya me lo habías contado.

—Jodo, jodo… Espera.

—No tengo prisa. —La besó en la boca y sonrió feliz.

—Ya, bueno, tampoco duré mucho…

—¿Y eso? —La volvió a besar. Mara ocultó la cara en su pecho.

—Porque arruiné una boda.

—¿Cómo? —Alex se separó de ella y la miró con aquellos ojazos que la volvían tarumba. Mara se aclaró la garganta.

—Verás… Fue en la boda de «Los Manolos», ya sabes…

—Sí, que los novios se llamaban Manolo…

—Bueno, era una pareja hetero, él Manolo y ella Manoli…

—*D'accord*[60]… Sigue.

—Todo iba como la seda, un evento perfecto, precioso, coordinado al milímetro. Yo llevaba un transmisor en el bolsillo del pantalón para comunicarme con los novios . El problema fue que metí la mano en el bolsillo y debí activar sin querer la pantalla que servía para conectar el audio con los altavoces del sonido ambiente…

—Dime que no. —Alex sonrió.

—Sí.

—Dime que fue un desastre…

—No, fue peor… —Alex soltó una carcajada.

—¿Qué pasó? —Mara cerró los ojos. Se ajustó la bufanda y la boina en la cabeza. Alex le besó la mano.

—Verás… Manolo estaba pronunciando sus votos. Algo muy profundo, muy sentido, algo como: «*Nuestro amor será un camino de rosas, pero también con vueltas, con curvas…*» Y en ese momento solté por mi bocaza, «¡***CON CUERNOS***!». —Alex se quedó helado un segundo y luego estalló en una risa tan fuerte que varias personas del barco se giraron para mirarlos.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡No puede ser!

—Te lo juro…

—¡Con cuernos! ¿En mitad de los votos? ¡Ja, ja, ja, ja!

—Sí y lo peor es que aquello no fue una metáfora.

—¿*Queeeeé*?

—Pillé al novio la noche anterior, en la fiesta previa en la que estaban la familia y los amigos, follando con la hermana de su novia en los baños de la finca…

—¡*Mon dieu*[61]! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué cabrón, qué jeta, qué escena!

—Ni te lo imaginas, me suplicó con los pantalones por los tobillos que no se lo cascara a su Manoli…

—¿Y qué hizo la novia cuando soltaste lo de los cuernos?

—Primero se quedó pálida. Luego se puso roja. Luego cogió el ramo y prácticamente se lo hizo tragar a Manolo… —Alex lloraba de la risa...

—¡Joder, Aguilar!

—Espera, que todavía no sabes lo peor…

—Pero ¿es que hay más?

—Cuando la hermana intentó interceder, la madrina, que ya estaba en trance, le gritó puta y le tiró un zapato a la cabeza.

—¡Por favor! ¡Dime que alguien lo grabó!

—Pues claro, y lo subió a Insta, vamos que eliminar todas las cuentas de mis redes sociales. —Alex la abrazó, todavía riendo.

—Eres increíble. —La miró profundamente a los ojos—. Mara…

—Dime.

—No sé, nunca creí en los flechazos, ni en las chorradas esas del amor a primera vista, pero…

—¿Sí?

—*Je suis tombé amoureux de toi*[62]. —Mara parpadeó.

—¿Qué has dicho? —Alex acarició su mejilla y repitió, mirándola a los ojos.

—Que estoy enamorado de ti. —Mara sintió que se le encogía el estómago.

—¿En serio?

—Sí, cariño.

—Dímelo otra vez. —Alex acercó los labios al oído de Mara y comenzó a susurrarle en francés:

—Eres la única que me ha hecho reír así, la que me hace sentir de esta forma, me has desmontado por completo, no sé qué me has hecho, pero no quiero que desaparezcas de mi vida. —La besó en la mejilla, en la frente, en la nariz, en la boca…

CAPÍTULO 45

NOTRE DAME, MÁS CHISMES…

Lupe y Ramiro avanzaban por el majestuoso interior de Notre Dame, completamente restaurada, con el solemne aplomo de dos espías de pacotilla. La catedral lucía preciosa: las vidrieras, los frescos y hasta el aire olía a incienso caro y siglos de historia.

Pero ellos no estaban allí para admirar el arte gótico ni la maravilla de la reconstrucción…

—Ahí está la muy arpía… —murmuró Lupe, ajustándose el sombrero y asomándose con disimulo por detrás de una de las columnas. Ramiro, con las manos cruzadas a la espalda y una expresión marmórea en la cara, echó un vistazo rápido.

—Y su asistente cibernética.

—Sandrine, sí, ya tuvimos el disgusto de conocerla cuando su jefa se tuvo que comer con patatas el abrigo de Givenchy.

—Esa. Tiene la pinta de quien te puede hacer la declaración de la renta sin usar calculadora.

—No seas antiguo, Ramiro. La gente ya no usa calculadoras. —Las dos mujeres hablaban muy deprisa. En francés, por supuesto, con frases atropelladas, codazos significativos y gestos conspirativos.

—A ver qué dicen… —susurró el secretario en el oído de Lupe.

—Venga, que tú sabes francés mejor que yo, tradúceme. —Sandrine murmuró algo rápido, y Valerie respondió con el mismo tono

—Téma, faut pas qu'le vieux y capté quoi ce que soit, t'as pigé?[63]

—Dicen que… A ver… «Mira, el viejo no tiene que pillar nada, ¿has entendido? —Lupe parpadeó.

—El viejo…¿Qué viejo?

—Yo qué sé, señora… ¿Alain? ¿Alex? ¿El Papa?

—A ver si están hablando de mí…

—Señora, si estuvieran hablando de usted, usarían términos más ofensivos.

—Qué consuelo… —Siguieron escuchando. Valerie gesticuló con nerviosismo.

—*Si Alex déconne, on l'fume sec*. —Ramiro tragó saliva.

—Vale, esto ya no me gusta.

—¿Qué? ¿Qué han dicho? —Lupe le apretó el brazo.

—Que, si Alex la caga, se lo fuman seco. —La mujer abrió los ojos como platos.

—¿Se lo fuman?

—O sea, que lo destrozan, lo hunden, que le hacen polvo…

—Ah, menos mal. —Ramiro arqueó una ceja.

—¿Menos mal, señora?

—Pensé que planeaban matarle y liarlo en un Marlboro. —El asistente suspiró.

—No descarte nada, señora. —Siguieron escuchando atentamente. Sandrine con su tono monocorde de secretaria sin alma continuó…

—*Et si la meuf débarque, ça fout la merde*.

—Madre de Dios. —Ramiro cerró los ojos.

—¿*Queeeeeé*? —Lupe estaba de los nervios.

—Que, si la tía aparece, la jodemos.

—Esa tía es… ¿Mara?

—Evidentemente.

—Están tramando algo para que no esté en la fiesta.

—O para que esté y quede como el culo, señora.

—O ambas.

—Bueno, ya hemos averiguado que: primero quieren ocultarle algo a un viejo, que puede ser Alain, Alex o un jubilado que pasaba por allí… Segundo que, si Alex mete la pata, lo destruyen y tercero que, si Mara aparece, el plan se jode.

—Madre mía, no hay tiempo para seguir averiguando, la cena es esta noche…

—Yo, por mí, me acercaba y las estrangulaba con el rosario del puesto de recuerdos de la entrada.

—¡Por favor, Ramiro! ¡Qué poco elegante!¡Eres de traca!

—Estaremos alerta…

Salieron de Notre Dame, con urgencia, porque no tenían días, ni semanas para elaborar un plan… Solo disponían de unas pocas de horas.

CAPÍTULO 46

MEDIODÍA, AÚN EN EL SENA…

El *bateau mouche*, surcaba las aguas tranquilas del Sena, deslizándose entre los reflejos dorados de la luz parisina. Mara estaba acurrucada contra Alex, su cabeza apoyada en el hombro, disfrutando de ese instante raro de calma… Sin embargo, en su mente, ya se estaba cocinando el siguiente movimiento.

—¿Vas a ir a la fiesta de esta noche? —preguntó en tono ligero, aunque la mujer ya se sabía la respuesta.

—Sabes que sí.

—Con Valerie. —Él endureció la mandíbula, totalmente incómodo.

—Sí. Pero ya te he dicho que será el último compromiso. —Mara jugó con los dedos de Alex, recorriendo la línea de sus nudillos.

—Lo sé. Solo lo menciono porque me intriga cómo será la fiesta. Todos esos peces gordos, las copas de champán, la música suave… Tú ahí, tan guapo, cumpliendo el protocolo. —Alex la miró de reojo. Era un hombre taimado.

—¿Me estás queriendo decir algo? —Mara le dedicó su mejor sonrisa inocente.

—¿Yo? Nada. Solo que… Bueno, supongo que será una noche interesante.

—¿Cuántos años tienes, Mara?

—Veinticinco…

—Yo tengo treinta y dos… No soy tan inocente como tú, *ma chou*[64]. ¿Qué me quieres decir?

—Nada. Quizá lo sepas esta noche.

CAPÍTULO 47

NOCHE EN LA MANSIÓN DE ALAIN CASCASSE

Valerie avanzaba con Alex del brazo, deslizándose entre la élite parisina, con la destreza de quien ha hecho de la hipocresía, un arte. Su sonrisa era perfecta, sus saludos impecables, pero en su interior bullía una inquietud que la estaba carcomiendo.

Acababa de recibir un wasap de Sandrine. Lo sabía porque había abierto el *clutch*, y echado un vistazo rápido al móvil… La secretaria le indicó que ya estaban allí… Pero «¿quiénes? ¿Cómo?», pensó.

—Valerie, te noto un poquito tensa… —murmuró Alex, mientras estrechaba la mano del ministro de Cultura.

—No seas ridículo. —Mantuvo la sonrisa. Alex no la creyó.

Entonces, la orquesta empezó a tocar. Los invitados giraron la cabeza hacia la gran escalera central que daba al salón. Era el momento de recibir a Alain.

Cuando Valerie alzó la vista, se quedó petrificada. Alex notó que la mano de la mujer se tensaba alrededor de su brazo y le apretaba con la fuerza de un alicate. Le estaba cortando la circulación.

—¿Qué haces? —preguntó jodido por el dolor. Fue entonces cuando siguió la dirección de su mirada.

Al pie de la escalera, como una maldita aparición, Lupe avanzaba del brazo de Alain Cascasse, sonriendo con la suficiencia de quien acaba de ganar una guerra sin disparar una sola bala.

A Valerie se le pusieron los pelos de punta… «¿Cómo mierda había pasado esto?», pensó.

—¡Joder! —exclamó en perfecto castellano.

—¡Valerie! ¿A qué viene esa cara y ese taco?

—No esperaba ver a esa tía aquí.

—¿La conoces? —Valerie forzó una sonrisa, pero lo único que consiguió fue mostrar una mueca de asco.

—Por supuesto, todo el mundo conoce a Lupe. Es una mujer..., peculiar. —«Una zorra sin escrúpulos», pensó. Sin embargo, antes de que soltara otra trola, «algo» le golpeó como un puñetazo en la boca del estómago.

Mara. A unos metros, avanzando con elegancia milimétrica, caminaba del brazo del mayordomo de Lupe. Y, lo peor de todo, vestida con un Dior *vintage* negro, palabra de honor, con falda de seda que le quedaba ajustado como un maldito guante… A sus cuarenta años, tenía el ojo tan afilado que podría distinguir kilómetros de distancia un Dior verdadero de uno trucho.

Esta era una de las ocasiones en las que, si se mordía la lengua, se envenenaba seguro…

Observó que el estúpido de Ramiro, el mayordomo, se inclinaba para decirle algo a Mara. Y la muy zorra se rio.

Apostaba un euro a que esta noche le levantarían a Alex delante de su jeta, como hacía años le arrebataron ciento cincuenta mil euros por un abrigo de mierda, aunque hubiera sido una creación exclusiva de Givenchy para Audrey Hepburn…

Valerie inspiró hondo, luchando por mantener la compostura.

CAPÍTULO 48

GIRO INESPERADO

Alex la vio también. A Mara. Su cuerpo reaccionó antes que su cerebro: con un movimiento natural, se desembarazó de Valerie, sin brusquedad, como quien se sacudía una mota de polvo de la chaqueta.

—No hagas nada estúpido, Alex. —La voz de Valerie sonó como un siseo venenoso en su oído.

El hombre ni se inmutó. Sonrió con cortesía, asintió y avanzó, manteniendo su expresión perfectamente relajada mientras saludaba a un banquero que no paraba de soltar imbecilidades sobre la estabilidad del mercado con la mierda de los aranceles de los americanos.

—Lo que necesitamos ahora es estabilidad, ¿no cree, *monsieur* González? París está en un momento complicado, debatiendo…

—Sí, la clave es la paciencia, el control. No dejarse llevar por los impulsos.

Impulsos.

Alex estuvo a punto de soltar una carcajada. Justo lo que le estaba costando un huevo contener en ese momento.

—¿Y qué opina…?

—Un placer hablar con usted. —Zanjó la conversación con una palmadita en el hombro del banquero y se deslizó entre la multitud, buscando a Mara.

Ella le vio acercarse y, como si lo hubiera estado esperando, sonriendo.

—*Bonsoir*, Alex.

—Buenas noches, Aguilar. —La mirada de Alex recorrió el cuerpo de Mara de arriba a abajo con descaro—. No sabía que vendrías.

—Como me dijiste que esta era la última vez que acompañabas a Valerie, quería ser testigo de ello.

—¿Y con quién has venido tú?

—Con un caballero encantador. Educado, atento, me ha tratado como una reina. —Alex contrajo el rostro. Le invadían los putos celos.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es? —Antes de que Mara pudiera responder, la orquesta comenzó a tocar una versión moderna con toques clásicos de *Clair de Lune.*

—Oh, me encanta la música. —La chica sonrió, como si no acabara de soltarle un bombazo en la cara… Alex se estaba empezando a cabrear.

—Mara.

—¿Sí? —Tomó una copa de una bandeja que le ofreció un camarero.

—¿Quién es? —Mara alzó las cejas, haciéndose la despistada mientras observaba a la élite de la sociedad soltando gilipolleces por la boca.

—Alex, ¿estás celoso?

—No juegues conmigo, cariño.

—Vale, vale. —Mara soltó una risita traviesa—. Se llama Ramiro.

El hombre se tensó. Los músculos del cuello y de los brazos se le notaban rígidos a través del esmoquin.

—¿Quién? —Mara disfrutó del momento unos segundos más antes de que añadiera…

—El secretario de mi tía Lupe.

—¿Tu tía Lupe? —repitió como un papagayo, totalmente desconcertado.

—Pues sí. —Mara señaló con la cabeza hacia el centro de la sala—. Esa de ahí, la que va del brazo de Alain como si fuera la anfitriona.

Alex vio a Lupe, saludando con la seguridad de una reina en su corte… Dejó escapar una carcajada…

—Estás disfrutando, ¿no?

—Por supuesto. ¿Bailamos? —Alex la tomó de la cintura y la arrastró a la pista sin responder.

Aquella mujer era maravillosa.

Le importaba una mierda con quién había venido.

El resultado sería que se iba a pirar de allí con la mujer de la que estaba profundamente enamorado.

CAPÍTULO 49

CAÍDA Y DESGRACIA DEL CHEF

Valerie entró como una furia en el baño dando un portazo. Echó el pestillo para que no se colara ninguna zorra cotilla de la fiesta. Se apoyó en el mueble del lavabo. Su reflejo en el espejo era un cuadro: el maquillaje impecable, pero la furia le estaba quemando por dentro. Sacó el móvil y abrió el wasap para leer el mensaje de Sandrine. Sus ojos recorrieron cada palabra y, por un segundo, sonrió… «Así que son tía y sobrina», concluyó en voz alta. Tenía material para hundir a Mara, porque también había salido el fiasco de Madrid, y podría desacreditarla perfectamente.

Pero no.

No era suficiente. Alex la había dejado en ridículo, soltándose de su brazo y corriendo a los brazos de aquella petarda como si fuera un perro salido.

Y, de repente, la idea le golpeó con la fuerza de un rayo…

Cuando salió del baño, su mente trabajaba a toda velocidad. Miró la sala y vio que todo seguía como si nada. La orquesta sonaba, las risas flotaban en el aire, los cristales de las copas chocaban en continuos brindis. Iba a utilizar el recurso de las abuelas, era un truco viejuno y daba «vergüencita»… Pero siempre funcionaba, por lo menos al principio, y sobre todo serviría para alejar a las moscas y moscones de la mierda… Alex ya no significaba nada para ella. Era peor que una caca de vaca, pero era su caca… Para pisotearla cuando le saliera del toto.

Cruzó la sala con su elegancia innata y posó una mano en el brazo de Alain, que estaba disfrutando de su propio éxito.

—*Mon cher*, tenemos que hablar. —Alain que ya estaba acostumbrado a las excentricidades de Valerie, la siguió con un suspiro resignado. No podía reprocharle nada, porque él era igual.

CAPÍTULO 50

ESTALLÓ LA BOMBA

Valerie había conseguido apartar a Alain en un rinconcito discreto del jardín, donde brillaban las luces cálidas de los faroles *art déco*.

Ramiro y Lupe, que siempre estaban alerta, se dieron de codazos al ver el siguiente movimiento de la francesa…

—Señora, la bruja se lleva al viejo chismoso a conspirar.

—Vamos, Ramiro, que esto huele peor que el incendio de Notre Dame. —La pareja se deslizó entre las sombras y se colocaron detrás de un seto, para escuchar mejor.

—Pega la oreja bien, querido… Esto podría ser mortal de necesidad para mi niña.

Valerie se inclinó hacia Alain con la voz entrecortada y le susurró al oído.

—*Alain… tu as toujours été mon ami, mon mentor*[65]*…*

—*Oh, mon ange, c'est vrai!*[66]

—*Et tu sais… Il y a quelque chose que je dois annoncer ce soir.*[67]

—Señora, la arpía dice que va a largar algo en público.

—Ay, mi madre, ¡qué mal me huele esto! —susurró en el oído de Ramiro. Valerie tomó las manos de Alain, se las besó y dejó caer la bomba con un susurro:

—*Je suis enceinte*. —El secretario de Lupe, casi se cayó de bruces al oír aquello.

—Señora, confirma que está preñada.

—¿*Queeeeeé* dices? Pero ¿de quién?

—¡Espere, un momento, que ya cae el bombazo! ¡Hostias qué guapo!

—Ramiro, hijo ¡qué boca!

—*Et j'aimerais…, que ce soit toi qui l'annonce à Alex, ici, devant tout le monde.*[68]

—Acaba de salir el gordo… Quiere que Alain le diga a Alex que van a ser padres, aquí delante de «*tó quisque*». —Lupe se tambaleó. El bolso de Chanel temblaba en su puño, como un pistola cargada.

—No me jodas…

—Le juro que no me atrevería, señora.

—Ramiro, déjate de gilipolleces, hay que evitar que esa loca monte el pollo…

—Demasiado tarde. Han salido dándose de patadas en el culo, en dirección al salón de baile.

***

Ya en la gran sala, Alain con los ojos vidriosos de felicidad, dio dos palmaditas para captar la atención de los invitados. Era feliz, porque la verdad es que estaba harto de hacer fiestecitas para celebrar la enésima estrella Michelin que le concedían.… Esto era mucho más divertido e implicaba a dos de sus mejores amigos.

—Señoras y señores, un momento, por favor. —Las conversaciones cesaron, la orquesta se detuvo. Mara y Alex, que estaban bailando, se giraron intrigados.

—¿Qué pasa ahora? —murmuró la mujer.

—Ni idea. —Alex cogió dos copas de champán de la bandeja de un camarero que pasaba entre los grupos ofreciendo bebidas y cócteles.

Alain se llevó la mano al corazón, de forma teatral, casi esperpéntica.

—Esta noche, celebramos la creatividad, el talento… Pero también el amor. —dijo en un perfecto castellano. Después lo tradujo al inglés y al francés.

—Ay, que viene, que viene… —Lupe cerró los ojos con resignación.

—Señora, prepárese para la detonación. —Ramiro se cruzó de brazos. Alain extendió los brazos como si estuviera bendiciendo a la multitud.

—¡Y qué honor más grande que anunciar una noticia maravillosa! —Mara sintió una punzada en el pecho. Algo dentro de su cabeza le gritó que aquella mierda, fuera la que fuera iba a ser catastrófica para ella…

—¡Que Alex y Valerie van a ser *papaaaaás*! —La alta sociedad rompió en aplausos, vítores, brindis y risas emocionadas, ignorando por completo la expresión de absoluto desconcierto de Alex.

—¿*Queeeeé*? —graznó Alex. Pero nadie le escuchó. Se acercó hasta Valerie.

Mara sintió que se mareaba. El murmullo del salón se convirtió en un zumbido lejano. La copa de champán que sostenía se inclinó en su mano temblorosa, derramando las burbujas doradas sobre su vestido. Vio a Valerie sonriendo con la pureza de una virgen en una pintura renacentista.

Los ojos de Alex relampaguearon con una furia desbordada.

—Valerie ¿qué mierda estás soltando por la boca?

—No seas así, *amour*, ahora todo el mundo lo sabe y no paran de felicitarnos. —Y así era, porque los aplausos continuaban, y los brindis por los futuros papás, también.

En la otra esquina de la sala, Lupe contempló cómo el rostro de su sobrina palidecía hasta adquirir un tono cerúleo y empezaba a caer de bruces.

—Señora, la señorita Mara se nos va. —Ramiro ya la había localizado y se dirigía directo hacia la joven.

—¡Cógela, Ramiro! —gritó Lupe. El mayordomo la atrapó en el último momento, evitando que su hermosa cara golpeara el suelo de mármol.

—¡La tenemos! ¡Vámonos de aquí, señora! —Ramiro levantó a Mara con firmeza y, con la discreción de un asistente inglés, la sacó del salón, sin que apenas lo notaran los invitados.

Pero Alex sí lo vio. Vio a Ramiro llevándose a Mara. Contempló a Lupe mirándole con furia asesina.

Y observó a Valerie disfrutando de su mentira.

A Alex le iba a estallar la cabeza.

Alain parecía emocionado hasta el punto de que vio correr dos putas lágrimas por sus mejillas, como si acabara de anunciar el embarazo de los reyes de Bélgica.

Alex en medio del torbellino, atrapado entre Valerie y la farsa monumental que acababa de orquestar, notó que el suelo se hundía bajo sus pies.

Porque sí.

Era cierto que había follado con Valerie.

Hasta hacía tres meses. Como lo era también que Mara por aquel entonces, no existía en su mundo. En el breve y caótico tiempo que llevaba conociéndola, le había robado hasta el alma. La amaba… Y por supuesto que usaba condón, desde los preliminares a pesar de que ella decía que tomaba la píldora… Y, aun así,

cualquiera de los métodos anticonceptivos podría haber fallado perfectamente.

—Valerie —murmuró con un tono letal que solo ella podía reconocer.

—*Mon amour*, no pongas esa cara. No es tan terrible. —Su mano se deslizó por el brazo de Alex en un intento de acercamiento cariñoso, pero él lo esquivó con asco.

—Te vas a hacer la prueba. Mañana.

—¿No piensas felicitarme, primero? —susurró, mientras los invitados seguían acercándose a ellos, celebrando la noticia…

—Sabes perfectamente lo que estás haciendo y no te lo voy a consentir.

—¡No seas tan vehemente! Dime ¿qué pensará la gente si mañana por la mañana aparecieras exigiéndome la prueba? Yo desde luego que se lo diría a Alain, mi confidente, y ya sabes lo «discreto» que suele ser…

—Eres despreciable. No pienso casarme contigo.

—No seas antiguo, por favor. Además, no te lo he pedido. Tampoco lo necesito.

—Voy a matarte, Valerie —susurró con una sonrisa helada. Pilló otra copa de una bandeja y se la bebió de un trago.

—No puedes, ahora serás un hombre de familia.

—No vas a joderme con un embarazo falso. No soy tu pareja. No te quiero, te odio.

—¿Conoces la ley de Brandolini? Verás te la cuento: Vas a necesitar un huevo de energía para deshacer mi supuesto bulo, mucho más que yo para propagarlo… Además, estoy embarazada.

Valerie se alejó con la elegancia de quien acababa de lanzar una bomba y no pensaba quedarse para ver el desastre que había producido.

CAPÍTULO 51

BUSCANDO A MARA

Alex no paraba de escudriñar entre los invitados, tratando de encontrar a Mara y a su familia… Ni rastro.

Las felicitaciones seguían lloviendo sobre él, a modo de palabras huecas de desconocidos con copas en la mano y sonrisas de plástico.

Frases del tipo: «Felicidades, Alex, qué gran noticia», o «Menudo bombazo, no me lo esperaba», le taladraban la cabeza. Él se limitó a asentir con una sonrisa tensa, murmurando agradecimientos sin detenerse demasiado. Necesitaba encontrar a Alain entre el mogollón de invitados. El anfitrión estaba como pez en el agua, rodeado de gente falsa, cascando y disfrutando de la atención que le brindaban los pelotas de turno.

—Alain. —El *chef* giró la cabeza con una elegancia casi teatral.

—*Mon cher ami*[69]! ¡Pero qué noche, qué revelación! ¡Un hijo! ¡Quién lo hubiera dicho! —Alex se tragó la bilis.

—Sí, claro. Alain, escúchame. La señora con la que llegaste al principio, la que iba del brazo contigo… Lupe, ¿sabes dónde está? —Alain ladeó la cabeza y le miró con suspicacia. Alex se tragó la impaciencia bajo una sonrisa.

—Se marchó antes de tiempo. Algo pasó con su sobrina… ¿Acaso la conoces?

—Sí, es una alumna del máster.

—Pues, *mon cher*, no soy su niñera, pero si tuviera que apostar, diría que se han ido al Ritz, a no ser que estén en urgencias, porque ¡mira que llevaba mala cara la muchacha!… —El hombre se quedó con la palabra en la boca, porque Alex desapareció entre los invitados, cruzó el salón sin mirar atrás y salió.

Cuando llegó hasta el coche, se montó y arrancó el motor en dirección al Ritz.

No podía ni se atrevía a pensar que estuviera en el hospital, porque se le revolvía el estómago.

Cuando llegó al hotel, dio las llaves al aparcacoches, entró de forma tranquila y natural cruzando el *hall*, hasta el mostrador de recepción, aunque sentía el pulso en la garganta.

—*Bonsoir*[70]. ¿Podría avisar a la señora Lupe Aguilar de que el *chef* González necesita hablar con ella?

—Un momento, *monsieur.* —El recepcionista le reconoció, alzó una ceja con interés y acto seguido marcó un número de teléfono y esperó. Comentó que la estaban esperando, asintió con cortesía y contestó:

—La señora bajará en un ratito.

—Gracias. —Alex no se podía creer en el puto teatro que había que hacer para ver a Mara. Se giró y se apoyó en una de las columnas del *hall*, con aire despreocupado.

Pero por dentro, estaba hecho polvo. Solo podía pensar en Mara.

***

Mientras tanto, la suite del Ritz parecía un gallinero en plena rebelión, después de la llamada de recepción indicando que Alex esperaba a hablar con Mara.

—¡Pero qué asco de hombre, qué asco de tipa, qué asco de todo! —bramaba Lupe, mientras daba vueltas ataviada con su batín de seda desabrochado, moviendo los brazos como si estuviera dirigiendo una orquesta. Mara con la mirada perdida en la alfombra persa, estaba fuera de sí.

—Lupe… Es que es muy fuerte, no tiene sentido.

—¡Pues claro que no! ¿Tú te crees que ese tío con esa cara y ese aire de perfección va a ir por ahí sin condón?

—Pero si se lo ha creído él mismo, Lupe. Que yo he visto su jeta: la de un tío que estaba haciendo cálculos a toda hostia y que se daba cuenta de que podía ser posible… ¡Que las gomas se pueden romper, *coñoooo*! —Mara bufó—. Mira, sé que le conocí hace menos de un mes. Sé que tiene una vida, que tiene un pasado. Pero esto es muy fuerte. No quiero volver a verle.

—¿Has perdido la cabeza? ¡Esto no puede acabar así!

—Sí que puede, y sí que se va a acabar. —Mara se levantó desesperada del sofá—. No pienso quedarme a contemplar cómo este tío se convierte en el marido atormentado de una arpía con un bebé, ¡que *noooo*!… ¡Que me da *perezaaaa*! ¡Que no quiero verle ni en *pinturaaaa*! ¡Que no voy a bajar a hablar con él ni harta de whisky!

—Pero que igual el bebé ni existe, niña.

—Me la suda, Lupe. Yo no juego a eso.

—Vale, Ramiro vístete. Vamos a bajar tú y yo a hablar con él.

CAPÍTULO 52

EN EL BAR HEMINGWAY

Sentados en una mesa apartada de uno de los bares más prestigiosos del Ritz y de París con dos copas de vino frente a ellos, Ramiro y Lupe aguardaban como dos jueces esperando la confesión de un acusado.

Alex entró con paso firme, pero su cara denotaba esa mezcla de agotamiento y rabia contenida que anunciaba una tormenta de las gordas, con aparato eléctrico incluido.

—Buenas noches.

—Ya veremos, González —soltó Ramiro a bocajarro. Alex bufó.

—Siéntese —indicó Lupe, «afilando» las uñas contra el cristal de la copa—. Nos interesa muchísimo saber qué demonios ha venido a decirnos.

—Necesito hablar con Mara. —Alex se sentó, se cruzó de brazos y los miró con calma.

—¿Para qué? ¿Para preguntarle que si «quiere bolsa»? —rezongó Ramiro…

—Pues va a ser que no. Está indispuesta —contestó Lupe, tajante.

—Lupe…

—¡Señora Aguilar para usted! No me tutee, que no hemos compartido más que un desastre social. —Ramiro se rascó la barbilla con teatralidad.

—Vamos a ver, explíqueme una cosa porque no me salen las cuentas. A menos que usted ande pinchando globos, ¿cómo mierda ha preñado a la arpía de Valerie? —Alex frunció el ceño, exasperado.

—¡No lo he hecho! —Lupe sonrió con malicia.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué es lo que pretende? ¿Que pensemos en putos milagros?

—No estoy diciendo eso. Solo que es imposible. —Ramiro alzó una ceja.

—Ajá… Pero, a ver, criatura, si el globo no se pinchó ¿usaba usted protección desde el principio o solo cuando estaba a punto de reventar? Porque mi abuela decía que antes de llover siempre ¡chispea! —Ramiro se quedó relajado después de soltar aquello.

Alex apretó la mandíbula. «Pero ¿qué coño de interrogatorio inquisitorio era aquel?», pensó. Él amaba a Mara, tragaría aquella patochada y más, si fuera necesario…

—Ha pasado que Valerie es capaz de cualquier cosa. —Lupe chasqueó la lengua, divertida.

—Ah, pues eso sí que podemos creerlo.

—Sigue quedando una cuestión importante. —Alex se tensó, ante la frase de Ramiro.

—¿Cuál?

—Las ITS, señor mío. Que, con tanto chispeo, ¿cómo sabe usted que no le han dejado un *souvenir* [71]inesperado?

—Le voy a consentir por su edad, la pregunta, pero me voy a permitir no responderle por respeto a sus canas. Soy una persona culta, leída y responsable, me cuido mucho de no meter la polla…

—¡Alto ahí! ¡A mí no me llama vieja! ¡Los que no consentimos somos nosotros! Ramiro, levanta el culo de la silla que nos piramos. Con semejante chusma no vamos a hablar, así que, ¡apáñeselas caballero con madame Valerie, que me temo que tiene mucha plancha con ella!

CAPÍTULO 53

AL SALIR DE CLASE…

Alex cerró la puerta del despacho de Valerie con un golpe seco y se quedó de pie frente a ella, con los brazos cruzados. Su paciencia tenía fecha de caducidad, y había expirado hacía horas.

—Me has metido en una situación de mierda que yo no pedí. —Valerie, que estaba sentada con la pierna cruzada, en el sofá, tecleando en el móvil, alzó la cara y le dedicó una sonrisa indolente.

—*Mon amour*, ¿de qué hablas? —Alex resopló.

—De tu numerito de mierda, Valerie. De anunciar un embarazo que sabemos que es una puta mentira delante de todo el maldito París.

—¿Y qué propones? ¿Que me haga una prueba en el baño de estas instalaciones? No seas vulgar, Alex.

—No voy a seguirte el juego. —Valerie dejó escapar una risa suave, como si él fuera el niño caprichoso.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Dejarme? ¿Exigir una prueba? ¿Exponerme públicamente? Para ti también sería un escándalo. Eres un simple *chef*, un tío que ha conseguido moverse en este mundo, porque yo te di la mano. —Se levantó dio unos cuantos pasos y se sentó en el sillón de detrás de su mesa.

Él se acercó y apoyó las manos sobre la superficie de cristal, con el rostro a menos de diez centímetros del de Valerie.

—Tú no me diste nada. Me soportaste porque te convenía. Porque soy un accesorio más en tu colección de cosas, que te hacen parecer más importante, delante de esta sociedad de mierda.

—Te quiero, Alex. —Él soltó una carcajada seca.

—Me quieres como quien quiere un bolso de Hermès. Si te dejo, será un problema de imagen, no de sentimientos. —Valerie se

quedó en silencio un par de segundos. Luego se levantó con calma y se acercó a él.

—No seas cruel. —Alex negó con la cabeza.

—No lo soy, pero tú, sí. Siempre has sido una pesada, más que un kilo de mierda en las pestañas. Y ahora, con esto, ya me das asco.

—Si quieres pruebas, las tendrás. —Alex levantó la mano.

—No me hagas reír. Una que no fuera de ahora mismo, no me valdría, junto con su ecografía… No sé qué crees que vas a ganar con esto, pero te lo voy a dejar claro a ti y a tu ley de Brandolini: me piro.

—¿Cómo que te piras?

—Que me voy del máster. No pienso quedarme aquí para aguantar tus numeritos. Me das pereza.

—No seas infantil, Alex. No puedes irte. Tu carrera está aquí, tu reputación…

—Mi reputación está en la cocina, no en tus putas fiestas, y ahí es donde voy a volver.

—Alex, por favor, vamos a calmarnos.

—Que no me calmo, ¡*coñooo*! Que todo esto es una puta mentira para joderme, que al contrario de muchos de esos idiotas que salen huyendo como ratas del barco cuando les dicen que van a ser padres, yo estaría encantado de ver las pruebas que no piensas hacerte Se acabó el teatro, Valerie. Búscate otro imbécil.

CAPÍTULO 54

DE VUELTA AL APARTAMENTO

Cuando llegó a la tercera planta del bloque de apartamentos, Alex volvió a llamar a la puerta de Mara. Al cabo de un rato Lupe, después de cotillear por la mirilla, abrió la puerta y Alex entró como una centella.

—¡Madre de Dios! ¡Qué bochorno! ¿Cómo ha podido alquilar este zulo inmundo a mi sobrina? —Ramiro, que estaba reclinado contra la mesa con los brazos cruzados, se sumó a la masacre:

—Un cuchitril. Esto no es un piso, es un armario con complejo de celda. —Alex apretó la mandíbula y echó un vistazo a la habitación. Vale, era minúsculo, sí, pero tampoco era para tanto.

—A ver…

—Ni una celda de Soto del Real. —Alex suspiró. Contó hasta veinte.

—¿Mara está? —Lupe alzó la barbilla con altivez.

—Se ha ido a Madrid. —Alex experimentó lo mismo que si le hubieran dado una patada en el cielo de la boca.

—¿Cómo? —Ramiro señaló la mesa donde había una mochila medio abierta.

—Hemos venido a recoger su ordenador, ya ve, se le ha olvidado —dijo señalando al portátil. «Una mierda», pensó Alex. Se olía la trola desde la puerta.

—No me lo creo. —Lupe puso los ojos en blanco y levantó la mano para pararle los pies.

—¿Y a mí qué más me da lo que usted se crea? ¿Con qué cara viene usted aquí? Jugando a dos bandas con esa bruja carroñera y con mi Marita.

—Vergüenza le tenía que dar —recalcó Ramiro. Alex miraba a uno y a otro con cara de incrédulo.

—¡Pero si saben que esto no es más que una farsa!

—¿Seguro? —Lupe entrecerró los ojos.

—¡Por supuesto que sí! —Ramiro se acarició la barbilla y añadió:

—Entonces lo que viene a decirnos es que es usted un golfo, pero al menos uno con control de natalidad. —Alex estaba cansado, muy cansado…

—Estoy enamorado de Mara. —El apartamento quedó en silencio, y en el miniváter, Mara se tapó la boca con ambas manos, para evitar que se le escapara un grito.

***

Ramiro sacó una libreta y un bolígrafo de la mochila donde estaba guardado el portátil, con la parsimonia de un inspector de Hacienda a punto de desmontar una declaración sospecha.

—A ver, señor González… —empezó, humedeciendo la punta del bolígrafo con la lengua—. Vamos a proceder a un pequeño interrogatorio.

—¿Perdón?

—Sí, sí. Esto es un protocolo estándar. Dado que mi señora y yo tenemos un olfato digno de una máquina de la verdad, es nuestro deber asegurarnos de que sus intenciones con Mara son las adecuadas. Tome asiento en ese… En eso —dijo Ramiro, señalando el sofá.

—Pero ¿quién se cree que es? —Alex estaba al borde del colapso. Lo que le faltaba. Se había despedido del máster y de Valerie y ahora tendría que rendir cuentas a estos dos perros

sabuesos que protegían la entrada a los aposentos de la princesa Mara.

—El secretario de Mara. Y ahora, menos preguntas y más respuestas. —Ramiro golpeó la libreta con el boli y lo miró con severidad—. Primera pregunta: ¿cuándo fue la última vez que se acostó con la bruja carroñera?

—¡*Buenooo*! ¿Otra vez?

—Anotamos: «titubea, ergo, algo esconde».

—¡*Joooder*! ¡Hace más de dos meses! ¡Antes de conocer a Mara!

—Responde rápido y con seguridad.

—Puede ser un mentiroso hábil —replicó Lupe, frunciendo los labios—. Hazle otra pregunta.

—Bien. Segunda cuestión. —Ramiro le taladró con la mirada —. ¿Cuándo se dio cuenta de que estaba enamorado de la señorita Mara?

—Se lo dije a Mara en el *bateau mouche*.

—*Mmmmm*… Romántico. —Lupe puso los dedos formando un corazón y sonrió.

—Vale, aquí viene la cuestión clave: ¿qué demonios piensa hacer ahora?

—Encontrar a Mara. Haré lo que haga falta para que me crea.

—¿Y qué garantías tenemos de que no nos está contando una milonga?

—He dejado el máster. Vuelvo a mi restaurante. No puedo más.

CAPÍTULO 55

SALIENDO DEL VÁTER

Cuando la puerta se cerró tras Alex, en el aire flotaba un silencio espeso. Lupe giró hacia la puerta del miniváter…

—Ya puedes salir, niña… —Mara apareció con cara de funeral.

—No me miréis así, me voy.

—Ay, hija, qué terca eres.

—Vamos a ver, si tan enamorado está, ¿qué solución pone a lo nuestro? En París, con su vida tan organizada, tan perfecta…

—Y usted, señorita, ¿acaso se ha planteado quedarse aquí si todo se soluciona?

—No, Ramiro. No es lo mismo. El ya tenía su vida aquí… Yo solo vine a hacer un máster, ¡y el máster se ha ido a la mierda! ¡Todo esto es ridículo, surrealista, es…!

—Es la vida, hija. A veces te tira un cubo de agua fría encima de la cabeza, cuando menos te lo esperas. —Lupe se levantó con aire solemne y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Mara resopló, conteniendo las lágrimas.

—No quiero volver a sentirme así.

—¿Así cómo?

—Como en Madrid, como aquí… ¡Dios!

CAPÍTULO 56

DE VUELTA A LA CASILLA DE SALIDA

Mara había vuelto a Madrid y se había instalado en casa de Lupe. No tenía donde caerse muerta. No podría pagarse ni una puñetera habitación, si no contaba con la ayuda de su tita.

Lo primero que hizo cuando llegó fue buscar un trabajo. Con la experiencia que tenía, eligió un par de pubs y unas cuantas coctelerías para mandar su currículum. En seguida la llamaron de una coctelería…

Eran las seis de la tarde. El dueño, Gorka, la estaba esperando. Era un chico rubio, alto, de ojos castaños y parecía muy simpático cuando la recibió.

Mara estaba de los nervios… La entrevista con Gorka no podía ser tranquila porque había engordado la experiencia profesional hasta el infinito y más allá… Necesitaba currar cuanto antes mejor.

Se sentaron en una mesa, en un rincón de la coctelería, él con su café, ella con un zumo de naranja que no había pedido, pero que Gorka le había puesto delante de las narices porque según él, tenía cara de resaca o de haber cruzado el desierto.

—Entonces, Mara, cuéntame de ti. Experiencia, formación… Cosas normales de una entrevista de trabajo. —La chica tenía ganas de decirle que, si no había leído el currículum, pero se calló. Sonrió con inocencia. Lo tenía todo perfectamente controlado.

—Bueno, pues llevo años en el mundo de la coctelería, pero de una forma un poco… Ecléctica.

—Y, eso ¿qué es? —La miró con los ojos como platos. La verdad, es que el chico jamás había oído aquel «palabro».

—Pues que he trabajado en sitios, digamos, peculiares. Por ejemplo, en Londres fui jefa de barra en un club clandestino que solo abría los martes y donde servíamos únicamente cócteles

dependiendo del horóscopo chino. No cotizaron por mí, claro. —Gorka soltó una carcajada.

—¿Me estás diciendo que servíais un cóctel especial para los nacidos en el Año del Buey?

—Sí, claro. Se llamaba «Toro Envenenado» y llevaba whisky, jengibre y un poco de angustia existencial en forma de guindilla. —Gorka negó con la cabeza, sonriendo. Mara estaba como un flan.

—Vale. ¿Y en París? —Mara tragó saliva, pero trató de no inmutarse.

—En París fue más elegante. Trabajé en un evento privado en el que tuve que diseñar una carta de cócteles inspirada en las novelas de Víctor Hugo. También me pagaban en negro. —No había manera de demostrar nada, así que en cada pregunta se la jugaba una y otra vez.

—Claro que sí, guapi —murmuró Gorka, apoyando la barbilla en la mano. El hombre ya tenía la mosca detrás de la oreja—. ¿Y qué llevaba el de «Los Miserables»?

—Pues es que ahora, no me acuerdo, la verdad. —Mara le sostuvo la mirada, con la seguridad de que aquellas chorradas no se las tragaba ni con un buen chupito de tequila… Gorka se echó a reír.

—Me caes bien, Mara… ¡Pero menuda inventada! Mira, lo que necesito de verdad son personas que sepan moverse detrás de la barra, que tengan actitud y aptitud y que no me salgan rana. Odio a la gente trucha.

—Soy tu chica.

—Vale, empieza el viernes. Si veo que lo haces bien, que no has envenenado a nadie, seguimos hablando, ¿*ok*? —Mara sonrió de oreja a oreja. Había conseguido el curro… Al menos un día a prueba. Necesitaba el dinero como el respirar, y mantenerse ocupada todo el rato, para no pensar en su vida de mierda…

CAPÍTULO 57

VIERNES NOCHE. PRUEBA DE FUEGO

Gorka la había puesto a prueba en su coctelería de Huertas, un local con ambientazo y una clientela que podía beberse el Nilo en media hora.

—Mara, cariño —le dijo, apoyado en la barra, con esa media sonrisa de «sé que me estás timando, pero me divierte verte intentarlo»—. Esta es la cuestión: si sobrevives a la primera noche sin incendiar el local, sin que te dé un ataque de ansiedad y sin que me monte un numerito algún cliente, te quedas.

—¿Y si monto yo el numerito? —preguntó ella con cara de angustia.

—Si es divertido, te contrato. —Y ahí la dejó, con un delantal negro, una barra atestada de botellas y una primera comanda de cócteles con nombres imposibles.

***

A las doce de la noche, la coctelería estaba «hasta las patas». La música a toda hostia, los camareros corriendo de un lado a otro y los clientes pidiendo cócteles y chupitos como si no hubiera un mañana.

Mara se movía rápida, elegante y con el descaro de quien finge tenerlo todo bajo control. Los primeros cócteles los preparó de memoria, eran los clásicos de siempre: mojitos, whisky *sour*, negronis… Hasta que llegó el primer imbécil de la noche.

—Quiero un eclipse de Saturno. —Mara parpadeó.

—¿El qué?

—Me lo hicieron una vez aquí. Lleva ginebra algo de violeta y espuma de mango. —Mara no tenía ni puta idea de cómo se hacía aquello, pero sonrió con profesionalidad.

—¡Por supuesto! Un clásico. —Mara improvisó. Mezcló ginebra con un licor de color violeta que encontró, agitó hielo, coló el líquido en su copa y, como toque final, puso un arándano flotando y lo roció con un poquito de absenta.

—Aquí tienes, el original. —El tío lo probó

—Joder, está de muerte…

***

A la una, la coctelería era un puto caos. Mara ya se había aprendido la ubicación de las botellas casi sin mirar, había lidiado con clientes plastas, hasta que llegó el «cuñao cierrabares» que intentó ligar con ella.

—Eh, máquina, enséñame a hacer un cóctel de esos. —Mara sin dejar de agitar la coctelera, lo frenó con un brazo en el pecho.

—Lo siento, el curso vale quinientos pavos y solo son los lunes.

—Venga, tía, no seas borde… —Intentó pillarle la coleta con la mano. Pero ella le agarró de las solapas de la cazadora haciéndole tropezar hacia delante…

—Pero si no puedes ni poner un pie delante de otro, cómo quieres que te enseñe a hacer un cóctel… Anda, pírate.

—Me estás haciendo daño.

—Pues piénsalo antes de abrir la bocaza, porque soy cinturón negro de karate. —El imbécil se fue rezongando.

A las cinco de la mañana, cuando ya estaban recogiendo y haciendo caja, Gorka se acercó con dos chupitos de mezcal y le ofreció uno.

—Eres buena. Me gustas. Empiezas el martes. —Mara brindó con él.

Rezaba muy fuerte, para no cagarla como con Los Manolos o como en París…

CAPÍTULO 58

INDIRECTAS Y COTILLEOS

Mara se arrastraba por los pasillos de la mansión de Lupe que ahora le había dado un aire *art déco*, cambiando toda la decoración egipcia en menos de diez días.

Mara estaba agotada y su tía y Ramiro, lejos de consolarla, se dedicaban a lanzarle indirectas cada vez que respiraba. Eran las doce del mediodía. Cuando llegó a la cocina, se tiró de cabeza a un taburete para que su tita le sirviera el café, si podía ser en vena, mejor.

—Niña, ¿sabes? He leído en alguna parte que los *chefs* con formación francesa son como los vinos caros, se cotizan mejor cuando maduran —soltó Lupe mientras Mara intentaba desayunar un café en paz.

—Y que a veces las botellas caducan y no valen ni para vinagre… —remató Ramiro, dándole vueltas al café con una cucharilla de plata y la mirada cargada de intención.

Mara resopló, fingiendo que no entendía ni una mierda…

—Os agradecería que, en lugar de comparaciones enológicas, me pasaseis el azúcar.

—Azúcar, dice… —Lupe suspiró, pasándoselo con dramatismo —. Si eso es lo único que le falta a tu vida, hija, estamos apañadas.

Mara fingió que no escuchaba y miró el móvil. Tenía un wasap de Gorka:

«Esta noche tenemos jaleo. Ven descansada».

Suspiró. El nuevo curro le estaba sirviendo para distraerse y, aunque al principio le costó adaptarse, en menos de un mes se ajustó a los horarios y a trabajar de noche. Había sobrevivido, o eso creía, porque de vez en cuando y si la chinchorreaban Lupe y

Ramiro, le entraban unas ganas locas de coger el móvil y… ¡Le echaba tanto de menos!

—¿Quién es ese Gorka? —preguntó Lupe, que había echado un vistazo al móvil de Mara.

—Es mi jefe, ¡pesada!

—Ah… ¿Y está bueno? —preguntó Lupe, dando un sorbito a su té.

—Rubio, ojos castaños, juerguista, sin compromisos. Nada que ver con… —se calló a tiempo, pero la pareja que cazaba las ideas al vuelo se dio cuenta al instante.

—Nada que ver con ¿quién? —canturreó Ramiro, alzando una ceja.

—¿Con un *chef* tal vez? —añadió Lupe, golpeando la cucharilla en el borde de la taza. Mara se levantó con el café en la mano, huyendo de aquella encerrona.

—Me voy.

—¡Dale recuerdos a Gorka! —se despidió Lupe con un tono cantarín.

—Sí, dile que no te explote mucho, que aún no hemos decidido si nos gusta o no —rezongó Ramiro. Mara salió dando un portazo.

CAPÍTULO 59

MÁS TARDE EN LA COCTELERÍA…

Entre vasos, luces tenues y música de fondo, Gorka se acercó cuando la vio distraída, apoyada en la barra después de preparar un combinado. Estaba totalmente ausente.

—¿En quién piensas? ¿En él? —Mara levantó la vista bruscamente.

—¿Perdona? —Gorka se encogió de hombros y la sonrió.

—Llevo mucho tiempo en esto, Marita. No hay nada como una historia que acabó mal, para joderte el día. —Ella se cruzó de brazos.

—Yo no tengo ninguna historia —mintió con descaro.

—Sí, claro y yo soy monje franciscano. —Mara le lanzó una bayeta a la cara, pero se rio. Por primera vez, en semanas, sintió que, quizá, poco a poco, podría empezar a dejar de doler.

***

Después de barrer, fregar y reponer, Gorka se quitó el delantal y se acercó a la barra. Los camareros se habían marchado. Eran las cuatro de la mañana.

—Venga, te llevo. No te vas a ir sola a estas horas.

—Puedo coger un taxi.

—No, no puedes. Vamos. —Mara aceptó. Cogió el bolso y la cazadora del cuarto donde guardaban sus efectos personales. Gorka bajó la persiana, no sin antes pillar un casco para Mara que guardaba en su oficina.

La moto de Gorka rugía con fuerza, mientras se deslizaban por las calles de Madrid. Mara le había pasado la ubicación de su casa por wasap. La chica rodeando la cintura de él, experimentaba algo

parecido a la ligereza… Se le cruzó una imagen de Alex, pero enseguida la desechó.

Cuando la moto se detuvo frente a la mansión, Gorka se quitó el casco y se quedó mirando el portón de hierro forjado y la imponente fachada de la casa. Sus ojos se agrandaron como si estuviera viendo un baúl del tesoro.

—Pero bueno, Marita… ¿Qué cojones? ¿Tú vives aquí? —Ella que ya se había quitado el casco, se encogió de hombros.

—Con mi tía y su secretario. —Gorka soltó una carcajada y se bajó de la moto con elegancia, mirándola con nuevos ojos.

—¡Coño! Y yo pensaba que vivías en un pisito compartido de mala muerte con ducha en la cocina. —Mara bufó.

—Sí, porque mi vida es puro lujo y desenfreno…

—Igual deberíamos celebrarlo… Ahora que me has traído hasta aquí, ¿qué tal si me invitas a la penúltima?

—¿Ahora?

—Claro, algo ligero… Y lo que se tercie —añadió con una sonrisa, inclinándose lo justo para susurrarle al oído.

—¿Eres siempre así de predecible?

—No, mujer. Venga que seguro que tienes una botella de algo decente por ahí.

—Si te digo la verdad, vivo con mi tía y es un poquito especial. Lo mismo nos hace un tercer grado antes de dejarnos pasar.

—Tranquila. No seré malo. — Mara puso los ojos en blanco, pero lo cierto es que pensándolo mejor, la idea de terminar la noche con un chupito de algo, no le sonaba tan mal.

—¡Vale, una copa! —sentenció, señalándole con el dedo—. Luego te piras.

—*Ok*.

En cuanto cruzó la puerta, Gorka sintió que había metido el pie en otro mundo. Sus ojos escanearon la entrada con una rapidez digna de un tasador profesional. Las lámparas de araña y de Tiffany en las mesas accesorias, las molduras doradas, los muebles… Aquello no era una casa, era un puto palacete.

Intentó mantener la compostura, pero por dentro su cabeza hacía cálculos a toda hostia. Allí había pasta, pero mucha… La sonrisa de conquistador se ensanchó, mientras Mara dejaba las llaves sobre un bargueño con incrustaciones de nácar.

—Hostia, Mara —dijo con fingida indiferencia—. No me habías dicho que vivías en Versalles.

Mara bufó quitándose la cazadora.

—Es lo que toca. Antes andaba decorado todo esto como si fuera el palacio de Nefertari. Ahora le ha dado por el *art déco*. —Gorka asintió, aunque en realidad le importaba una mierda, si aquello era *art déco*, barroco o romano. Lo único que le interesaba era lo que valía. Los ojos calculaban a toda velocidad: las estatuas, los jarrones, las mesas de mármol… «Hostias, que hasta los ceniceros parecían reliquias», pensó.

—Bueno, bueno… —musitó, echando un vistazo como quien no quería la cosa. —Se ve que la tita tiene buen gusto.

—La tita tiene dinero, que no es lo mismo —corrigió Mara, mientras se dirigía hacia un mueble bar. Gorka la siguió con la mirada, pero en su cabeza ya se ideaban cantidad de planes, «Aquí hay que trincar algo, no sé el qué, pero algo», se dijo a sí mismo.

—¿Te apetece esto? —preguntó ella enseñándole una botella de Johnnie Walker Blue Label.

—Sin hielo, por favor.

—Vale, vamos al jardín. —Abrió las puertas correderas. La noche era cálida. Gorka se sentó en una de las hamacas, y se sacó del bolsillo de la cazadora… «¿Qué *coñooo* era *esoooo*?» gritó el cerebro de Mara.

—¿Quieres?

—Pues no.

—Relájate, reina. Solo es un toquecito para iluminar la noche. Nos los merecemos. —Se acababa de sacar de la cazadora un pollo, y de la cartera una tarjeta, un billete de diez euros y un espejito. Con toda la parsimonia del mundo, el tío se había alineado dos rayas de perico… Pero, «¡si era un puto *farloperoooooo*!», se dijo escandalizada.

—Tienes la sutileza de un ladrillo, ¿lo sabías?

—Venga, no te hagas la santa. No me creo que no te hayas metido alguna vez en una fiestecita, una rayita de esto. —Con la habilidad de un veterano, enrolló el billete y aspiró una de las líneas con un movimiento rápido. Luego, se pasó el dorso de la mano por la nariz y sonrió—. Joder, necesitaba esto.

Se acomodó en la hamaca, dejando que el subidón le recorriera el cuerpo. Luego se inclinó hacia ella con esa sonrisita medio depredadora.

—¿De verdad que no quieres?

—No necesito esa mierda para pasármelo bien. —Mara estaba tiesa, como si le hubieran metido un palo por el culo. Estaba jodida, dolida y cabreada con el puto mundo. Donde ponía el ojo… ¡Ahí no era! No hacía más que mirar hacia arriba, hacia la terraza de la habitación de la tita. Estaba todo apagado. Tenía unas ganas horrorosas de que ese tío se pirara dándose patadas en el culo…

—No te preocupes. Ya me voy…

—Si no te importa. Estoy muy cansada. —Gorka se despidió de Mara, un par de minutos más tarde. Recogió sus trastos y la besó en la mejilla.

Cuando salió de la casa, guardó el casco en el baúl, se puso el propio y arrancó. Mientras el motor rugía suavemente, sacó su móvil y envió un mensaje:

«Tengo la solución. La pasta la tendréis en cinco días».

Gorka se sacó del bolsillo del vaquero unas llaves…

Las que había dejado Mara encima de un mueble con incrustaciones de nácar.

Había sido sencillísimo.

Menuda tolili.

Mientras el viento le azotaba el cuerpo en la carretera, Gorka repasaba mentalmente lo que había visto en la mansión. No había hecho falta ser un genio para darse cuenta de que allí había pasta, y mucha. Durante la copa que le sirvió Mara en la terraza, su instinto se puso en alerta.

En la sala principal había visto una serie de fotografías enmarcadas: La vieja con vestidos elegantes, rodeada de gente importante, pero lo que más le llamó la atención fueron las joyas: collares gordos de perlas y algo que brillaba como un diamante, anillos con pedruscos que parecían sacados de un museo, pulseras de oro… En una de las fotos además observó que la mujer llevaba una tiara que no desentonaría en la realeza. Ahí estaba el premio gordo.

También había escaneado rápidamente el equipo de seguridad: cámaras en las esquinas de la entrada principal, sensores en las puertas y seguramente un sistema conectado a una central de alarmas. Pero nada era infalible. Lo importante era saber los

movimientos de la casa. Le había venido Dios a ver, porque se estaba jugando las pelotas.

CAPÍTULO 60

MIRANDO AL TECHO

Mara se dejó caer en la cama como un saco de patatas, mirando al techo con los brazos abiertos, en cruz, y una mueca de asco en la cara.

—Pero es que nunca voy a aprender… —murmuró en voz alta, sintiendo que la indignación le subía por la garganta en forma de bilis amarga.

El muy cerdo había sacado un pollo en casa de su tita, como si estuviera en un puto *after*, y sin pedir permiso… SIN PEDIR PERMISO.

«¿De qué hueco habría salido esa cucaracha?» se dijo, mientras abrazaba la almohada como si estuviera estrangulándola.

El tío había puesto cara de póker, como si ella fuera idiota y no se diera cuenta de que iba a lo que iba… Como todos.

Se sentía sucia, usada, como si la vida le estuviera gastando la misma broma una y otra vez.

Pensaba que no había un solo tío en este planeta que no fuera un machirulo, un manipulador o un mentiroso de mierda.

Se levantó de golpe y fue a activar la alarma de la casa con más fuerza de la necesaria, como si con eso pudiera protegerse de todo lo que le daba asco en el mundo.

De vuelta a su habitación, en la planta baja, se tiró en la cama de nuevo, furiosa consigo misma. Cerró los ojos con fuerza, aunque sabía que no iba a dormir ni un segundo.

***

Lupe y Ramiro se habían quedado mudos… Habían visto todo a través de los cristales del ventanal del pasillo de la planta superior. El espectáculo que acababan de presenciar era de traca.

A Lupe no se le iba de la cabeza su Mara, después de todo lo que había pasado con los Manolos, su escarceo en París, el drama con Valerie y ahora el impresentable de Gorka.

Ramiro y ella estaban en la salita azul con una lucecilla indirecta que apenas daba para iluminarles la cara.

Lupe, que nunca había sido una mujer de quedarse callada ante un escándalo, empezó a dar vueltas por la habitación como un tigre enjaulado.

—Pero ¿qué ha hecho mal Mara, Ramiro? ¡Esto es una locura! ¡El macarra ese esnifando en mi casa!¡Se ha sentado con sus santos cojones en mi hamaca, se ha descalzado poniendo las pezuñas en mi *céspedddd*!—El asistente, más tranquilo, pero igualmente preocupado, se acercó a la ventana y reflexionó… Mara se había metido en una espiral peligrosa y él no quería que la niña sufriera más.

—Probablemente es el típico «ir de mal en peor», ya sabe, siempre se acaba buscando una salida rápida a lo que duele, en vez de enfrentarse a ello.

—Gorka es un jeta, un chulo, un *colgaoooo*, y quizás algo más que aún no sabemos.

—Señora, vamos a tener que hablar con ella… Pronto. A ver si la podemos encauzar un poco antes de que toda esta bola de nieve se convierta en un alud. La señorita Marita ha pasado a la siguiente pantalla del juego: una de nivel superior de cagada.

CAPÍTULO 61

EN OTRO LUGAR DEL MAPA…

Alex no podía dejar de darle vueltas a la perola. Estaba en su casa de las afueras de París, alejado de todo, porque el apartamento de *Le Quartier Latin*, le recordaba demasiado a todo lo que había pasado. Los recuerdos de Mara los tenía clavados en el corazón y lo peor de todo era que no entendía por qué no quería hablar con él. Estaba seguro de que ella estaba enamorada igualmente, aunque no fuera capaz de admitirlo. El follón de Valerie iba a terminar tarde o temprano. Eso a él se la traía floja, mañana mismo sin ir más lejos, iría a recoger todos los bártulos de su despacho. El trabajo que desarrollaba le permitiría establecerse en cualquier lugar del mundo: su experiencia, su estrella Michelin, los tres idiomas que hablaba a la perfección, y sin embargo, solo quería estar con Mara.

Se sentó en el sofá que había en su habitación. La chimenea estaba encendida. En París seguía haciendo mucho frío, a pesar de que había comenzado el mes de abril. Cogió el móvil que había dejado en la mesita baja. Escribió rápidamente un nuevo wasap… Mara no le había respondido ni a uno solo de los que le había mandado, pero él no perdía la esperanza…

ALEX

«*Mara, sé que no me has cogido el teléfono, pero necesito que hablemos. Me he estado planteando muchas cosas, he dejado el máster, me he alejado de todo. Quiero verte, aclarar lo que pasó… Lo de Valerie no tiene ni pies ni cabeza, solo quiere tenerme debajo de la suela de sus Louis Vouitton. Por favor, respóndeme. Te amo*».

Después de enviar el wasap, no pudo evitar quedarse mirando la pantalla. Se pasó un buen rato leyendo una y otra vez lo que había escrito, hasta que la ansiedad le empujó a mandarle un mensaje de voz…

«*Mara, sé que no quieres saber nada de mí, pero, no puedo quedarme con esta sensación que me tiene destrozado. Lo de*

Valerie es una puta mentira, lo sabes. Lo que me importa, de verdad, eres tú. Te amo, si te he hecho daño, te pido perdón. Necesito saber de ti».

Dejó el móvil encima de la mesa y se recostó en el sofá, mirando el techo en un intento de calmar la tormenta que sentía en el pecho. Tenía que hacer algo, no podía seguir perdiendo el tiempo.

Necesitaba a Mara en su vida y no pensaba dejarla escapar.

CAPÍTULO 62

MANOS A LA OBRA

Alex estaba en su despacho, metiendo sus cosas en una caja con la precisión de quien ya no quiere dejar ni rastro de su existencia. La tablet, el portátil, las memorias USB, sus plantas, los decantadores, las pipetas, los cuchillos de precisión…

El teléfono sonó y miró la pantalla con el ceño fruncido. ¿Quién cojones le llamaba al teléfono fijo de su despacho a las ocho y media de la mañana? Suspiró y contestó:

—*Oui*?

—¿Profesor González? —La voz era firme, elegante y con un deje aristocrático que hizo que se tensara. Al segundo siguiente, se calmó porque le hablaba en español.

—Sí, soy yo.

—Soy Lupe Aguilar, tía de Mara. —A Alex le dio un vuelco el corazón. Se sentó en el sillón.

—Lupe… Señora Aguilar, ¡qué sorpresa!

—He pensado que puedes tutearme, acabo de cambiar de opinión. Llamo porque quiero hablar contigo.

—¿Sobre Mara?

—Sobre ti, en realidad. Quería saber si seguías en la facultad. —Alex se quedó en silencio durante un instante.

—Estoy recogiendo mis cosas. Me voy.

—Vaya, así que Valerie ya no te presiona.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque lo último que quiero es que esa arpía vuelva a meterte en otro follón —dijo Lupe con una franqueza que le

descolocó—. Pero eso no es lo importante. Quiero saber qué pasa con Mara.

—Eso mismo me gustaría saber a mí. No responde a mis llamadas, ni a mis mensajes.

—Bueno, ya la conoces… A veces es más terca que una mula. —Alex se masajeó la nuca. Le estaba empezando a doler la cabeza.

—¿Está bien?

—Mira, muchacho…, no te llamaría si no creyera que aquí hay un problema, uno muy gordo y serio.

—¿Qué problema?

—Uno muy feo. —Lupe suspiró, como si no quisiera soltar prenda—. Lo último que deseo es que mi sobrina termine metida en una historia muy turbia.

—¿Qué ha pasado? —Alex sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo. Se puso en pie de un salto.

—Si lo supiera con certeza, no te estaría llamando, pero mis sospechas me tienen en vela desde anoche. —A Alex le iba a dar un parraque.

—Le pido por favor, que me lo diga ya. —Lupe hizo una pausa y luego soltó del tirón:

—Creo que hay un indeseable rondándola. Y me huele mal, muy mal. —Alex notó cómo le subía la bilis hasta la boca.

—Voy para Madrid.

—Queda un asiento para el vuelo de las diez y media de la mañana en *business*. Ya te he pillado el billete. Ramiro te lo pasará por correo electrónico en cuanto me des la dirección. Deja todo lo que tengas entre manos. Te esperamos en el Café Gijón a la una y media para charlar. Me debes quinientos euros del viaje.

CAPÍTULO 63

EN MADRID…

El Café Gijón tenía ese aire decadente y literario de otra época, donde las historias flotaban junto con el aroma de los aperitivos. Alex llegó puntual, con el ceño fruncido, y el rostro preocupado.

En una mesa apartada, Lupe y Ramiro ya le esperaban. Alex se quitó el abrigo y se dirigió hacia la pareja, que enseguida vislumbró entre los clientes.

Le dolía la cabeza a reventar y el vuelo no había ayudado en nada a aliviarle.

—Necesito algo que me quite la migraña. —Alex se sentó al lado de la ventana. Ramiro sacó del maletín una caja de pastillas que siempre llevaba en caso de que su señora las necesitara, porque ella también padecía de cefaleas.

—¿Es alérgico a algo?

—No, deme una, se lo ruego. —Alex tomó la píldora con un poco de agua que le trajo un camarero.

—Ahora, querido, vamos a lo que nos ocupa.

—Adelante…

—Mara está trabajando en una coctelería. La muy bruta quiere devolverme el dinero que le di para pagar el máster…

—Señora, es que usted se lo prestó… —Ramiro alzó una ceja, haciendo hincapié en que Lupe era un poco agarrada.

—¡Ay! Ahora no me vengas con esas. Estoy arrepentidísima de haberme portado así con mi sobrina. El caso…

—El caso, señor González —interrumpió Ramiro a su señora—, es que Gorka, el jefe de Mara, la acompañó hasta casa, después de

que cerrara el negocio. Eran las cuatro de la mañana.

—Lo vimos, Alex. Lo vimos todo. —Lupe bajó la voz hasta un tono dramático—. Ese tío, en nuestra casa, en nuestra terraza, ¡se metió una raya por la tocha como si estuviera en su puto salón!

Alex apretó los puños sobre la mesa.

—Mara no… —Lupe levantó la mano cortándole.

—No, querido, mi sobrina no es tan imbécil, pero lo vio todo, no hizo nada, y lo peor es que sigue trabajando con él.

—Ahora viene lo bueno. Tenemos un sistema de circuito cerrado con cámaras que registra todo por la noche… Vimos en la grabación como el muy cabrón, cogió las llaves de casa que la señorita dejó sobre el bargueño de la entrada.

—¿Han llamado a la policía? —Alex se estaba poniendo malito.

—Sí, pero hasta que Mara no se convenza de que ese tío es un malaje, no actuarán por consejo nuestro. —Alex se levantó hecho una furia. Ramiro le puso la mano en el brazo.

—Siéntese señor González.

—Hay que avisar a Mara. No me jodan más.

—Te jodemos, porque ese tío está tramando algo.

—Díganme dónde está la coctelería. Necesitan protección: Mara y ustedes.

—Ah, no, no, no. Esto no funciona así. Y además ya somos mayorcitos para cuidarnos solitos. —Lupe le señaló con un dedo—. Hay que elaborar un plan.

—De hecho, ya está «elaborado». Usted va a hacer lo que mejor se le da… Irá cuando le digamos y pedirá un cóctel. —Ramiro sacó una libreta y un bolígrafo del maletín. Escribió dos palabras— Cuando decidamos que Mara está a punto de caer como una fruta

madura, vaya a esta dirección y pida esto. Alójese mientras tanto en un hotel, cómprese ropa y esté al «loro», ya le avisaremos.

Alex cogió el papel y lo leyó: French 75… La coctelería se encontraba cerca del hotel en el que pensaba alojarse: el Palace.

***

Aquella noche la coctelería estaba a reventar. Era viernes. Mara llevaba más de dos horas sin parar, mezclando, sirviendo y lidiando con la gente. Justo cuando terminaba de preparar un mojito, vio a Gorka apoyado en la barra, mirándola con una sonrisilla un tanto extraña.

—Oye, Mara, ¿tienes un segundo?

—Si es para pedirme algo, ponte a la cola. —Gorka se acercó aún más y le gritó:

—No, tranquila, es otra cosa. —Mara le miró extrañada. Salió de la barra y se acercó hasta él.

—Dime.

—Ayer me pasé tres pueblos. No debería haber hecho «eso» en tu casa. Fue una falta de respeto. —La chica se cruzó de brazos.

—Hombre, pues algo de eso hay.

—Lo digo en serio, de verdad. No quiero que pienses que soy un capullo.

—Demasiado tarde.

—Venga, dame otra oportunidad para compensarte. Hoy, cuando salgamos, te invito a algo. Solo tú y yo. Sin el curro de por medio. —Mara parpadeó.

—¿Qué?

—Que quiero conocerte mejor. Me molas, Mara.

—¿Y eso quién te lo ha revelado? ¿El «perico» o la «maría»? —Gorka sonrió como si aquello le hiciera gracia…

—Tía, no seas dura conmigo. No soy tan chungo como crees. —Mara bufó.

—Déjame adivinar. Eres un tío con un pasado difícil, el mundo te ha tratado como una mierda, pero en el fondo tienes un corazón que no te cabe en el pecho… ¿Me equivoco?

—Te falta la parte en la que eres la única que puede verlo. —Mara soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Paso, Gorka. No necesito más dramas en mi vida. —El hombre suspiró como si la conversación le estuviera aburriendo.

—Bueno, piénsatelo. Te espero después. —Se alejó, dejándola con una sensación incómoda en el estómago. Algo no cuadraba en ese tío. Y no era solo por lo que había contemplado la noche anterior.

***

Después de cerrar la coctelería, Mara se quedó unos minutos en el baño, mirándose en el espejo. No sabía qué coño estaba haciendo, porque Gorka no le inspiraba ni una pizca de confianza… Dudaba, sin embargo, porque no sabía si le había juzgado con demasiada rapidez. Desde luego que había sido un gilipollas la noche anterior, pero hacía un rato parecía sincero mientras se disculpaba. Además, el tío le parecía muy mono. Tenía ese aire de chico divertido y despreocupado que a lo mejor, le podría hacer olvidar…

Cuando salió, Gorka la esperaba en la puerta con las manos en los bolsillos y los pelos medio revueltos.

—Venga, vamos aquí al lado, a un pub de un colega. Es un sitio tranquilo. —Caminaron hasta el bar y cuando entraron, pidieron

dos refrescos. Gorka la miró con intensidad, como si estuviera a punto de soltarle una verdad transcendental.

—Mara, te voy a contar algo que no sabe casi nadie. —Ella bebió un sorbo de su Coca-Cola. Arqueó una ceja.

—Venga, sorpréndeme.

—No siempre fui hostelero, ¿sabes? Tengo veintinueve años y hace dos, la vida me dio una buena hostia. Yo, bueno, mi familia tenía pasta. Mucha pasta. Pero mi viejo la cagó. Tuvo unos cuantos líos con Hacienda. Todo se fue a la mierda, los negocios de exportación de piezas de motores… Yo me quedé en la calle de la noche a la mañana, nos lo embargaron todo, mi viejo está en la cárcel…

—¿Me estás diciendo que eres un niño rico venido a menos?

—No exactamente. Soy un superviviente. Aprendí a espabilar solo. Monté la coctelería con mis propios huevos, sin ayuda de nadie.

—¿Cómo que sin ayuda de nadie? —Mara no se creía ni una mierda. Gorka se revolvió en la silla y desvió la mirada.

—Bueno, tuve que pedir un préstamo, pero lo importante es que estoy saliendo adelante.

—Muy bien.

—Sé que no soy perfecto, pero he tenido que luchar mucho para estar donde me ves. Y ahora quiero compartir esto con alguien que entienda lo que es reinventarse. —Eran las cinco de la mañana y la verdad que Mara ya no sabía qué creer. Podría estar diciendo la verdad o quizá no. El caso es que había algo en su expresión que parecía auténtica, aunque también podría ser un gran actor. Se estaba dejando comer la oreja…

—Supongo que eso te convierte en un tío interesante. —Gorka le sostuvo la mirada y le cogió la mano con suavidad.

—Solo dame una oportunidad, Mara. No te arrepentirás. —Mara no sabía qué hacer si concederle el beneficio de la duda o salir corriendo.

—Vale. —Se escuchó decir. Bostezó. Gorka aprovechando que tenía la boca abierta, se inclinó hacia delante y la besó. No fue un beso apasionado, más bien medido, como tanteando el terreno. Mara no lo rechazó, entre otras cosas porque la pilló de sorpresa. En su cabeza, sin embargo, había una vocecilla que le decía que no se fiara, pero decidió que por una vez podría dejarse llevar, aunque todas las veces que lo hacía, la cagaba sin remedio.

Gorka, en cambio, tenía las cosas muy claras. No solo le interesaba Mara, sino todo lo que rodeaba a aquella mujer…

Volvió a acompañarla a casa. Cuando llegaron, se quedó a su lado mientras que ella metía el código de la alarma en el panel que había junto a la puerta. Se hizo el distraído, pero había pillado todo… Le pidió entrar al baño.

—Será un segundo nada más.

—Vale, primer piso, primera puerta a la derecha. No tardes, por favor.

—Te lo prometo, solo es mear —dijo levantando las manos con un gesto inocente.

Cuando ya le parecía que se demoraba un poco más de lo normal, Gorka apareció en la planta baja.

—¡Gracias! ¡Estaba a punto de reventar! Mañana nos vemos. —Le dio un beso en la mejilla y desapareció por el camino de entrada a la casa.

Mara cogió el bolso para sacar las llaves y cerrar la puerta acorazada de la casa. Del resto de puertas y ventanas se encargaba su tita.

Revolvió el bolso, lo volcó encima de una mesa auxiliar y no encontró las dichosas llaves. Se puso nerviosa. Mucho…

Pero tenía tanto sueño… Supuso que el sistema de alarma de la casa era seguro. Así que mañana ya las buscaría con más tranquilidad.

Se fue a su habitación. Se duchó, se lavó los dientes y cogió el móvil. Se tumbó en la cama.

Se puso a leer los wasaps de Alex. Dos eran recientes. Odiaba llorar. Odiaba recordar… Le echaba tanto de menos…

CAPÍTULO 64

FRENCH 75

Mara llegó tarde a la coctelería. Había buscado las llaves por todos los rincones de la casa y no había ni rastro de ellas. No aparecían ni vivas ni muertas.

Así que ahí estaba sirviendo copas con los nervios de punta, porque no había querido dejar preocupada a su tita con el tema. No había pegado ojo en toda la noche. Se había levantado chinada Estaba hecha polvo. No terminaba de fiarse de Gorka, trabajaba como una burra por mil pavos al mes… Vamos que el pobrecito emprendedor la estaba explotando delante de su jeta y como se descuidara se la follaría en cuanto pudiera… O algo peor.

Era sábado por la noche. Llevaba más de dos horas sirviendo copas sin cesar. Se había agachado a pillar hielo de la máquina que estaba situada a la espalda de la barra…

—Ponme un French 75, por favor. —El corazón le dio un vuelco. Se puso de pie muy despacio y se dio la vuelta.

Ahí estaba él.

Alex.

Con la misma media sonrisa de siempre, con la mirada cargada de algo que no supo descifrar, pero que la removió por dentro, de arriba a abajo, como un *tsunami*. Las lágrimas le nublaron la vista. Otra vez el puto cóctel. Como en clase. Como la primera vez que lo intentó y la presión la bloqueó. Y como aquel entonces, Alex lo notó igualmente.

—Tranquila. —A pesar del bullicio, la voz sonó clara en sus oídos, como un refugio en medio de todo aquel caos—. Respira. Yo estoy aquí.

Mara cerró los ojos un segundo. Pilló la coctelera con las manos… Le temblaban tanto que a punto estuvo de tirarla al suelo.

—No puedo…

—Sí que puedes. —El tono de Alex era suave, seguro. Como aquella vez en el máster, cuando se colocó a su lado, guiándola con la voz.

—Primero el hielo. —Mara lo echó en la coctelera.

—Ahora la ginebra. —La mujer sirvió una medida.

—Zumo de limón, triple seco. Agita. —Su voz la envolvía. Mara lo hizo sin pensar. Su pecho subía y bajaba a toda velocidad. Cerro los ojos y cuando los abrió, se encontró con que Alex la miraba con una sonrisa que la conmovió.

—Sabía que podías. —Mara tragó saliva, se limpió las lágrimas que le corrían por las mejillas de un manotazo y sirvió el cóctel en una copa. Alex alzó la mano y le acarició con suavidad la cara.

—Mara… —Gorka que había contemplado la escenita, se acercó hasta ellos y preguntó:

—¿Y tú quién eres? ¿Te está molestando, Marita?

—Tranquilo. Ya me iba. —Alex dejó encima de la barra un billete de veinte euros. Cuando Mara lo cogió, leyó lo que había dejado escrito Alex: «dentro de media hora en el baño». Se guardo el dinero disimuladamente en el bolsillo del pantalón.

—Mara, ¿te importaría atender al resto de la clientela? —inquirió Gorka con una voz que sonaba muy desagradable.

—Sí, claro.

CAPÍTULO 65

ENTRE LAS SOMBRAS

Alex no era precisamente un santo, pero sabía reconocer a kilómetros, la peste que rezumaba de la desesperación. Por eso, cuando vio a Gorka esfumarse por la puerta trasera de la coctelería, lo siguió sin hacer ruido.

En el callejón donde acumulaban las basuras, el muy imbécil se acomodó sin ni siquiera mirar a su alrededor, mientras se enrollaba un porrito. Tenía las manos temblorosas de quien llevaba demasiado tiempo con una soga al cuello.

Desde la otra esquina de la calle aparecieron «dos figuras»…

—Mira quién está aquí, el rey del mambo. —El primero en hablar era un tipo con una cazadora raída y unas deportivas que en algún momento de la vida podrían haber sido blancas. El otro, más bajito y con cara de pocos amigos, se tapaba la cabeza con una gorra que llevaba grabadas las iniciales de un equipo de fútbol.

—Gorka, colega, qué casualidad encontrarte. —El hombre, que ya había visto venir el marrón, intentó sonreír como si se tratara de un encuentro entre tres amigos.

—¡Eh, troncos! Os iba a llamar ahora mismo.

—¡Qué casualidad! —repitió el de la gorra, cruzándose de brazos—. ¿Y qué nos ibas a contar? ¿Qué ya tienes la pasta?

—Está en camino. Dadme unas horas.

—Gorka, tío, eso dijiste ayer, y antes de ayer. Y el martes pasado…

—Os juro que lo tengo controlado.

—Sí, sí, súper controlado —ironizó el de la gorra. Luego sin previo aviso, le soltó un empujón que lo estampó contra la pared.

Gorka intentó reírse, pero se le atascó en la garganta, porque se cagó de miedo.

—Venga, chavales, que somos colegas…

—Colegas, mis huevos —dijo el de la chaqueta—. A ver, campeón, te quedan veinticuatro horas, y si no, ya sabes…

—Os voy a pagar…

—Pues mejor que lo hagas pronto, porque mi primo tiene que arreglar el coche y está pensando en que le sale más rentable cobrarte en órganos. Si no sabes jugar al póker, no es problema de mi primo.

El de la gorra asintió con seriedad, como si estuvieran hablando de economía doméstica.

Alex vio la hostia venir antes que él. Directa al estómago. Gorka se dobló como un acordeón y tosió e intentó recuperar el aire, pero como no era su noche de suerte, le arrearon de nuevo en las costillas.

—Tranquilos, coño, que todo va a salir bien.

—Lo que tú digas… Tienes veinticuatro horas.

Alex, aún oculto en la sombra, vio cómo el muy gilipollas escupía, se limpiaba la boca con el dorso de la mano y apoyaba la espalda en la pared… Respiraba hondo para intentar calmarse.

Pilló el canuto que se le había caído, dio un par de caladas y entró de nuevo en la coctelería.

Alex entonces lo vio cuando se acercó: un llavero tirado en el suelo, con una inicial, eme y un par de llaves. Eme de Mara… Menudo gilipollas… Lo cogió y se lo guardó en el bolsillo de los vaqueros junto con una bolsita con polvo blanco.

CAPÍTULO 66

EN EL VÁTER

Había pasado más o menos la media hora, que Alex había acordado para que se vieran en el baño. El grifo del lavabo no paraba de gotear, mientras Mara se miraba en el espejo. Se tocó las ojeras. Las tenía marcadas. Oyó la puerta del baño abrirse…

—Dime una cosa, ¿siempre dejas las llaves tan a la vista o solo cuando quieres que te roben? —Mara se tensó. Apretó el dosificador de jabón y comenzó a lavarse las manos.

—No sé qué me estás contando.

—Entonces, ¿no has perdido algo últimamente? Algo pequeño, metálico, que abre puertas… O las cierra.

—¡Joder! ¿En serio me estás vigilando? ¡Que ya no vivo en París! —Alex sonrió.

—Pues va a ser que no, pero tu tía tiene un sistema de seguridad que sería la envidia del CNI… Mara estás muerta de sueño, ¿de verdad que no te preguntas por qué? —La mujer gimió. Esto no le podía estar pasando a ella: El tío con el que soñaba de día y de noche venía al rescate como si fuera Superman.

—Las llaves, sí, las perdí yo. Fue un despiste.

—Vale, y lo de París fue un mal sueño. —Se acercó hasta ella, se inclinó un poco, lo suficiente como para rozarle la oreja con sus labios. Mara le empujó, pero Alex no se movió.

—¿Viniste solo para jugar a las adivinanzas o vas a contarme de una vez qué pasa? —Alex sacó unas llaves del bolsillo de sus vaqueros.

—Las encontré hace un rato tiradas en el suelo del callejón de detrás de la coctelería. Junto con esto…—Le enseñó el pollo de coca. Abrió la puerta de la cabina y lo lanzó a la taza del váter… Tiró de la cadena.

—Mierda.

—A tu jefe le acaban de sobar el lomo y las costillas. Debe pasta y han venido unos sicarios a recordárselo… Si quieres saber más, te aconsejaría que fueras directamente a tu casa. Habla con tu tía. Yo te estaré esperando. He venido para quedarme, te amo. —La besó en el pelo y desapareció…

CAPÍTULO 67

DE VUELTA AL REFUGIO

Mara salió disparada de la coctelería en cuanto Alex desapareció. Se montó en un taxi y le dio la dirección de su casa con la voz temblorosa.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el taxista, echándole una mirada por el retrovisor.

—Sí —mintió, aunque las lágrimas ya se le deslizaban por la cara—. Solo… Solo conduzca, por favor.

Apoyó la cabeza en el cristal y cerró los ojos un momento. Todo se le venía encima. Gorka, su trabajo, sus decisiones de mierda. Otro tío al que había dejado entrar en su vida y que resultaba ser un desastre con patas. «Joder, pero qué clase de radar tenía para la fauna masculina», pensó.

Lo peor de todo era el asco que le daba haber estado a un paso de fiarse de él. Sacó un clínex del bolso y se sonó los mocos. Cuando llegó, pagó al taxista se bajó y entró en casa como un huracán desatado con la respiración entrecortada y el pulso desbocado. Soltó el bolso en la entrada y cuando llegó al salón gritó:

—¡Me cago en mi puta vida! —Lupe y Ramiro aparecieron en cuestión de segundos. Ella envuelta en un batín de seda color esmeralda, y él en pijama con un vaso de leche en la mano, como si la esperasen preparados para la tragedia.

—¡Qué pintas traes, niña! —exclamó Lupe, abriendo los brazos para que Mara se refugiara en ellos, pero la chica no lo hizo.

—¿Qué le ha pasado ahora, señorita? —farfulló Ramiro, entrecerrando los ojos.

—¡Que soy gilipollas! ¡Otra vez! ¡Siempre igual!

—Eso ya lo intuíamos, pero necesitamos más detalles… —agregó el mayordomo dando un sorbo a su vaso de leche.

—¡Por favor, Ramiro! ¡A ver esas neuronas espejo! —le regañó Lupe.

—El hijo de perra de Gorka —Mara se llevó las manos a la cabeza—. Me vendió una historia de pobrecito emprendedor, que si su papá un estafador, que si él arruinado por el sistema, que si pidió un préstamo… —Mara intentaba hilar una frase con otra porque estaba nerviosa perdida—. ¡Me lo tragué todo como una cretina! ¡Y encima registrando mi casa!

—Sí, sí, lo sabemos, cariño. —Lupe la llevó hasta el sofá para que se sentara y tratara de tranquilizarse—. Y ahora vendrá la parte en la que confiesas que te robó hasta la sombra de ojos…

—Las llaves. Me robó las llaves de casa. Y por si todo eso fuera poco… —levantó la vista y miró a su tía con los ojos enrojecidos por el llanto—. Ha vuelto.

Lupe y Ramiro intercambiaron una mirada.

—¿Quién? —preguntaron a la vez. Mara sorbió por la nariz.

—Alex. —La chica volvió a taparse la cara con las manos.

—Hombre, eso no es ninguna novedad —dijo Ramiro dando otro sorbo a su vaso de leche—. Para eso le llamamos.

Mara parpadeó.

—¿Cómo que le *llamasteisssssssssssss*?

—A ver, cariño —Lupe apoyó una mano sobre las rodillas de Mara—. Ese mamarracho no hacía más que rondarte, venía aquí a esnifar, a cotillear, estabas cegata perdida y a alguien había que avisar… Además de a la policía, claro está.

—¡Y nosotros ya no estamos para peleas callejeras! —añadió Ramiro—. Así que llamamos al que sí podía hacer algo por ti.

Mara abrió la boca. Volvió a cerrarla. Era incapaz de procesar todo aquello.

—¡Pero qué clase de mafiosos *soissss*!

—Ay, no pongas esa cara — le espetó Lupe—. Si no hubieras sido tan cabezota, lo mismo te habrías dado cuenta antes de que el amor de tu vida no es un soplapollas de barra de bar, sino el *chef* González.

Mara sintió un nudo horrible en la garganta.

—Lo ha dejado todo. —Su voz se quebró—. El máster, a Valerie… Ha venido porque dice que me ama.

—¡Qué sorpresa! —dijo Ramiro con sarcasmo—. ¡Si es que no se le notaba nada, hija!

Y entonces Mara empezó a llorar como si se le desgarrara el alma, sollozando sin control. Un llanto atronador que retumbaba en toda la casa.

—Llora, niña que te va a hacer muy bien… —Ramiro suspiró y le tendió un pañuelo de hilo nuevo que sacó de su batín.

—Tome, señorita. Seque sus lágrimas y piense que el *chef* la está esperando…

CAPÍTULO 69

LA GIOCONDA

Mara cruzó la sala con el pulso acelerado, tratando de sofocar el aluvión de emociones que la asaltaba. Había recibido un wasap de Alex la noche anterior. La esperaba en la sala 56 del museo del Prado a las diez de la mañana. Ahí estaba él, de espaldas, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros. Se detuvo a su lado…

—No me digas que has venido hasta aquí solo para ver a la Gioconda. —murmuró en su oído—. ¿No prefieres la original?

Alex se giró, la abrazó y posó los labios en los de ella. Ella abrió la boca y el beso se volvió más íntimo, más intenso… Una larga y maravillosa caricia de sus lenguas…

—Al contrario —respondió con la respiración agitada por la emoción—. Aquí la puedo admirar sin que una marabunta de turistas me empuje y sin un cristal blindado que me impida verla de verdad.

Mara deslizó los ojos por la pintura. Seguía abrazada a Alex. Era casi idéntica a la del Louvre, pero el fondo del cuadro resplandecía con una viveza que el otro no poseía.

—Dicen que es una copia de un alumno del taller de da Vinci, y es de peor calidad…

—Dicen muchas cosas —Alex la atrajo aun mas hacia su cuerpo—. Pero mira su piel. No es oscura ni amarillenta como la otra. Aquí la luz acaricia su rostro, la hace más real. Más humana.

—¿Prefieres esta?

—Sí, es más sencilla, más delicada… Como tú, *ma chou*. Te amo. —Y volvió a besarla con pasión.

—¿No te vas a ir? —preguntó Mara, muerta de miedo.

—No cariño, aquí tengo lo que más quiero en el mundo. Y además también está ella… —Alex le guiñó un ojo.

—Yo también te amo, Alex.

EPÍLOGO

El sol de la tarde se filtraba por los ventanales del pequeño bistró, proyectando destellos dorados sobre las mesas de madera pulida. El murmullo de la clientela, el tintineo de las copas y el suave jazz de fondo componían la sinfonía cotidiana del lugar.

Mara, con el delantal atado a la cintura y una sonrisa de esas que iluminaban el día, se apoyó en la barra observando a Alex, que en la cocina ultimaba un plato con la precisión de un artesano. No importaba cuántas veces lo viera trabajar, siempre sentía las mariposas en el estómago, con esa mezcla de amor, deseo y admiración que no había disminuido ni un ápice desde el reencuentro.

Él levantó la vista y la sorprendió observándole. Sonrió con ese aire de seguridad que la desarmaba por completo y la dejaba con ganas de…

—¿Pensando en qué vas a «hacerme esta noche», *madame*? —Mara enarcó una ceja y le sonrió con picardía.

—No, listillo, pensaba en si la mesa tres ha pedido postre, pero ya que insistes… —Alex rio y sacudió la cabeza antes de volver a centrarse en su plato.

El bistró había sido su sueño compartido, su refugio desde que Alex vendió todo lo que tenía en París y se trasladó a Madrid.

En París, Valerie había vuelto a acaparar los titulares de la prensa rosa de su país, esta vez por su boda con Alain Cascasse, el super *chef* estratosférico, que la había acogido entre sus egos, tras su «desgarradora pérdida»… La trágica noticia había salido en portada en *Madame Figaro*, con una foto de la pareja: él con su cara de «soy el mejor», y ella con esa mirada de mujer fría y sí, también, calculadora.

Mara y Alex lo leyeron una mañana de domingo, mientras desayunaban en el jardín de su casa…

Gorka, por su parte, había desaparecido sin dejar rastro. Su coctelería cerró de la noche a la mañana… Las malas lenguas murmuraban que había salido de España, huyendo de sus propias deudas y de unos tipos con pocos escrúpulos y menos paciencia.

Lupe y Ramiro se habían embarcado en un crucero por el Caribe. A menudo, Mara recibía fotos de ellos en la cubierta del barco, brindando con cócteles de colores imposibles, rodeados de turistas o jugando a la ruleta y ganando… Llevaban una racha que ni ellos mismos se lo explicaban…

«Llevamos dos meses embarcados y aún no nos han echado. Es muy posible que el capitán se haya enamorado de Lupe»

Mara sonrió al releer el wasap de Ramiro. Estaba en la cama… Era domingo y acababan de desayunar.

Alex se acercó hasta ella, desnudo con la mirada puesta en la entrepierna de Mara. La mujer observó a Alex con curiosidad …

—¿Qué miras?

—Vuelvo a tener hambre. —El hombre era un amor, y una máquina en la cama.

—¡Oh, Dios! ¡sí!

—Te amo, *ma chou.*

—Yo también, mi vida.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Te agradezco enormemente haber llegado hasta aquí y haber leído esta historia. A todas y a todos los que habéis acompañado a Mara en este viaje de huidas, desastres y vueltas inesperadas.

Al final, la vida no es más que un ir y venir de tropiezos, decisiones impulsivas y giros del destino que nos llevan justo donde debemos estar, aunque parezca que hemos tomado el camino más absurdo para llegar.

Mara ha huido, se ha equivocado, ha amado y se ha dejado llevar por el caos, pero también y sobre todo ha encontrado su lugar y a su chico, ¡que ya era hora!

Gracias una vez más por leerme.

¡Nos vemos en la próxima aventura!

Si te ha gustado esta historia, me encantaría que dejaras tu opinión, que es muy importante para mí en:

http://www.amazon.es/

MIS OTRAS NOVELAS

COMO VICTORYA SERRADA

¡Yo vine aquí a hablar de mi amor!

No estabas en mis planes

Ven a casa por Navidad

No me vengas con esas

Te concedo tres deseos

Eso díselo a tu ex

Todo menos mi corazón

Entre pétalos y sueños

Te odio con todos mis gigas

COMO MARIE XIMENA

Como perfume derramado

La papisa

Sirena, cuento de Navidad

Mariela, mi amor

Soy lo prohibido

La sartén por el mango

¿Me recuerdas?

¡Divino!

MIS REDES SOCIALES

Facebook

https://www.facebook.com/ximena.dupuisfontenebleau?locale=es_ES

Instagram

https://www.instagram.com/victorya_serrada_autora/

---

[1] Distrito cinco de París.
[2] ¡Hola!
[3] ¿Eres Mara la nueva inquilina?
[4] Las reglas de este bloque son muy sencillas.
[5] Silencio
[6] Nada de visitantes
[7] Limpieza
[8] Nada de ruido después de las diez de la noche.
[9] ¿Lo has pillado?
[10] Apartamentos.
[11] Señorita.
[12] ¿Entendido?
[13] Policía
[14] Eso es todo.
[15] Embutido tradicional italiano, parecido a la panceta, pero procedente del cuello del cerdo. Se utiliza para hacer la auténtica pasta carbonara.
[16] Perdóname.
[17] ¡Por fin! ¿Por qué no me respondes?¡Debemos hablar de las clases! ¿Entiendes? ¡Es importante!
[18] Ahora no.
[19] ¡Ahora sí!¡Hay que confirmar el horario, el curro empieza mañana!
[20] Ya te dije que yo me ocuparía de eso
[21] ¿Estás seguro? Porque parece que estás distraído con otras cosas.
[22] ¿Estás solo?
[23] Sí.

[24] Cariño.
[25] Marca española líder en calzado y bolsos, utilizado frecuentemente por la reina Letizia.
[26] Gracias.
[27] Abrigo corto de botonadura sencilla confeccionado en exquisito paño doble de lana pura cosido a mano
[28] Barra de pan. Se dice que la baguette la inventaron los panaderos de Napoleón, que buscaban un pan que les resultara fácil llevar a los soldados. Desde entonces se ha convertido en un símbolo de Francia.
[29] Buenas noches, mi amor.
[30] Buenas noches.
[31] Rey de la Antigua Grecia, castigado a arrastrar una piedra hasta la cumbre de una montaña, para que rodara hasta la base y volverla a arrastrar durante toda la eternidad por engañar a Zeus. Muestra el sinsentido y el absurdo de la existencia.
[32] Cariño.
[33] Término francés que se refiere a la calidad, a la exquisitez y al refinamiento.
[34] Vaso medidor utilizado para la preparación de cócteles y combinados.
[35] Para nada.
[36] Muy exclusivo.
[37] Mi querido, mi amor.
[38] Sí, señora.
[39] Casa de su padre.
[40] Barrio Latino de París. El barrio Latino debe su nombre a la Época Medieval, cuando los habitantes de la zona eran estudiantes que utilizaban el latín para comunicarse. Zona turística concurrida y llena de tiendas de souvenirs y de cafés.

[41] Boina típica.
[42] Café con leche.
[43] Barrio Latino.
[44] Crema de marisco de origen francés que se hace con diversos mariscos.
[45] Vino tinto de la región del Ródano.
[46] Y tú, querida.
[47] Lo mejor de lo mejor, querida.

[48] Tiendas de diseño.

[49] Viaje dorado.

[50] Ingrediente que se añade a un plato, para mejorar su textura, su sabor…

[51] Fruto cítrico que se cultiva en países asiáticos sobre todo en Japón.

[52] Vino blanco dulce de la región de Burdeos.

[53] Vino tinto gran reserva.

[54] Vino blanco del norte de Italia.

[55] Perfecto.

[56] ¡Dios mío!

[57] Querido, cariño.

[58] Barco que realiza un recorrido turístico por el Sena.

[59] Uno de los barrios parisinos más frecuentados y preferidos por escritores como Baudelaire, Flaubert, Rimbau, Cortázar, y donde se encuentra el cementerio, donde reposan los restos de numerosas personalidades de la cultura.

[60] De acuerdo.

[61] ¡Dios mío!

[62] Me he enamorado de ti.

[63] Mira, el tío no tiene que pillar, nada ¿entendido?

[64] Cariño, mi amor.

[65] Alain siempre has sido mi amigo, mi mentor.

[66] Oh, mi ángel, es verdad.

[67] Y sabes… Hay algo que tengo que anunciar esta noche.

*[68]*Me gustaría que fueras tú quien se lo anunciara a Alex, aquí delante de todo el mundo.

[69] Mi querido amigo.

[70] Buenas noches.

[71] Recuerdo.